
EL CAPRICHO
DE LA MILLONARIA
DINASTÍA MONTGOMERY 3
MAYA R. STONE

El capricho de la millonaria

Dinastía Montgomery 3

MAYA R. STONE

©Todos los derechos reservados

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo final
¡NOVEDADES!

Capítulo 1

La sala de espera era un ejercicio de exceso.

Gary Superville recorrió el espacio con la mirada, catalogando cada detalle con el ojo crítico de quien diseñaba viviendas con presupuestos que no alcanzaban para un solo metro cuadrado de este sitio.

Molduras de escayola doradas recorrían el techo alto. Un candelabro de cristal Baccarat colgaba en el centro, cada lágrima de vidrio capturando y refractando la luz con obscena perfección.

Las sillas donde esperaban eran antigüedades auténticas, tapizadas en damasco azul rey que costaba por metro más de lo que muchas familias ganaban en un mes.

Sobre la mesa auxiliar de caoba, una bandeja de plata sostenía una cafetera que parecía sacada de Versalles y tazas de porcelana tan finas que la luz las atravesaba.

Todo gritaba dinero. Dinero viejo. Dinero que no necesitaba anunciarse porque llevaba siglos anunciándose solo.

Gary apretó la mandíbula y desvió la vista hacia la ventana. Desde el tercer piso del edificio que albergaba las oficinas de Kingship, la orgullosa Savannah, perla de Georgia, se desplegaba como una postal cuidadosamente curada: robles centenarios con musgo español colgando como velos grises, fachadas de ladrillo restauradas hasta la perfección, jardines privados protegidos por rejas de hierro forjado que bien podrían tener dos siglos de antigüedad.

Hermoso. Sofocante. Excluyente. Llevaba seis semanas en esta ciudad y todavía no se acostumbraba. El venía de Detroit, donde todo era crudo, directo, sin pretensiones. Si algo estaba roto, lo veías. Si alguien estaba jodido, no lo escondía tras sonrisas educadas y falsa cortesía.

Aquí, en cambio, todo era superficie pulida. El clasismo se vestía de buenos modales, la exclusión se disfrazaba de tradición, y el desprecio por quien no pertenecía a la élite se servía con acento meloso y frases amables.

Lo había visto dos noches atrás en un restaurante del distrito histórico, uno de esos sitios donde las reservas se hacían con meses de anticipación y los precios no aparecían en el menú. Carter había insistido en cenar allí, parte de su campaña para «integrarlo a la sociedad de Savannah». Como si Gary quisiera integrarse.

Una pareja mayor, él con chaqueta de tweed a pesar del calor, ella con perlas, había chasqueado los dedos para llamar al mesero. No una vez. Tres veces. Como si el joven que les servía fuera un perro. Y cuando el chico, nervioso, se disculpó por la demora de dos minutos en traer el vino, la mujer había murmurado algo sobre «el nivel del personal bajando cada año».

Gary había tenido que apretar los puños bajo la mesa para no decir nada. Carter le había lanzado una mirada de advertencia. «No es tu batalla» habían dicho sus ojos. Pero ¡joder si no le había hervido la sangre!

Ahora estaba en el epicentro de esa élite. Esperando una audiencia con la junta directiva de Kingship para mendigar fondos como si fuera un jodido sirviente pidiendo las sobras de la mesa.

—Relájate —la voz de Carter interrumpió sus pensamientos. Su amigo estaba recostado en una de las sillas antiguas con la despreocupación de quien había crecido en este mundo—. Puedo sentir la tensión desde acá. Vas a espantar a los mecenas.

Gary lo miró de reojo. Carter Blake Thornton lucía cómodo en su traje de tres piezas color gris Oxford, el chaleco abotonado con precisión, el reloj Patek Philippe asomando apenas en su muñeca.

Alto, rubio, con ese tipo de sonrisa fácil que abría puertas, Carter parecía la representación de lo que Gary sentía sobre este mundo, y, aun así, era su mejor amigo.

Habían sido compañeros de cuarto en MIT, una de esas coincidencias que el departamento de vivienda estudiantil arreglaba

sin pensar: el becado de Detroit compartiendo espacio con el heredero de una constructora multimillonaria.

Debería haber sido un desastre. Y lo fue, las primeras semanas. Hasta que Carter demostró que detrás del apellido y el dinero había un cerebro privilegiado y, más importante aún, decencia real.

Diez años después, seguían siendo amigos. Cuando Carter le propuso unirse a Thornton Construction para dirigir la nueva división de vivienda social, Gary había dicho que sí. No por el salario, aunque era generoso, sino porque Carter compartía su visión: arquitectura que sirviera a la gente, no solo a las cuentas bancarias.

Pero eso significaba estar aquí. Haciendo esto.

—No estoy tenso —mintió.

—Claro. Y yo no acabo de verte fulminar con la mirada al candelabro como si fuera responsable de la desigualdad económica del país.

Gary resopló a pesar de sí mismo.

—Ese candelabro podría financiar veinte viviendas.

—Probablemente —Carter se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. Pero criticar sus candelabros no nos dará los tres millones que necesitamos. Así que respira hondo, pon tu cara de profesional civilizado, y recuerda por qué estamos aquí.

Por qué estaban aquí.

Gary cerró los ojos un momento y convocó la imagen del proyecto. No los planos en AutoCAD ni las maquetas digitales en su portátil, sino la realidad que representaban.

Eastside Renaissance. Sesenta unidades de vivienda accesible en un barrio de Savannah que había sido olvidado por el desarrollo, dejado a pudrirse mientras el dinero fluía hacia el distrito histórico y las áreas turísticas.

Familias viviendo en casas con techos que goteaban, sin aislamiento adecuado, con instalaciones eléctricas de hace medio siglo que eran trampas mortales esperando a activarse.

Gary había pasado dos semanas caminando ese barrio, hablando con residentes, midiendo terrenos, tomando notas. Había

conocido a la señora Morrison, setenta y dos años, viviendo sola en una casa que su familia había tenido por tres generaciones y que apenas se sostenía en pie.

A los Jackson, una pareja joven con dos niños durmiendo en una habitación porque no podían permitirse nada más grande. A Marcus, veterano de Irak, viviendo en un sótano convertido que se inundaba cada vez que llovía fuerte. Gente real, con necesidades reales, que merecían dignidad.

Gary había diseñado algo hermoso para ellos. No lujoso, no excesivo, pero perfecto en su funcionalidad. Apartamentos de uno y dos dormitorios, townhouses de tres. Ventanas grandes para luz natural. Aislamiento térmico de calidad. Cocinas modernas pero sencillas.

Espacios comunitarios: un jardín compartido donde los residentes pudieran cultivar vegetales, un área de juegos para los niños, un salón de usos múltiples para reuniones.

Todo diseñado con materiales sustentables, sistemas eficientes que bajarían los costos de servicios. Alquileres entre ochocientos cincuenta y mil doscientos dólares mensuales, asequibles para familias de ingresos bajos a medios. Sin desplazamiento de los residentes actuales. Con prioridad para quienes ya vivían en Eastside.

Era, sin falsa modestia, su mejor trabajo.

Pero costaba doce millones de dólares. Thornton Construction ponía cuatro. Habían asegurado tres millones en subsidios federales y estatales. Dos millones vendrían de un fondo de impacto social.

Faltaban tres millones. Y Kingship, la fundación benéfica de los Montgomery Beaumont era su mejor opción para cerrar la brecha.

Así que aquí estaba. Esperando. Odiándolo.

El sonido de pasos reverberó desde el corredor de mármol. Gary se puso de pie automáticamente, años de disciplina impuesta por su madre antes de morir: «Siempre te pones de pie cuando alguien entra a la habitación, Gary, en especial si es una mujer».

Carter también se levantó, pero con esa gracia relajada que hablaba de mil eventos sociales navegados sin esfuerzo.

La puerta se abrió y entró un hombre que Gary reconoció de las fotos en el dossier que Carter le había preparado: Rhett Montgomery. Segundo de los hermanos, treinta y pocos, con ese aire de quien no tomaba nada demasiado en serio, pero era más inteligente de lo que aparentaba.

Cabello oscuro algo despeinado a propósito, traje de corte exquisito, pero usado con ese toque de descuido estudiado. Ojos grises que evaluaron a Gary en dos segundos planos.

—Carter —Rhett extendió la mano primero a su amigo, sonrisa fácil—. Hacía tiempo.

—Rhett. Gracias por recibirnos —Carter estrechó su mano, luego gesticuló hacia Gary—. Rhett Montgomery, te presento a Gary Superville, arquitecto principal del proyecto Eastside Renaissance y director de nuestra división de vivienda social.

Gary extendió su mano. El apretón de Rhett fue firme, pero no competitivo. Evaluación mutua en ese segundo de contacto.

—Un placer —dijo Rhett, y Gary no pudo detectar falsedad en el tono, lo cual era interesante. No había postureo, no había desdén en su mirar. Un millonario educado—. He revisado los planos preliminares. Trabajo sólido.

Antes de que Gary pudiera responder, entraron dos personas más.

El hombre era mayor, setenta y muchos, con el tipo de postura rígida que denunciaba décadas de expectativas sociales cumplidas sin desviación. Cabello gris peinado a la perfección, traje impoluto, gemelos de oro en los puños. Sus ojos, al posarse en Gary, hicieron un recorrido evaluativo que terminó con un fruncimiento casi imperceptible de labios.

—Mi tío, Cornelius Beaumont —dijo Rhett, y algo en su tono sugería que la presentación era más obligación que orgullo—. Parte de la junta directiva de Kingship.

—Señores —Cornelius no ofreció su mano. Asintió con la cabeza, gesto mínimo que rayaba en lo descortés.

—Siempre un placer, señor Beaumont —Carter navegó la frialdad con profesionalismo impecable.

Gary apenas prestó atención al intercambio porque su mirada había sido capturada, contra su voluntad, por la mujer que acababa de entrar detrás de Cornelius.

Daphne Montgomery. Gary la reconoció de las fotos del dossier, pero las imágenes no le habían hecho justicia. O tal vez era que las fotografías no capturaban la presencia real.

Era alta, aunque los tacones ayudaban. Debía rozar el metro setenta y cinco. El vestido era simple en diseño, pero caro. Gary no sabía de moda, pero reconocía calidad cuando la veía. El color marfil contrastaba con su cabello negro, cortado en línea recta cayendo varios centímetros por debajo de sus hombros.

Su rostro era del tipo que aparecía en revistas de sociedad: pómulos altos, mandíbula delicada, labios que no necesitaban mucho color para destacar. Pero fueron los ojos lo que lo detuvo. Grandes, oscuros, enmarcados por cejas arqueadas. Y en ese momento, esos ojos estaban fijos en él con intensidad.

Gary le sostuvo la mirada sin concesión, sin suavizar su expresión, sin ofrecer la sonrisa educada que las convenciones sociales exigían. Ella parpadeó primero. Desvió la vista hacia Carter, y algo parecido al rubor subió por su cuello.

Interesante.

—Daphne Montgomery —se presentó ella misma, extendiendo la mano a Carter—. Un placer tenerlos aquí.

Su voz era cálida, educada, con ese acento sureño suave que convertía las vocales en algo más largo, más musical. Carter tomó su mano con una sonrisa genuina.

—El placer es nuestro, señorita Montgomery. Gracias por considerarnos.

Luego ella se volvió hacia Gary. Extendió la mano. Él la tomó; sería un patán si no lo hiciera. Notó que su piel era suave, sin callos, sin las marcas de quien trabajaba con las manos. Claro que no.

Debía tener agendadas manicuras semanales, además de visitas al spa de moda. Dinero para satisfacer caprichos no le

faltaba.

—Señor Superville —dijo ella, y Gary detectó cautela en su tono. O curiosidad—. Hemos oído cosas impresionantes sobre su trabajo.

—¿De verdad? —Gary no pudo evitar que su tono sonara escéptico. Retiró su mano quizás un segundo antes de lo aceptable —. Me sorprende. No creí que mi trabajo llegara a círculos como este.

Sintió más que vio a Carter tensarse a su lado. Pero Gary estaba cansado de jugar. Cansado de sonreír. Cansado de pretender que esto era más que lo que era: él, con la gorra en la mano, pidiendo limosna a gente que gastaba en un evento benéfico lo que él necesitaba para cambiar vidas.

Los ojos de Daphne se enfriaron un pelín. Su postura se enderezó. Cornelius hizo un sonido en su garganta que era pura desaprobación.

Rhett, sin embargo, sonrió. Una sonrisa pequeña, casi apreciativa.

—Bueno —dijo con ese tono despreocupado—. ¿Por qué no pasamos a la sala de juntas y discutimos ese impresionante trabajo? Harrison ya está esperando con los números.

Capítulo 2

La sala de juntas era igual de excesiva que la de espera. Más molduras, más antigüedades, una mesa de caoba que podría sentar a veinte personas. Ventanales del piso al techo ofrecían vistas hermosas.

Un hombre más joven que Rhett levantó la vista de la laptop abierta a su frente. Se puso de pie cuando entraron.

—Harrison Montgomery —se presentó, estrechando manos —. Manejo las finanzas y operaciones de Kingship.

Y del imperio Montgomery, había leído Gary. El conglomerado era liderado por el mayor, Beau, y cada uno tenía un rubro a cargo. Eso requeriría llevarse muy bien, mucha negociación. Al exterior se presentaban como una familia unida.

Las presentaciones se completaron. Todos tomaron asiento. Gary y Carter en un lado de la mesa, los Montgomery Beaumont en el otro. Como si fuera una negociación. Una batalla.

Tal vez lo era.

—Bien —Rhett se recostó en su silla, gesto casual que contrastaba con la formalidad del entorno—. Señor Superville, ¿por qué no nos cuenta sobre Eastside Renaissance?

Gary abrió su portátil y conectó el cable al proyector. Sus planos aparecieron en la pantalla blanca al fondo de la sala. Renders tridimensionales del complejo terminado: edificios de dos y tres pisos con arquitectura que respetaba el estilo histórico de Savannah sin copiarla con servilismo, ladrillos en tonos cálidos, ventanas grandes, techos a dos aguas, pequeños balcones con barandas de hierro.

Y comenzó a hablar. Esto, al menos, sabía hacerlo. No socializar, no navegar política, pero explicar su trabajo, eso lo dominaba.

Explicó la ubicación. El barrio de Eastside, a quince minutos del distrito histórico, pero ignorado por el desarrollo. Familias de bajos ingresos, muchas afroamericanas, vivían en condiciones que rayaban en lo insalubre.

Explicó el diseño. Sesenta unidades divididas en apartamentos y townhouses. Materiales sustentables. Eficiencia energética. Espacios comunitarios. Alquileres accesibles. Explicó el impacto. Vivienda digna para familias que la necesitaban desesperadamente. Sin desplazamiento. Con prioridad para residentes actuales del barrio.

Habló por diez minutos. Carter intervino con los números: costos, financiamiento ya asegurado, proyecciones. Harrison Montgomery tomaba notas, hacía preguntas inteligentes sobre ROI social, sobre mantenimiento a largo plazo, sobre sostenibilidad financiera.

Daphne escuchaba en silencio, los ojos fijos en la pantalla, su expresión inescrutable. Cornelius, sin embargo, frunció cada vez más el ceño. Cuando Gary terminó, hubo un momento de silencio.

Luego Cornelius se aclaró la garganta.

—Interesante propuesta —su tono sugería que encontraba cualquier cosa menos interesante—. Aunque me pregunto... ese terreno en Eastside, ¿no es el que Whitmore Development había considerado para un proyecto hotelero?

Gary apretó la mandíbula. Por supuesto que lo sabía. Por supuesto que lo mencionaría.

—Lo es —respondió con voz controlada—. Whitmore quería construir un hotel boutique de lujo, desplazando a las familias que viven allí. Nuestro proyecto, en cambio, sirve a la comunidad que ya existe.

—Mmm —Cornelius entrelazó sus dedos sobre la mesa—. El desarrollo hotelero, sin embargo, habría traído empleos. Turismo. Ingresos fiscales para la ciudad.

—Habría traído gentrificación —Gary no pudo contenerse—. Habría expulsado a familias que han vivido ahí por generaciones para hacer espacio para turistas que se quedan tres noches y se van. Nuestro proyecto construye comunidad a largo plazo.

—Apasionado —murmuró Cornelius, y no sonó como un cumplido.

Daphne intervino, voz clara y profesional.

—Kingship existe para proyectos como este, tío Cornelius — se volvió hacia Gary y Carter—. Nuestra misión es el impacto social genuino. La vivienda accesible califica bajo nuestros parámetros de inversión.

Gary debería haber sentido alivio. Debería haber sentido gratitud.

Pero había algo en su tono… ¿Condescendencia? ¿El sonido de alguien recitando líneas ensayadas? El caso es que lo irritó.

Y la irritación que había estado conteniendo por semanas, por esta ciudad, por esta situación, por tener que estar aquí mendigando, lo hizo hablar sin filtro.

—Me alegra escuchar eso —dijo, y su tono era cualquier cosa menos alegre—. Porque escuché sobre las complicaciones del año pasado. Sería tranquilizador saber que Kingship realmente está comprometido con su misión y no solo con su imagen.

El silencio que siguió fue absoluto.

Carter cerró los ojos, su rostro tensándose en lo que no dudaba era un «¿qué mierda acabas de hacer?»

Daphne se enderezó en su silla como si la hubieran abofeteado. Su rostro, antes controlado, mostró un destello de ¿vergüenza? ¿ira?, antes de que volviera a componerse. Pero sus nudillos blanquearon donde aferraba el bolígrafo.

Harrison miró a Gary y luego a su hermana con expresión incómoda. Rhett, sin embargo, se rio. Una risa corta, casi apreciativa.

—Directo al grano —dijo, sacudiendo la cabeza—. Respeto eso. Y tiene razón. El año pasado fue... complicado. Hubo acusaciones sobre desvío de fondos que resultaron ser falsas, pero el daño a nuestra credibilidad fue real. Por eso mismo estamos siendo muy cuidadosos con nuestras inversiones. Queremos proyectos que no solo sean buenos en el papel, sino que entreguen resultados medibles.

Gary sostuvo la mirada de Rhett. Había respeto ahí. Comprensión. Este hombre, al menos, no jugaba.

—Eso es lo que Eastside Renaissance hará —dijo Gary, suavizando su tono una fracción—. Resultados medibles. Familias en viviendas dignas. Comunidad fortalecida. Todo documentado, todo transparente.

—Bien —Rhett asintió—. Entonces revisaremos su propuesta en detalle. Harrison, tú y yo nos reuniremos con Carter esta semana para profundizar en los números. Daphne supervisará la evaluación de impacto social. Deberíamos tener una decisión en dos semanas.

—Tres —corrigió Daphne, voz firme—. Quiero visitar el sitio en persona. Hablar con los residentes. Verificar que lo que está en las carpetas coincide con la realidad.

Sus ojos se clavaron en Gary cuando dijo esto último. El desafío era claro. Gary sostuvo su mirada.

—Me parece perfecto —dijo—. Estoy disponible cuando usted guste.

La tensión entre ellos era casi visible, como una corriente eléctrica cruzando la mesa de caoba.

Carter se puso de pie, rompiendo el momento.

—Agradecemos su tiempo y consideración —dijo con su encanto habitual—. Esperamos trabajar con ustedes.

Apretones de manos. Sonrisas profesionales. Cornelius no perdió tiempo en desaparecer sin darles más entidad. Harrison fue cordial, pero apresurado. Rhett les guiñó un ojo antes de irse.

Daphne fue la última en salir. Se detuvo en el umbral, mirando hacia atrás.

—Señor Superville —su voz era controlada, pero Gary detectó acero bajo la superficie—. Espero que su proyecto sea tan impresionante en persona como lo es en presentación. Sería decepcionante descubrir lo contrario.

Gary se enderezó a toda su altura.

—No se decepcionará —dijo—. Siempre entrego lo que prometo.

Ella asintió una vez. Luego se fue, tacones repiqueteando en el mármol.

Cuando la puerta se cerró, Carter se dejó caer en su silla y se pasó ambas manos por el rostro.

—Joder, Gary. ¿Tenías que mencionar lo del año pasado? ¿En serio?

Gary se encogió de hombros, guardando su laptop.

—Es verdad.

—¡La verdad no siempre es necesaria en el primer jodido encuentro!

—Si no pueden manejar preguntas honestas, tal vez no deberíamos trabajar con ellos.

Carter lo miró largamente. Luego suspiró.

—Ella te odia.

—No me odia —Gary cerró el maletín con más fuerza de la necesaria—. Me encuentra irritante. Hay diferencia.

—Sí. La diferencia es que *irritante* puede convertirse en otras cosas. Y créeme, no quieres esa complicación.

Gary no respondió. Pero mientras salían del edificio, mientras el calor húmedo de Savannah los envolvía, esos ojos oscuros se apoderaron de su mente.

Le provocaba comprobar que mentía. Que era una mujer caprichosa y aburrida jugando a la beneficencia. Sentía curiosidad, y algo más que desechó.

Carter tenía razón. No necesitaba complicaciones.

Capítulo 3

El Mercedes—Benz Clase S plateado ronroneaba mientras conducía por las calles arboladas de Savannah, pero Daphne apenas registraba la suavidad del viaje. Su mente seguía atascada en esa sala de juntas.

En ese hombre. Gary Superville.

Sus manos apretaron el volante de cuero. El anillo de diamantes en el dedo medio, herencia de su abuela, capturó la luz del sol que se filtraba entre los robles, lanzando destellos que la distrajeron apenas un segundo antes de que volviera a hundirse en el loop de pensamientos que no podía apagar.

«Escuché sobre las complicaciones del año pasado. Sería tranquilizador saber que Kingship realmente está comprometido con su misión y no solo con su imagen».

Jodido cateto. ¿Quién se creía que era?

Desvió el Mercedes hacia su apartamento en el distrito histórico, navegando las calles estrechas con el automatismo de quien había conducido esta ruta mil veces. Edificios de ladrillo del siglo XIX desfilaban a ambos lados, tiendas boutique y galerías de arte alternándose con residencias privadas protegidas por rejas de hierro forjado.

Pero su mente no estaba aquí. Estaba de vuelta en esa mesa de caoba, mirando esos ojos azul grisáceos que la habían evaluado como si fuera una niña mimada jugando a la filantropía. La indignación que sintió la escondió, porque no iba a mostrar que la afectaba.

Y lo peor era que había una parte de ella pequeña, molesta, imposible de ignorar, que se preguntaba si tal vez tenía razón.

No. No, eso era ridículo.

Había trabajado incansablemente el año pasado para reparar el daño que el escándalo de Rhett le había hecho a Kingship. Noches sin dormir, llamadas con donantes furiosos, reuniones con la prensa,

auditorías que revelaron que no hubo desvío de fondos, pero que el manejo mediático había sido un desastre.

Había sido ella quien calmó las aguas. Ella quien convenció a los grandes donantes de no retirarse. Ella quien reestructuró los protocolos de transparencia.

¡¿Y este tipo llegaba del norte con su actitud superior y su mandíbula tensa y se atrevía a cuestionar su compromiso?! «Relájate, no te enredes, baja la energía. No lleves estrés a tu casa».

El apartamento de Daphne ocupaba el tercer piso de un edificio histórico restaurado en Broughton Street. Dos dormitorios, techos altos, ventanas que daban a la calle principal con sus tiendas y restaurantes. Había costado una fortuna, pero Daphne había querido independencia. Un espacio que fuera suyo, no de su familia.

Aparcó en el estacionamiento privado del edificio, tomó su bolso Hermès Birkin (regalo de su madre en su veinticinco cumpleaños, color caramelo que combinaba con todo), y subió las escaleras porque el ascensor era lento y necesitaba quemar energía.

Una vez dentro de su apartamento, dejó caer el bolso en el sofá de terciopelo gris perla y fue directa a su dormitorio. Necesitaba cambiarse. Necesitaba...

Su teléfono sonó. Era su hermana Eliza. Daphne consideró no contestar. Luego suspiró y deslizó el pulgar por la pantalla.

—¿Qué hay, Eliza?

—¡Hermana! —la voz de su hermana menor era pura efervescencia, como de costumbre—. Te llamo para rescatarte de tu inevitable plan de quedarte en casa mirando el techo y pensando en responsabilidades aburridas.

A pesar de su mal humor, Daphne sonrió levemente.

—No iba a mirar el techo.

—Peor, seguro que ibas a revisar presupuestos o algo igual de deprimente. Ven conmigo esta noche. Hay un evento en The Bohemian, ya sabes, el nuevo hotel que abrió el mes pasado. Inauguración de su bar en la azotea. Va a estar lleno de gente interesante.

Daphne se dejó caer en su cama King size, mirando el techo de su dormitorio (Eliza tenía razón, maldita sea). Las sábanas de algodón egipcio de ochocientos hilos eran suavísimas contra su espalda, y la llamaban, canto de sirena que podía opacar al de Eliza.

—No sé si tengo ganas de socializar, Eliza.

—¡Esa es la razón por la que debes ir!—la voz se suavizó, perdiendo el tono de burbuja por un segundo—. Daph, te estás retrayendo. Lo he notado. Todos lo hemos notado. Desde lo del año pasado es como si... No sé, como si estuvieras tratando de ser invisible.

Daphne cerró los ojos. Mierda. Odiaba que Eliza tuviera razón.

—No me estoy retrayendo. Solo estoy siendo más... cuidadosa. Más seria.

—Más aburrida —corrigió Eliza—. Mira, entiendo que quieras que la gente te tome en serio, que vea que eres más que el apellido Montgomery o una cara bonita en fotos de sociedad. Pero eso no significa que tengas que convertirte en una ermitaña.

—No soy una ermitaña.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste a un evento que no estuviera relacionado con trabajo?

Silencio.

Eliza suspiró, victoriosa.

—Exacto. Así que ponte algo fabuloso, ven al Bohemian, tómate un cóctel caro, y recuerda que está bien disfrutar de tu vida. ¿Sí?

Daphne abrió los ojos, mirando su closet. Fila tras fila de ropa organizada por color y ocasión. Vestidos que había usado para galas. Trajes para reuniones. Ropa que proyectaba la imagen correcta.

¿Cuándo fue la última vez que se puso algo simplemente porque le gustaba?

—Está bien —dijo antes de poder pensarlo mejor—. Iré.

El chillido de alegría de Eliza casi la dejó sorda.

—¡Perfecto! Te veo allá a las ocho. Y Daphne, por favor, ponte algo que no sea beige.

—Mi vestido de hoy no era beige, era marfil.

—Mismo concepto. Bye, hermana. ¡Te amo!

Eliza colgó antes de que Daphne pudiera responder.

Daphne se quedó mirando el teléfono un momento. Luego se levantó y caminó hacia su closet.

Si iba a hacer esto, lo haría bien.

***

Cuarenta y cinco minutos después, Daphne se miraba en el espejo de cuerpo completo de su vestidor. Había elegido un vestido que llevaba meses colgado con la etiqueta puesta. Valentino, color rojo profundo, casi burdeos, que de alguna manera no era llamativo sino sofisticado.

Sin mangas, escote pronunciado pero elegante, corte ceñido hasta la cadera donde la tela fluía en línea recta hasta media pantorrilla. Una raja lateral mostraba pierna cuando caminaba.

Era atrevido. Era diferente. Era lo opuesto al marfil y beige que había estado usando. Eliza estaría feliz.

Se había dejado el cabello suelto, largo, negro, liso, cayendo por su espalda en lugar del recogido que solía preferir. Maquillaje más dramático: ojos ahumados, labios en tono vino que combinaba con el vestido. Los aretes eran simples: perlas negras, un regalo de su tía Augusta.

Zapatos Jimmy Choo en negro, tacones de cuatro pulgadas que la llevaban a un metro setenta y siete. Se roció con su perfume favorito, *Tom Ford Bitter Peach*: un toque en el cuello, otro en las muñecas.

Se miró una vez más. Sí. Esto servía.

Agarró su bolso de mano Bottega Veneta (más discreto que el Birkin, muy apropiado para la noche), y guardó lo esencial: teléfono, tarjeta de crédito, labial, llaves. Listo, esto era el mayor esfuerzo en meses. Salió.

The Bohemian Hotel ocupaba un edificio renovado en el límite del distrito histórico, donde lo clásico de Savannah se encontraba con lo moderno. Siete pisos de ladrillo restaurado,

ventanas enormes, y en la azotea, el nuevo bar que toda la ciudad quería ver.

Daphne entregó su Mercedes al valet, sonriendo ante la reacción del chico joven que casi tropezó cuando ella salió del auto. Esto le dio un pequeño empujón de confianza que no sabía que necesitaba, y entró al lobby.

Era espectacular. Techos de seis metros con vigas expuestas pintadas de negro mate. Piso de mármol blanco veteado con gris. Mobiliario moderno pero acogedor: sofás de terciopelo en tono verde bosque, mesas de latón y cristal, lámparas de araña modernas que parecían esculturas suspendidas.

Un lobby lleno de gente hermosa, vestida a la perfección, con copas en mano y conversaciones que fluían con esa facilidad estudiada de quien sabe que está siendo visto.

Daphne navegó hacia los ascensores que llevaban al bar en la terraza. El ascensor era todo cristal y espejos, luces LED cambiando de color sutilmente mientras subía.

Cuando las puertas se abrieron en el séptimo piso, fue como entrar a otro mundo. El bar era un espacio abierto con vistas de trescientos sesenta grados a Savannah. ¡Y qué vista! El cielo aún tenía trazos de naranja y rosa del atardecer, pero las luces de la ciudad comenzaban a encenderse.

Mesas altas de mármol negro se distribuían con estrategia, rodeadas de sofás bajos y sillas cómodas. La barra principal ocupaba todo un lado, su parte trasera con luz azul, botellas premium organizadas como obra de arte.

Música jazz en vivo era lanzada al aire por un trío en una esquina, y el sonido llenaba el espacio sin ahogar las conversaciones. El aire olía a perfumes caros mezclados con el aroma de cócteles elaborados.

Y estaba colmado con la élite de Savannah y visitantes que tenían dinero para estar aquí.

Daphne localizó a Eliza de inmediato. Su hermana llevaba un vestido corto de lentejuelas doradas que capturaba cada luz, cabello rubio (teñido, pero nadie lo sabía) en ondas perfectas. Estaba

rodeada de tres personas (dos hombres, una mujer), todos riendo de algo que acababa de decir.

Cuando vio a Daphne, el rostro de Eliza se iluminó.

—¡Ahí está! —casi gritó, agitando su mano—. ¡Daphne!

Daphne caminó hacia ella, consciente de las miradas que la seguían. El vestido rojo hacía su trabajo.

Eliza la abrazó con efusión, oliendo a Chanel N°5 y champán.

—¡Estás espectacular! Sabía que tenías esto en ti.

—Gracias, creo.

—Ven, te presento. Este es Marcus, este es Jonathan, y ella es Isabelle. Todos, mi hermana mayor, Daphne.

Saludos, sonrisas, ese baile social que Daphne podía hacer dormida. Marcus era banquero. Jonathan, abogado. Isabelle, algo relacionado con relaciones públicas. Todos encantadores, apropiados, el tipo de gente con quien Daphne siempre había socializado.

—¿Qué tomas? —preguntó Eliza—. Yo voy por mi tercera copa, así que alcánzame.

—Algo con champán —dijo Daphne, porque champán siempre era seguro.

Eliza la arrastró hacia la barra. El bartender era joven, atractivo, y por supuesto consciente de ambas cosas. Les sonrió.

—Señoritas, ¿qué les provoca esta hermosa noche?

—Un French 75 para mi hermana —ordenó Eliza—. Y yo repito el Aperol Spritz.

—Marchando.

Mientras el hombre preparaba las bebidas con esa precisión teatral que los buenos bartenders dominaban, Daphne dejó que su mirada vagara por la terraza.

Había sido buena idea venir, necesitaba relajarse. Buena música, bebida, charla y… Y entonces lo vio.

Gary Superville. ¡No podía ser, joder!

Estaba en el otro extremo del bar, recostado contra la barra con una botella de cerveza. ¡Cerveza, en un lugar donde todos

tomaban cócteles de veinte dólares! A su lado estaba Carter Thornton, por supuesto. Parecían muy enfocados en su charla.

El mundo se redujo a ese punto del salón, a pesar de querer mirar a otro. Su vista volvía una y otra vez.

Gary no llevaba traje. Camisa blanca de lino con las mangas enrolladas hasta los codos, pantalones oscuros, sin corbata. El cabello un poco despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él varias veces.

Relajado. Cómodo en su piel de una manera que contrastaba con la compostura estudiada de todos los demás en este espacio.

Entonces, como si sintiera su mirada, él volteó. Sus ojos se encontraron y Daphne sintió que retenía el aire, porque eran… expresivos.

La expresión de Gary cambió. Sorpresa, primero. Luego algo más difícil de leer. Sus ojos recorrieron su vestido en un vistazo rápido, tal vez involuntario, antes de volver a su rostro. Y frunció el ceño.

No sonrió. No asintió en saludo. Simplemente frunció el ceño. Como si su presencia aquí fuera una molestia. Una decepción.

El calor subió por el cuello de Daphne. Vergüenza primero, para su fastidio. ¿Por qué vergüenza? No había hecho nada malo. A esta emoción la superó la rabia.

¡Gilipollas! ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a mirarla así, como si ella fuera exactamente lo que él esperaba encontrar: una heredera superficial en un bar caro tomando cócteles caros?

No importaba que hubiera pasado el día trabajando. Que hubiera dedicado años de su vida a Kingship. Que se preocupara genuinamente por el impacto social. Ese idiota la prejuzgaba, era obvio.

Para él, ella era una mujer bonita en un vestido caro, ubicada donde la élite se esperaba que estuviera.

—¿Daphne? —la voz de Eliza interrumpió su espiral—. ¿Estás bien? Te pusiste roja.

Daphne arrancó su mirada de Gary, aceptó el French 75 que el bartender le ofrecía.

—Estoy bien.

—No pareces bien. Pareces como si quisieras matar a alguien.

Daphne tomó un largo sorbo de su cóctel. El champán burbujeó en su lengua, el toque de ginebra y limón refrescante.

—Es solo... —comenzó, luego se detuvo.

¿Qué iba a decir? ¿Que un arquitecto norteño acababa de arruinar su noche por existir en el mismo espacio que ella?

—Nada. No es nada.

Pero sus ojos traicionaron sus palabras, volviendo hacia donde Gary estaba. Él seguía mirándola. Carter le dijo algo y miró también, notando la dirección de su atención, pero Gary no respondió.

Solo sostuvo su mirada. Desafiándola. Era tan transparente.

En ese momento, Daphne tomó una decisión. ¡Que se joda! ¡A tomar por culo! Si Gary Superville, un desconocido, en definitiva, quería juzgarla, que lo hiciera. Si quería pensar que era una niña rica jugando a la filantropía, adelante.

Ella no tenía que probarle nada. No le debía nada.

Si una parte de ella, esa parte molesta, imposible de ignorar, quería acercarse y decirle exactamente lo que pensaba de su actitud, de sus juicios, de su ceño fruncido... Bueno. Esa parte debía callarse.

Porque Daphne Montgomery era profesional. Era controlada. Y no iba a darle el gusto de saber que la había molestado.

Aunque la había molestado. Mucho.

Se volvió hacia Eliza con una sonrisa brillante que no sentía.

—Vamos a socializar. ¿No era ese el plan?

Eliza la miró con suspicacia, pero asintió.

—Claro. Hay algunas personas que quiero que conozcas. Marcus tiene un hermano que es...

Daphne dejó que la voz de Eliza la guiara lejos de la barra. Lejos de esos ojos que todavía podía sentir en su espalda.

Pero mientras caminaba, mientras sonreía y saludaba y hacía todo lo que se esperaba de ella, un pensamiento se quedó atascado en su mente:

«¿Por qué no se alojó en Airbnb si es tan digno? Pues no, está acá también, disfrutando de la buena vida».

Era petulante. Era mezquino. Era injusto. Un hombre de esos que había tanto.

Sí. No era importante. «No me interesa tu prejuiciosa interpretación de lo que soy, Gary Superville».

Capítulo 4

Gary no debería estar aquí. Debería estar en su pequeña oficina alquilada en el límite del distrito industrial, revisando planos, ajustando presupuestos, respondiendo emails de contratistas. Trabajo real. Trabajo que importaba.

En cambio, estaba en un bar mega caro, rodeado de gente que en un pedido de tragos gastaba lo que una familia promedio ganaba en un mes. La cerveza en sus manos le había costado doce jodidos dólares. Doce. Dólares. Por una cerveza.

Carter había insistido. Networking, lo llamó. «Integrarse a la comunidad de Savannah — lo justificó— Dejar de ser un cavernícola cascarrabias», fue la versión honesta cuando Gary se negó las primeras tres veces.

—Admite que no está tan mal —Carter estaba recostado contra la barra con esa postura relajada que le salía natural, bebiendo algo verde con menta—. Las vistas son espectaculares.

Gary gruñó, mirando hacia el horizonte. Okay, Carter tenía un punto. Savannah al atardecer era muy hermosa. El cielo teñido de naranja y rosa, las siluetas de los robles centenarios recortándose contra la luz decreciente, el río brillando a lo lejos como una cinta de plata.

Bonito. Y muy ajeno a la realidad de la gente que vivía tres kilómetros al este, en Eastside, donde las vistas eran de casas deterioradas y calles sin mantenimiento.

—El paisaje no paga el alquiler —dijo Gary, tomando un sorbo de su cerveza sobrevalorada.

—Joder, eres imposible —Carter rio, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabes qué? Voy a hacer que sea mi misión personal que disfrutes al menos una noche en esta ciudad antes de que te conviertas en una estatua de granito y amargura.

—Muy tarde para eso.

—Nunca es tarde. Mira a tu alrededor, Gary. Música en vivo, gente atractiva, bebidas... Okay, caras, pero buenas. ¿Cuándo fue la última vez que te relajaste?

Gary no respondió porque la respuesta era *no me acuerdo* y eso le daría a Carter munición para el resto del mes.

En cambio, dejó que su mirada vagara por el espacio. El sitio estaba lleno, pero la gente no se amontonaba gracias a la distribución inteligente de mesas y sofás ,que creaba pequeños bolsillos de privacidad incluso en el espacio abierto.

La iluminación era perfecta: suficiente para ver, pero no tan brillante como para matar la atmósfera. El trío de jazz en la esquina tocaba algo suave, melódico, que se mezclaba con las conversaciones sin ahogarlas.

Buen diseño, admitió a regañadientes. Quien había conceptualizado este espacio sabía lo que hacía. Suspiró largo. Estaba cansado y esto le afectaba el humor, sí. Lo reconocía. Dio un largo trago a la bebida, y giró. Entonces la vio.

Daphne Montgomery.

Gary parpadeó, y se posicionó mejor, sus ojos pegados a la millonaria que acababa de salir del ascensor y estaba parada en el umbral del bar, como si estuviera evaluando el terreno.

Tenía que reconocer que se veía... Diferente. Completamente diferente a la mujer compuesta y controlada de la sala de juntas esta mañana.

Espectacular, fue la palabra en su cabeza.

El vestido era rojo. Parecía como si ella hubiese recobrado color. Cuando la vio tenía un traje marfil. Adecuado, elegantísimo, pero … Estaba a años luz de este vestido en un color profundo, rico, el tipo de rojo que capturaba la luz y la devolvía multiplicada.

Sin mangas, escote que mostraba piel sin ser vulgar, ajustado en lugares que hicieron que la boca de Gary se secara, y luego la tela se arremolinaba en una caída fluida que terminaba a media pantorrilla. Una raja lateral mostraba pierna cuando se movía. Mierda, era sexy a rabiar.

Su cabello estaba suelto, y le sentaba. El negro azabache caía por su espalda en una cortina lisa que parecía demasiado

perfecta para ser real, pero obvio que lo era. ¡Qué tonterías se le ocurrían!

Cuando ella giró la cabeza, buscando a alguien en la multitud, Gary vio el perfil de su rostro: maquillaje más dramático que antes, labios oscuros que hacían juego con el vestido, ojos que incluso a esta distancia brillaban.

Era... Joder, era impresionante. Y Gary la juzgó por eso. Superficial, liviana, hablando de causas sociales mientras gastaba miles de dólares en una salida.

No. Eso no era justo. Estaba siendo un cateto, un idiota. Pero es que … Odiaba su reacción a ella. Odiaba que su cuerpo respondiera sin permiso, que su pulso se acelerara, que no pudiera arrancar su mirada.

Odiaba que confirmara exactamente lo que había pensado de ella: que era una heredera jugando a la vida, usando su belleza y su dinero para navegar un mundo que le había sido entregado en bandeja de plata.

Porque nadie que se preocupara por el trabajo que hacían estaría aquí. En un bar caro. Con un vestido que costaba más de lo que la señora Morrison tenía para vivir tres meses.

—Gary —la voz de Carter tenía ese tono de advertencia que Gary conocía bien—. Lo que sea que estés pensando, detente.

—No estoy pensando nada.

—Estás fulminando con la mirada a alguien al otro lado del bar.

Gary no respondió. Solo tomó otro sorbo de cerveza, forzándose a desviar la mirada. Pero fracasó.

Porque en ese momento, Daphne volteó. Sus ojos barrieron el espacio, casual al principio, luego deteniéndose. Directamente en él. El mundo se redujo a ese punto de contacto.

Gary vio el reconocimiento en sus ojos. Vio cómo se abrían con sorpresa genuina. La vio procesarlo, su expresión cambiando de neutral a algo más complicado.

Y mierda, no pudo evitarlo. Su mirada bajó. Solo un segundo, recorriendo el vestido rojo, la curva de su cintura, antes de forzarse a volver a su rostro. Error.

Porque vio el momento exacto en que ella lo registró. El momento en que su rostro cambió, rubor subiendo por su cuello elegante, sus labios apretándose.

Y Gary, porque era un idiota con instinto autodestructivo, frunció el ceño.

No supo por qué lo hizo. Tal vez porque estaba molesto consigo mismo por mirarla. Tal vez porque estaba molesto con ella por estar aquí, confirmando todos sus prejuicios. Tal vez porque una parte de él, una parte idiota, inconveniente, quería ver cómo reaccionaba.

Y lo logró. Ella pareció dudar, y emociones obvias cruzaron su rostro. No disimulaba. Gary vio fuego real en la mirada sobre él. Bien. Prefería su furia a su compostura perfecta.

Ella desvió la vista, girándose hacia otra mujer, rubia, llamativa, como si Gary dejara de existir.

Despedido. Ignorado. Gary apretó la botella de cerveza con encono.

—Okay —Carter había estado observando todo el intercambio—. ¿Qué mierda acaba de pasar?

—Nada.

—Gary. Te conozco desde hace diez años. Eso no fue nada. Eso fue... no sé qué fue, pero definitivamente fue algo.

Gary arrancó su mirada de Daphne, quien estaba riendo con el grupito de ricachones, tomando un cóctel espumoso de manos del bartender, integrada en este mundo de lujo y superficialidad.

—Es Daphne Montgomery —dijo, voz más áspera de lo que pretendía.

Carter siguió su mirada, luego silbó bajito.

—Ah. Ella. Tienes razón, no la reconocí, pensé que mirabas a la rubia. Hostia, está vestida para matar. Impresionante mujer.

—Es la directora de Kingship que va a evaluar nuestro proyecto —corrigió, bebiendo luego para no mostrar su molestia.

Carter era como un depredador, le encantaba saltar de cama en cama.

—Lo sé. Y por eso deberías estar siendo encantador, no fulminándola con la mirada como si hubiera matado a tu perro.

—No la fulminé.

—Le frunciste el ceño. En respuesta a nada. Solo ceño fruncido de desaprobación.

—No fue desaprobación —mintió Gary.

—¿Entonces qué fue?

Gary no tenía respuesta para eso que no lo hiciera sonar como un idiota, así que se quedó en silencio.

Carter suspiró, el tipo de suspiro que precedía a una verdad incómoda.

—Mira, no sé qué pasó entre ustedes esta mañana más allá de tu comentario sobre las 'complicaciones', pero necesitas recordar que ella tiene el poder de aprobar o rechazar los tres millones que necesitamos. Así que tal vez, solo tal vez, deberías intentar no tratarla como si fuera responsable de las injusticias del capitalismo.

—No la trato así.

—La miraste como si fuera eso. No descarto que lo hayas hecho ahora también—Carter se enderezó, dejando su bebida en la barra—. Ella es gente, Gary. Complicada, como todos. Nació en dinero, sí. Pero eso no la hace automáticamente malvada o superficial. Dale el beneficio de la duda.

Gary quiso discutir. Quiso señalar que estaba aquí, en un bar caro, con un vestido caro, tomando bebidas caras. Quiso decir que la gente que se preocupaba no hacía estas cosas.

Pero una voz molesta en su cabeza que sonaba sospechosamente como su madre le recordó que él también estaba aquí. En el mismo bar caro. Bebiendo la misma cerveza cara.

Hipócrita.

—No confío en ella —dijo luego de unos segundos, porque era más fácil que admitir lo que estaba sintiendo: una mezcla confusa de atracción, resentimiento, y más atracción.

—No tienes que confiar en ella —Carter señaló—. Solo tienes que trabajar con ella. Hay diferencia.

Antes de que Gary pudiera responder, vio movimiento por el rabillo del ojo. Daphne navegaba entre la multitud con esa gracia natural que le habrían enseñado en clases de etiqueta desde niña. La otra mujer la seguía, hablando con animación.

—Esa es Eliza, la menor, ahora la reconozco. Muy, muy bonita— dijo Carter.

Se dirigían hacia... ¡Mierda! Se dirigían hacia este lado del bar. No a ellos, pero cerca. Tan cerca que un encuentro sería inevitable.

Gary tuvo tres segundos para decidir qué hacer. Podía irse. Fácil. Terminar su cerveza, decirle a Carter que ya había tenido suficiente networking por una noche, y largarse.

O podía quedarse. Enfrentar lo que fuera esto.

Carter lo estaba mirando con esa expresión que decía *vas a hacer algo estúpido, ¿verdad*?

—No hagas nada idiota —dijo en voz baja, tal y como pensó.

—No voy a hacer nada.

—Eso también puede ser estúpido en este contexto.

Antes de que Gary pudiera procesar esa declaración críptica, Daphne estaba a tres metros de distancia.

Dos metros.

Un metro.

Y entonces pasó justo al lado de ellos, tan cerca que Gary pudo oler su perfume dulce, pero con un toque amargo. Durazno mezclado con algo más denso. La tela bailaba con cada paso, y la pierna que emergía por la raja era escultural. Sedosa.

Ella no lo miró. Ni siquiera giró la cabeza en su dirección. Fue un desprecio tan completo, tan deliberado, que Gary lo sintió como un golpe físico.

Se quedó ahí parado, botella de cerveza olvidada en su mano, mirando cómo se alejaba hacia un grupo al otro lado de la terraza bar. La vio sonreír, esa sonrisa brillante y perfecta que debía usar en todos los eventos sociales.

La vio aceptar saludos, besos en la mejilla, introducirse en conversaciones con la facilidad de alguien que había hecho esto mil veces.

Una sensación agridulce le bailó en la garganta. Porque la verdad incómoda era que no sabía qué había esperado. ¿Que lo confrontara? ¿Que le dijera algo cortante y ponzoñoso? ¿Que reconociera su presencia siquiera?

En cambio, lo había ignorado. Y joder si eso no molestaba más que cualquier cosa que pudiera haberle dicho.

—Bien manejado —la voz seca de Carter interrumpió sus pensamientos—. No fue tenso ni incómodo ni cargado de suficiente electricidad como para alimentar este edificio por un mes.

Gary lo miró.

—¿De qué hablas?

—De la tensión sexual tan obvia que tuve que apartar la mirada por decencia.

—No hay tensión sexual —Gary casi escupió las palabras—. Hay tensión, sí. De la variedad *no nos soportamos*. Y tú no tienes decencia en lo que a relaciones se refiere.

—Mmm—hum. Sigue diciéndote eso. Y sobre lo último… ¡Ouch!

—Es la verdad.

—La verdad es que no puedes dejar de mirarla. La verdad es que ella pasó a centímetros de ti sin mirarte una sola vez, lo cual requiere un esfuerzo deliberado que sugiere que está muy consciente de dónde estás. Y la verdad es que ambos parecen dos imanes peleando entre repelerse y atraerse.

Gary no tenía respuesta para eso. Tomó un largo trago de su cerveza, terminándola.

—Me voy.

—¿Huyes?

—Me retiro. Algunos necesitamos dormir.

—Cobarde.

Gary lo miró, pero Carter sonreía, sin malicia real en la palabra.

—Vete si quieres. Pero Gary... vas a tener que trabajar con ella. Pronto. Y esta cosa —gesticuló entre Gary y donde Daphne estaba— no va a desaparecer porque la ignores. De hecho, tal vez empeorará.

—No hay tal *cosa*.

—Claro. Yo no acabo de verte mirarla como si quisieras encararla para insultarla y...

—Desvarías.

Carter rio, levantando las manos en rendición.

—Está bien, está bien. Me callo. Pero piensa en lo que dije.

Gary dejó la botella vacía en la barra, sacó su billetera para pagar.

—No hay nada en qué pensar. Es una inversionista potencial.

—Sigue diciéndote eso —repitió Carter—. Tal vez incluso te lo creas. La verdad es que te flechó.

Gary no respondió. Se dio la vuelta, navegando hacia la salida.

Y si sus ojos buscaron a Daphne una última vez antes de entrar al ascensor, si notó que ella había volteado justo en ese momento, sus miradas encontrándose por medio segundo cargado antes de que las puertas se cerraran... Bueno. Nadie tenía que saberlo. Excepto él.

Lo vivido le dio insumos para mantenerlo despierto la mitad de la noche, mirando el techo de su apartamento alquilado, preguntándose qué mierda iba a hacer, y cómo él, que no daba entidad a nadie, siempre ocupado, se había dejado impactar así.

«Estás cansado, solo eso. Mañana será distinto».

Capítulo 5

Daphne sintió el momento exacto en que Gary Superville salió del lugar.

No lo vio irse; ella estaba de espaldas, fingiendo interés frente a Marcus, que hablaba sobre inversiones en bienes raíces. Pero lo percibió, como si una corriente eléctrica que había estado zumbando en el aire se apagara.

Se odió por notarlo. Era raro, no tenía sentido, ¡acababa de conocerlo, por Dios santo! ¿Qué le pasaba? Bah, pregunta para otra noche, a solas, con vino y música de balada.

—¿Tú qué opinas, Daphne? —La voz de Marcus interrumpió sus pensamientos.

Ella parpadeó, enfocándose en el hombre frente a ella. Guapo de esa manera genérica que los hombres de dinero viejo tendían a ser: bien peinado, bien vestido, bien educado. Aburrido; sin sal, sin chispa real.

—Perdona, ¿qué decías?

Marcus sonrió con indulgencia, como si su falta de atención fuera encantadora en lugar de grosera.

—Decía que con el desarrollo que se viene en el distrito este, las propiedades van a triplicar su valor en cinco años. Es el momento de invertir.

Distrito este. Eastside. Donde Gary quería construir viviendas accesibles. Donde Marcus, y de seguro parte de la gente en este sitio, veía dólares en lugar de personas.

—Mmm —fue todo lo que dijo, tomando un sorbo de su French 75 que ya no sabía tan bien como al principio.

Eliza apareció a su lado como un torbellino dorado, agarrando su brazo.

—Disculpa, Marcus, necesito robarte a mi hermana un momento.

No esperó respuesta. Eliza no la necesitaba, hacía lo que quería. Bendito egoísmo. Se dejó arrastrar, circulando entre la gente hasta llegar a un rincón más tranquilo cerca de la barandilla.

—Gracias —murmuró Daphne—. Estaba a punto de quedarme dormida de pie.

—Lo noté. Tenías esa mirada vidriosa que pones cuando alguien está hablando de cosas que te importan cero —Eliza se recostó contra la barandilla, mirándola con esos ojos azules que eran demasiado perceptivos. Se equivocaba quien juzgara a Eliza como una heredera sin cabeza—. Aunque no creo que fuera Marcus el que te tenía distraída.

Daphne se tensó.

—No sé de qué hablas.

—Por favor. Te conozco desde que naciste. Desde que nací, mejor dicho. Sé cuándo algo te está molestando. O alguien —Eliza miró hacia donde Gary había estado, encontrando el espacio vacío—. Esos dos hombres en la barra. Uno de ellos te miró como si... No sé, como si tuviera opiniones muy fuertes sobre ti. Y no del tipo «me gustaría conocerla mejor».

Mierda. Por supuesto que Eliza lo había notado.

—No es nada.

—Mentirosa. ¿Quiénes son?

Daphne consideró no decirle, cambiar de tema, desviar, hacer cualquier cosa para evitar esta conversación. Pero conocía a Eliza. Su hermana era como un terrier con un hueso cuando su atención era capturada.

No la soltaría hasta tener respuestas.

—El rubio es Carter Thornton. De Thornton Construction.

Los ojos de Eliza se iluminaron.

—¿Thornton Construction? ¿Los de Atlanta?

—Sí.

—Hostia, es guapísimo. Ese tipo de guapo de chico de universidad que sabe qué tan guapo es, pero no es insufrible por ello. ¿Por qué no me lo presentaste?

—Porque acabamos de llegar y no he...

—¿Y el otro? —interrumpió Eliza—. El moreno alto con cara de pocos amigos. Ese te miraba como si... ¿qué es? ¿Exnovio? ¿Algún drama familiar que no conozco?

—No es mi ex, por favor —Daphne se rio ante lo absurdo de la sugerencia—. Es Gary Superville. Arquitecto. Trabaja con Thornton.

—Gary —Eliza probó el nombre como si fuera vino—. Okay, ese es todavía más guapo que el rubio. De esa manera tosca, trabajador, con vibras de que sabe—cómo—usar—sus—manos— ¡Mi debilidad! ¿Es soltero?

—No tengo idea.

La miró más seria. ¿Es que no tenía suficientes con los maromos que la rodeaban a diario?

—¿No?

—Eliza, lo conocí esta mañana. Vino a presentar un proyecto a Kingship.

—Ah —Eliza asintió, procesando—. Entonces, ¿por qué parecía que ustedes dos estaban teniendo una conversación completa sin decirse una palabra?

Daphne apretó su copa, la condensación fría contra sus dedos.

—No lo estábamos.

—Daph. De verdad —rodó sus ojos, y luego hizo la cabeza a un lado, mirándola como si fuese su madre—. ¿Crees que soy idiota?

—Nunca he pensado que eres idiota.

—Entonces no me trates como una. Vi cómo te miró. Vi cómo tú lo miraste de vuelta. Había suficiente tensión allá que podría haber cortado el aire con un cuchillo.

Daphne suspiró, derrotada.

—Fue... grosero. En la presentación de esta mañana. Hizo comentarios sobre el escándalo del año pasado, como si estuviera cuestionando si Kingship realmente se preocupa por su misión o solo por la imagen.

Eliza silbó bajito.

—Atrevido.

—Atrevido es poco. Fue... fue...

—¿Verdad?

Daphne la miró sin entender.

—¿Qué?

—Digo, odio decirlo, pero el año pasado fue un desastre de relaciones públicas. Incluso si los números eran limpios, la percepción fue que Kingship estaba más preocupado por proteger su reputación que por hacer lo correcto. ¿No?

—Eso no es justo. Trabajé sin parar para...

—Lo sé —Eliza levantó una mano—. Sé que trabajaste como loca. Todos lo sabemos. Pero tal vez para alguien de afuera, alguien que no conoce la historia, las apariencias fueron cuestionables.

Daphne no quería admitir que Eliza tenía un punto. No quería darle la razón a Gary Superville en nada.

—Aun así, no tenía derecho a decirlo. No en la primera reunión.

—No, claro. Pero eso no explica por qué sigues tan molesta horas después. Ni por qué te pusiste este vestido.

—¿Qué tiene que ver mi vestido con...?

—Daphne. Este vestido es una declaración. No es el tipo de ropa que usas cuando quieres pasar desapercibida. Es el tipo de ropa que usas cuando quieres levantarte el ánimo. O hacer que alguien note que existes. Y considerando que ese arquitecto gruñón estaba aquí...

—No me vestí para él —Daphne escupió las palabras—. Ni siquiera sabía que estaría aquí.

—Okay, eso es justo. Pero cuando lo viste, ¿qué sentiste?

Demasiadas cosas. Sorpresa. Incomodidad. Esa maldita vergüenza que odiaba porque no había hecho nada malo.

Debajo de eso, algo que se sentía peligrosamente como satisfacción cuando vio su mirada recorrerla antes de fruncir el ceño.

—Nada —mintió—. Sorpresa de verlo aquí, supongo. No parece el tipo de persona que frecuenta estos sitios.

—No —Eliza miró hacia donde Gary había estado, pensativa —. Parecía incómodo. Como si prefiriera estar en cualquier otro lugar. ¿De dónde es?

—No estoy segura. El norte, obviamente. Su amigo Carter es de Atlanta, pero creo que Gary es de más al norte.

—Norteños —Eliza rio—. Parece que tienes debilidad por ellos. Como mamá.

Daphne la miró fijamente.

—Papá es de Pittsburgh. Y no tengo ninguna debilidad.

—Claro. Por eso te pusiste tensa como una cuerda de guitarra cuando mencioné su nombre.

—Me parece tosco —dijo Daphne, buscando palabras que sonaran convincentes—. Grosero. Sin modales. El tipo de persona que hace juicios sin conocer los hechos completos.

—Mmm—hum. También te parece atractivo.

—¡Eliza!

—¿Qué? Es obvio —Se encogió de hombros y luego su gesto irónico se aflojó. La miró con cariño—. Anda, Daph. No pasa nada. Puedes admitir que alguien es guapo incluso si te cae mal. De hecho, a menudo funciona así. Los que más te irritan suelen ser los que más...

—No —interrumpió Daphne—. No vamos a ir allá. No hay nada entre ese hombre y yo excepto una relación profesional obligatoria que terminaré lo antes posible.

Eliza la miró largo, con esa expresión en su rostro que Daphne había aprendido a temer: la que decía que su hermana había llegado a una conclusión y nada la haría cambiar de opinión.

—Está bien —dijo, por fin—. Si tú lo dices.

—Lo digo.

—Entonces no te importará que vaya a presentarme a Carter Thornton cuando lo vea la próxima vez. Ya sabes, para socializar.

Daphne rodó los ojos.

—Haz lo que quieras.

—Oh, lo haré —Eliza sonrió con esa picardía que había causado problemas desde que aprendió a caminar—. Y si resulta que su amigo gruñón está presente, bueno, eso es solo coincidencia.

—Eliza...

—Relájate. No voy a avergonzarte. Mucho —su hermana le guiñó el ojo, luego miró su reloj—. Joder, tengo que irme. Quedé de

reunirme con alguien en media hora. ¿Estarás bien aquí sola?

—No estoy sola. Conozco a casi todos en este lugar.

—Sí, pero ninguno de ellos te hace brillar los ojos como lo hace el arquitecto gruñón —casi canturreó.

—Mis ojos no brillaron.

—Lo que digas, hermana —Eliza la besó en la mejilla—. Nos vemos mañana. Daphne, por lo que vale... está bien sentirse atraída por alguien que te desafía. De hecho, es más sano que estar con alguien que solo te dice lo que quieres escuchar.

Antes de que Daphne pudiera responder, Eliza se había ido, desapareciendo en la multitud. Daphne se quedó sola mirando la ciudad extenderse bajo ella. Las luces brillaban como estrellas caídas, hermosas y frías.

Su teléfono vibró. Un mensaje de Rhett en el chat grupal de hermanos:

RHETT: *Junta mañana. Papá quiere que le demos detalles sobre el proyecto Eastside antes de comprometernos. Todos presentes.*

Mm. Rhett estaba más mandón que Beau estos días. Y esta reunión… Justo lo que no necesitaba. Pasar más tiempo pensando en Gary Superville, su proyecto y esos ojos que la habían mirado como si pudiera ver a través de todas sus defensas, construidas con cuidado.

DAPHNE: *¿En la tarde? Me gustaría visitar la obra primero, para tener una visión clara.*

RHETT: *Bien. 2:00 pm*.

Daphne terminó su trago, dejó la copa vacía en una mesa cercana, y se dirigió a los ascensores. Hora de irse. Este vestido rojo había sido un error. Venir aquí había sido un error.

Todo el día había sido una serie de decisiones cuestionables que culminaron con ella sintiéndose expuesta y vulnerable de maneras que no había experimentado en años.

El valet trajo su Mercedes y ella le dio propina generosa, consciente de que la gente en servicio dependía de estas para complementar un salario que a veces era ridículo.

Se deslizó al asiento del conductor. El auto ronroneó al encender. Confiable. Predecible. Caro, pero valía cada centavo.

Como su vida. Confiable. Predecible. Privilegiada, pero... ¿Vacía?

No. Eso era ridículo. Su vida tenía propósito. Tenía significado. Trabajaba duro en Kingship, ayudaba a la gente.

Entonces, ¿por qué las palabras de Gary seguían resonando? *Sería tranquilizador saber que Kingship realmente está comprometido con su misión y no solo con su imagen.*

¿Era injusto? Sí. ¿Tenía, aunque fuera un poco de verdad? Daphne apretó el volante, negándose a responder esa pregunta.

Condujo a casa en silencio, la ciudad pasando en un borrón de luces y sombras. Cuando llegó a su apartamento, se quitó los Jimmy Choo antes de entrar, llevándolos en la mano porque sus pies dolían y estaba cansada de fingir que no.

Se quitó el vestido con más brusquedad de la necesaria, dejándolo caer en el piso del dormitorio, lo que nunca hacía, y se metió a la ducha.

El agua caliente era un alivio. Se quedó bajo el chorro por largo rato, dejando que lavara la tensión del día, el maquillaje cuidadoso, el perfume caro. Cuando finalmente salió, envuelta en una bata de seda suave, se sintió más como ella misma.

Se acostó en su cama, mirando el techo que Eliza había predicho que miraría. Su teléfono vibró de nuevo. Otro mensaje, esta vez de Harrison:

HARRISON: *¿Revisaste los números del proyecto Eastside? Son sólidos. Muy sólidos. Si los aspectos sociales se alinean, deberíamos aprobar esto.*

Daphne escribió de vuelta:

DAPHNE: *Los revisaré. Pero voy a visitar el sitio antes de dar mi aprobación.*

HARRISON: Tal vez te acompañe.

DAPHNE: *Okay. Cuando esté por salir te aviso.*

Dejó el teléfono a un lado y tomó su laptop de la mesita de noche. Si no iba a dormir, y algo le decía que no lo haría, al menos podía ser productiva.

Abrió los archivos de Eastside Renaissance. Planos, presupuestos, proyecciones de impacto social. Todo meticulosamente documentado. Tuvo que admitir, a regañadientes, que el trabajo era impresionante.

Los diseños de Gary mostraban un entendimiento profundo no solo de arquitectura sino de comunidad. Los espacios no eran genéricos. Eran pensados. Considerados. Con atención a detalles que hablaban de alguien que se preocupaba.

Las unidades variaban en tamaño para acomodar diferentes tipos de familias. Los espacios comunitarios no eran una excusa, sino centrales al diseño. Había jardines para cultivar vegetales, áreas de juego protegidas para niños, salones multiusos que podían servir desde reuniones hasta clases.

Era, sin exageración, hermoso. Daphne se encontró odiando que Gary Superville, con su ceño fruncido y sus juicios y su actitud superior, fuera tan talentoso. Eso hacía más difícil mantenerlo en la caja mental donde quería tenerlo: como un obstáculo irritante que tendría que tolerar por breve tiempo.

Si su trabajo hubiese sido mediocre, habría sido fácil rechazarlo y seguir adelante. Pero esto... Este era el tipo de proyecto que Kingship *debía* apoyar. El tipo de proyecto que podría hacer la diferencia real en vidas reales. Lo cual significaba que tendría que trabajar con él.

Mierda.

Daphne cerró la laptop, apagó la luz, y se hundió en sus almohadas. Mañana. Lidiaría con esto mañana. Con la junta familiar. Con el proyecto. Con Gary y sus ojos azul grisáceos que parecían ver demasiado.

Cerró los ojos, decidida a dormir. Pero lo que vio detrás de sus párpados fue ese ceño fruncido. Esa mandíbula tensa. Esas manos grandes que sabían cómo construir cosas.

Sola en la oscuridad de su dormitorio, admitió la verdad que no le había dicho a Eliza: Gary Superville la afectaba.

Le bastaron dos momentos para sacarla de su inercia diaria. De su desinterés. Pero no era lo que quería, porque lo hacía con desdén, mirando sus aparentes falencias.

Daphne había pasado su vida entera en control. De su imagen, sus palabras, sus decisiones. Y este arquitecto norteño gruñón con opiniones sobre todo la hacía sentir fuera de control.

No sabía qué hacer con eso.

Capítulo 6

Daphne supo que había cometido un error en el momento en que su Mercedes giró en la calle principal de Eastside.

No era que el barrio fuera peligroso. No lo era, al menos no de la manera en que los artículos sensacionalistas financiados por Whitmore querían pintarlo. Pero era crudo. Real. Sin el barniz pulido que recubría cada centímetro del distrito histórico donde vivía.

Casas que habían visto mejores días se alineaban en las calles estrechas. Pintura descascarada. Porches que se inclinaban. Techos que seguramente goteaban con cada lluvia fuerte.

Pero también: jardines cuidados con flores coloridas, bicicletas de niños en los patios, gente sentada en escalones frontales disfrutando la mañana de sábado. Vida. Real y sin pretensiones.

Y ella llegaba en un auto que costaba más de lo que muchas de estas familias ganaban en dos años, con un vestido ejecutivo de Carolina Herrera y tacones Louboutin de cuatro pulgadas. «*Brillante, Daphne, brillante».*

Su teléfono vibró en el soporte del tablero. Un mensaje de Harrison:

HARRISON: *¿Ya estás allá? Avísame cómo va.*

No había podido acompañarla al final, y se preocupaba. El menor de los varones era un guardabosques con ella. Sonrió, y escribió de vuelta rápido, aprovechando que estaba detenida en un semáforo:

DAPHNE: *Llegando ahora. Te cuento después.*

El terreno del proyecto estaba tres calles más adelante, según el GPS. Daphne lo había estudiado en Google Maps anoche, después de quedarse despierta hasta las dos de la mañana revisando cada detalle del proyecto de Superville.

Nuestro proyecto. Tenía que empezar a pensarlo así. Ya no era solo el proyecto de Gary Superville, era… Sería, si la junta lo aprobaba, un proyecto de Kingship. Su responsabilidad.

El GPS anunció su destino. Daphne redujo la velocidad, buscando un lugar para estacionar cerca del terreno. Cuando lo encontró, miró el lugar.

Era más grande de lo que había imaginado: tres manzanas completas, vacías excepto por el pasto alto y algunos escombros de estructuras previas que habían sido demolidas. Pero podía ver el potencial.

La ubicación era buena: cerca de una parada de autobús, a dos calles de una escuela primaria, con un pequeño parque comunitario visible en la esquina. Habían elegido bien.

Apagó el motor mientras lo observaba todo, y lo vio. El arquitecto estaba en medio del terreno con otras tres personas, todos con cascos de construcción, uno de ellos sosteniendo lo que parecían planos enrollados.

Gary llevaba jeans desgastados y una camiseta gris que se pegaba a sus hombros. Botas de trabajo cubiertas de polvo. El casco hacía que su cabello castaño se viera más oscuro debajo.

Gesticulaba mientras hablaba, explicando, su cuerpo relajado de una manera que no había estado en la oficina de Kingship o en el bar del hotel. Aguzó la vista. Sip, se estaba riendo incluso.

Este era su elemento. Y Daphne estaba a punto de invadirlo con sus tacones ridículos y su vestido ejecutivo como si estuviera yendo a una reunión de junta en lugar de una visita a un sitio de construcción.

Por un segundo consideró irse. Dar la vuelta, conducir de regreso a su apartamento, cambiarse a más apropiado, y volver.

Pero eso sería cobarde. Y Daphne Montgomery muchas cosas, pero cobarde no era una de ellas. Así que elevó el mentón, tomó su bolso Hermès (su cerebro había dejado de funcionar esta mañana cuando se vistió, incluso en los accesorios), y salió del auto.

El sonido de la portezuela hizo que los cuatro voltearan a ver. Incluso a esta distancia, Daphne vio el momento en que él

registró su presencia. Su postura cambió, la tensión envarando hombros que momentos antes habían estado relajados.

Genial. Este era el recibimiento que esperaba. Ajustó la correa de su bolso en el hombro, y caminó hacia el terreno. Tres pasos y tuvo la prueba del error. Los tacones se hundían en el pasto irregular. Tuvo que ajustar su balance con cada paso, poniendo peso en la parte delantera del pie para evitar que los tacones delgados se enterraran en la tierra.

Elegante. Muy elegante. Para cuando llegó al borde del terreno donde comenzaba el área de trabajo más definida, estaba casi caminando de puntillas.

Gary observaba su aproximación con una expresión que Daphne no pudo descifrar. ¿Diversión? ¿Exasperación? ¿Una mezcla de ambas?

Las otras tres personas con él, una mujer y dos hombres, vestidos apropiadamente para estar en un sitio de construcción, la miraban como si fuera un unicornio que acabara de materializarse en medio de su reunión de trabajo.

—Señorita Montgomery —la voz de Gary rompió el silencio cuando Daphne, ¡por fin! llegó a donde estaban parados, en un área más firme cerca de unas estacas que marcaban límites—. No esperaba verla tan temprano.

Su tono no era hostil, pero tampoco acogedor. Neutral. Profesional. Eso la molestó más que si fuese grosero.

—Buenos días, señor Superville —respondió, igualando su tono frío—. Mencioné que visitaría el sitio. Aquí estoy.

—Eso veo —sus ojos bajaron a sus tacones, luego de vuelta a su rostro—. ¿No leyó el email sobre el código de vestimenta recomendado para visitas al sitio?

Daphne parpadeó.

—¿Qué email?

—El que envié anoche. A las once. Con pautas de seguridad y sugerencias de vestimenta apropiada para terrenos en construcción.

Mierda. Daphne había estado tan absorta revisando planos y presupuestos que ni siquiera había abierto su bandeja de entrada

después de las diez.

—Debo haberlo pasado por alto —admitió, odiando que sus mejillas se calentaran—. Estaba revisando otra documentación del proyecto.

La expresión de Gary se suavizó. Apenas. Tan sutil que Daphne casi se lo perdió.

—Entiendo —dijo, y luego, como si le costara, agregó—. Aprecio que se tomara el tiempo para revisar los materiales.

Antes de que Daphne pudiera responder, la mujer del grupo dio un paso adelante. Era más o menos de la edad de Daphne, tal vez treinta, con cabello castaño recogido en una cola alta práctica y una sonrisa amable.

—Hola, soy Megan Torres. Ingeniera civil en el proyecto — extendió su mano, y Daphne la estrechó, notando las callosidades, las uñas cortas y sin pintar. Manos que trabajaban—. Debe ser Daphne Montgomery de Kingship.

La frase le recordó que había ignorado a los otros al focalizar en el arquitecto. Un error imperdonable.

—Sí. Mucho gusto. Un placer conocerla.

—El placer es mío. He escuchado mucho sobre el trabajo que Kingship hace. Es impresionante.

Había calidez genuina en su voz. Daphne se encontró respondiéndole con una sonrisa real.

—Gracias. Aunque después del año pasado, estamos trabajando duro para asegurarnos de que nuestras acciones coincidan con nuestra misión.

—Eso es admirable —Megan miró a Gary, y le pareció que una corriente de entendimiento pasaba entre ellos antes de volver su atención a Daphne—. El apoyo de Kingship es vital para este proyecto. Significa mucho para nosotros.

Gary se aclaró la garganta.

—Megan, Rob, Chris, ¿por qué no continúan con las mediciones del sector norte? Yo haré el tour con la señorita Montgomery.

Los tres asintieron. Rob y Chris, ambos más jóvenes, tal vez recién salidos de la universidad, recogieron sus equipos. Megan se

demoró un segundo más, mirando a Gary con algo en sus ojos que Daphne no pudo nombrar.

—Claro. Estaremos allá si nos necesitas —dijo, luego le sonrió a Daphne—. Espero verla más seguido por aquí.

—Gracias.

Los tres se alejaron, dejando a Daphne y Gary solos en medio del terreno vacío.

El silencio se extendió. Incómodo. Cargado. Gary fue quien lo rompió.

—¿Trajo zapatos de cambio?

Daphne lo miró.

—¿Perdón?

—Zapatos. Para caminar por el sitio. Esos —señaló sus Louboutin— no van a funcionar.

—Son los únicos que tengo conmigo.

Gary suspiró, pasando una mano por su cara. Cuando la bajó, la diversión danzó en su boca.

—Por supuesto que sí —murmuró, más para sí mismo que para ella. Luego, en voz más alta—. Está bien. Haremos lo que podamos. Pero quédese cerca de mí. Este terreno es irregular y no quiero que se tuerza un tobillo.

—Puedo cuidar de mí misma.

—No dudo que puede. Pero está en mi sitio, bajo mi responsabilidad, y ya tengo suficientes dolores de cabeza sin agregar una demanda por lesiones a la lista.

Daphne abrió la boca para responder cortante, luego la cerró, porque tenía razón. Y ser terca por el simple hecho de serlo era infantil.

—Está bien —concedió—. Guíe el camino.

Gary la miró un momento más, como si estuviera evaluando su sinceridad. Luego asintió y comenzó a caminar.

Daphne lo siguió, concentrándose en cada paso. El terreno era peor de lo que había parecido desde el auto. Desigual, con parches de tierra suelta mezclados con pasto duro y rocas ocasionales. Sus tacones eran enemigos activos en esta guerra.

—Entonces —la voz de Gary interrumpió su concentración en no caer—. ¿Qué quiere ver primero?

Daphne levantó la vista del suelo el tiempo suficiente para mirarlo. Él caminaba con facilidad, botas firmes en la tierra, manos en los bolsillos. En su elemento.

—Todo —respondió—. Quiero ver todo. Los límites del proyecto, dónde irán los edificios, los espacios comunitarios. Y quiero conocer a algunos de los residentes del área.

Gary se detuvo tan abruptamente que Daphne casi chocó con él.

—¿Quiere conocer a los residentes?

—Sí. ¿Por qué suena sorprendido?

—Porque... —hizo una pausa, eligiendo palabras—. La mayoría de los inversores se enfocan en números y proyecciones. No en las personas que se beneficiarán.

Daphne enderezó los hombros.

—No soy la mayoría de los inversores. Y Kingship no es solo dinero. Se supone que somos impacto. Impacto real en vidas reales. No puedo evaluar eso desde una oficina.

Gary asintió, y la dureza en sus ojos se suavizó, reemplazada por algo que podría haber sido respeto.

—Bien —dijo—. Entonces empecemos aquí.

Pasaron la siguiente hora recorriendo el terreno. Gary explicaba cada sección con un detalle que Daphne no había esperado. No solo dónde irían los edificios, sino por qué. Por qué esta orientación capturaría mejor la luz solar. Por qué estos espacios verdes estaban posicionados para crear flujo natural de tráfico peatonal. Por qué el jardín comunitario estaba en el lado este, donde el sol de la mañana ayudaría a los cultivos.

Hablaba con las manos, gestos amplios que pintaban visión donde solo había pasto y tierra. Y Daphne se encontró cautivada. No por las especificaciones técnicas, aunque esas eran impresionantes, sino por la pasión en su voz.

Este hombre creía en lo que estaba haciendo. Era genuino.

—¿Ve esa casa de la esquina? —Gary señaló una estructura pequeña con pintura azul descascarada—. Ahí vive la señora

Morrison. Setenta y dos años. Ha vivido en Eastside toda su vida. Su esposo murió hace cinco años, sus hijos se mudaron fuera de estado por trabajo. Está sola en una casa que se está cayendo a pedazos porque no puede permitirse las reparaciones.

Daphne miró la casa. Vio el porche que se inclinaba. Las ventanas con cinta sobre grietas en el vidrio. El techo con tejas faltantes.

—¿Ha hablado con ella sobre el proyecto?

—Varias veces. Al principio estaba escéptica. Ha visto promesas antes, inversores que vienen con grandes planes y luego desaparecen. O peor, planes que resultan en desplazamiento. Pero cuando le expliqué que tendría prioridad para una unidad aquí, con alquiler que puede manejar con su pensión...

Gary no terminó la frase. No necesitaba hacerlo. Daphne vio la emoción en su rostro.

—¿Puedo conocerla? —preguntó—. ¿A la señora Morrison?

Gary la miró con sorpresa evidente.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Estoy aquí. Ella está allí. Y si voy a recomendar tres millones de dólares de fondos de Kingship, quiero saber que está haciendo diferencia para personas como ella.

Por un largo momento, Gary solo la miró. Su expresión era inescrutable, pero algo en sus ojos había cambiado. Daphne no sabía qué, pero lo sintió. Un cambio en cómo la veía.

—Está bien —dijo—. Venga conmigo.

Caminaron hacia la casa azul. Bueno, Gary caminó. Daphne navegó con sus tacones, agradecida cuando llegaron a la acera donde el concreto, aunque agrietado, era más estable.

Gary subió los escalones del porche que crujieron bajo su peso. Tocó la puerta con nudillos firmes, pero no agresivos.

Hubo sonido de movimiento dentro. Luego la puerta se abrió, revelando una mujer pequeña con cabello gris recogido en un moño bajo. Ojos oscuros que habían visto mucha vida. Arrugas profundas en su rostro que hablaban de sonrisas y preocupaciones en igual medida.

—Gary —su rostro se iluminó—. Qué sorpresa. Pasa, pasa.

—Buenos días, señora Morrison. No queremos molestarla. Solo estábamos haciendo un recorrido del sitio y pensé... bueno, esta es Daphne Montgomery. De Kingship.

Los ojos de la señora Morrison se deslizaron a Daphne, evaluándola en un segundo plano. Daphne sintió el peso de esa mirada. Vio cómo la mujer notaba el vestido caro, los tacones, el bolso. Vio el momento en que sacó conclusiones.

Pero entonces Gary agregó:

—Quería conocerla. Para entender mejor qué significa este proyecto para los residentes.

La expresión de la señora Morrison se suavizó.

—¿De verdad? —miró a Daphne—. ¿No está solo aquí para tomar fotos bonitas y sentirse bien sobre sí misma?

La pregunta fue directa. Casi grosera. Pero Daphne respetó la honestidad.

—No, señora —respondió con igual franqueza—. Estoy aquí porque Kingship está considerando invertir una cantidad significativa en este proyecto. Y antes de hacer eso, necesito saber que el dinero va a hacer diferencia real. No solo en papel, sino en vidas como la suya.

La señora Morrison la estudió un momento más. Luego, para sorpresa de Daphne, sonrió.

—Bien. Porque he visto suficientes personas ricas jugando a la caridad en mi vida. Si va a hacer esto, hágalo de verdad.

—Esa es la intención.

—Entonces entre. Ambos. Les haré té y les contaré sobre este barrio y por qué merece más de que lo que ha tenido.

Gary miró a Daphne, dándole la oportunidad de declinar. Pero ella ya estaba quitándose los tacones.

—Me encantaría —dijo, sosteniendo los Louboutin en una mano, sus pies en medias tocando el porche de madera astillada—. Gracias, señora Morrison.

La anciana rio, una risa rica y cálida.

—Llámame Doris. Entra antes de que tus pies se llenen de astillas.

Daphne entró, consciente de Gary siguiéndola. Consciente de su mirada en su espalda. Consciente de que algo acababa de cambiar entre ellos. Su actitud sin dobleces ni vanidad habían ganado un poquito de respeto.

Capítulo 7

Gary había estado explicando las especificaciones de cimentación cuando el Mercedes apareció en la calle. El coche plateado destacaba como un diamante en carbón, reluciente y caro, fuera de lugar en el Eastside.

Gary supo, con certeza absoluta, quién estaba dentro, y una nerviosidad que no tenía razón de ser se instaló en su estómago.

—¿Gary? —la voz de Megan lo sacó de sus pensamientos—. ¿Estás escuchando?

Parpadeó y volvió a concentrarse en la tarea, sonriendo.

—Sí. Perdón. Las especificaciones de cimentación están bien. Procede con el análisis de suelo que mencionaste.

La distraída ahora fue Megan, que focalizó en el Mercedes que se estacionaba cerca del terreno.

—¿Quién es?

—Imagino que uno de los Montgomery. De Kingship.

—Oh —Megan se enderezó, ajustó su casco—. Los inversores. No perdieron tiempo en venir a chequear.

—Eso parece.

Rob y Chris, los dos ingenieros junior, tenían sus miradas fijas en el coche. Rob silbó bajito.

—Ese es un Clase S. Debe costar como unos cien mil.

—Más cómo ciento veinte —murmuró Chris—. Mi tío vende Mercedes. Ese modelo con esas características... Sí, ciento veinte mínimo.

Gary sintió que la irritación crecía. Por supuesto que era lo primero que notaban. El precio del auto.

—Enfóquense en el trabajo —casi ladró.

Su tono salió más brusco de lo que pretendía. Los tres lo miraron con sorpresa. Gary no solía ser así con su equipo.

—Lo siento —se disculpó—. Es solo... Esto es importante para el proyecto. Necesitamos que salga bien.

—Entendido —Megan asintió, profesional como siempre—. ¿Quieres que nos quedemos o....?

—Quédense. Preséntense. Deben conocer al equipo.

Entonces Daphne salió del auto. Gary se permitió dos segundos, solo dos, para absorber la imagen. Vestido ejecutivo en tono crema. Cabello negro danzando sobre sus hombros. Bolso que Gary reconoció incluso desde esta distancia como uno de esos Hermès que tenían listas de espera de años.

Lucía como si fuera a una reunión de junta, no a un sitio de construcción. Joder, esos tacones. Gary vio el momento en que dio el primer paso en el pasto y los jodidos se hundieron. Ella se sorprendió, pero ajustó su balance y enderezó su postura para compensar.

Orgullo, imaginó. Puro orgullo la mantuvo caminando como si esta fuese una pasarela. La admiración y la exasperación se le mezclaron en cuotas iguales. .

—Hostia —murmuró Megan a su lado—. ¿Cómo viene en esos zapatos?

—Ignorancia pura.

—¿Le enviaste el email sobre el código de vestimenta?

—Mmm —contestó, distraído por el vaivén de esas caderas.

Apretó los labios, molesto. Era inapropiado pensar así.

—Tal vez no lo vio —murmuró Megan—. Aunque es de sentido común.

—El menos común de estos, y aquí tenemos la prueba.

Se sintió un cateto hablando así de ella, pero tampoco estaba diciendo nada malvado. La realidad, en todo caso. Observó el progreso doloroso de Daphne a través del terreno. Mantenía la cabeza alta, espalda recta, proyectaba confianza incluso mientras batallaba con el pasto irregular.

Terca. Obstinada. Orgullosa. Y atractiva, tan atractiva.

—Debería ir a ayudarla —dijo Chris, siempre el caballero.

—No —Gary lo detuvo con más vehemencia de la necesaria —. Ella... déjala llegar.

El instinto le decía que Daphne Montgomery no apreciaría ser rescatada. No frente a gente que acababa de conocer.

Al fin, después de lo que se sintió como horas, pero fueron dos minutos, Daphne llegó al área de trabajo donde estaban parados, zona más firme.

Su rostro estaba compuesto, bajo control perfecto, pero Gary notó el leve rubor en sus mejillas. La forma en que sus nudillos se habían blanqueado alrededor de la correa de su bolso.

Estaba mortificada. Y furiosa consigo misma por estarlo. Gary tuvo el repentino deseo de confortarla, una empatía innecesaria y que mostraba que su resistencia cedía. Lo cual no era necesario.

—Señorita Montgomery —mantuvo su voz neutral, profesional—. No esperaba verla tan temprano.

—Buenos días, señor Superville —su voz era fría, profesional, igualaba la suya—. Mencioné que visitaría el sitio. Aquí estoy.

—Eso veo. ¿No recibió mi email?

La confusión en sus ojos fue genuina.

—¿Qué email?

Ah. Entonces no lo había visto. No era que ignoró sus recomendaciones.

—El que envié anoche. Con pautas de seguridad y sugerencias de vestimenta apropiada para terrenos en construcción.

Vio el momento en que entendió. Las mejillas se le pusieron más rojas. Su mandíbula se tensó.

—Debo haberlo pasado por alto —admitió, y Gary tuvo que darle crédito por no inventar excusas—. Estaba revisando otra documentación del proyecto.

¿Había estado revisando documentación? ¿A las once de la noche? Eso le provocó satisfacción. Ella estaba tomándose esto en serio.

—Entiendo —dijo, suavizó su tono sin darse cuenta—. Aprecio que se hiciera el tiempo para revisar los materiales.

Antes de que la conversación pudiera volverse más incómoda, Megan dio un paso adelante con esa facilidad social que Gary envidiaba.

—Hola, soy Megan Torres. Ingeniera civil en el proyecto.

Daphne estrechó su mano, y Gary observó la interacción. Vio cómo los ojos de Daphne notaban las manos trabajadoras de Megan. Vio un destello (¿comparación? ¿autoconciencia?) antes de que sonriera.

—Sí. Un placer conocerla.

—El placer es mío. He escuchado mucho sobre el trabajo que Kingship hace. Es impresionante.

Gary conocía ese tono en la voz de Megan. Era su modo de encanto completo, el que usaba cuando quería hacer que alguien se sintiera bienvenido. Genuino, pero también intencional.

Megan era buena con la gente. Mejor que Gary. Era una de las razones por las que trabajaban bien juntos.

—Gracias —Daphne respondió—. Aunque después del año pasado, estamos trabajando duro para asegurarnos de que nuestras acciones coincidan con nuestra misión.

Gary sintió la frase como un pinchazo a su persona, trayendo la interacción del día anterior a la memoria. Admiró la vulnerabilidad en la admisión. No era fácil reconocer fallas frente a gente que apenas conocías.

—Eso es admirable —Megan miró a Gary un momento.

Había una pregunta en esa mirada. ¿O advertencia? Gary no estaba seguro.

—El apoyo de Kingship significa mucho. Estamos muy compenetrados con el éxito del proyecto, pero que los locales se sumen es valiosísimo. .

Gary se aclaró la garganta, y decidió que ya bastaba de charla. Ella estaba acá para ver, y él le mostraría. Esos tres millones no vendrían de la cháchara.

—Megan, Rob, Chris, ¿por qué no continúan con las mediciones del sector norte? Yo haré el tour con la señorita Montgomery.

Rob y Chris recogieron sus equipos sin comentario. Megan se demoró, sus ojos encontraron los de Gary con una expresión que no pudo interpretar. Preocupación tal vez. O curiosidad. Megan podía ser intensa.

—Claro. Estaremos allá si nos necesitas —contestó, y miró a Daphne—. Encantada, señorita, y a las órdenes.

—Gracias, igualmente.

Gary esperó hasta que su equipo estuviera fuera de rango auditivo antes de enfocarse en Daphne por completo.

Y joder, era un error. Porque estaban solos. Porque podía mirarla sin tres pares de ojos observándolos. La intensidad de su presencia lo golpeó como un puño.

El sol de la mañana capturaba hebras en su cabello negro, las convertía casi en azul. Sus ojos, esos ojos oscuros que lo habían perseguido, lo miraban con determinación mezclada con incertidumbre.

Y esos tacones ridículos que hacían que sus piernas se vieran... No. No iba allá.

—¿Trajo zapatos de cambio? —preguntó, forzando su mente de vuelta a territorio seguro.

—¿Perdón?

—Zapatos. Para caminar por el sitio. Esos —señaló, evitó mirar sus piernas— no van a funcionar.

—Son los únicos que tengo conmigo.

Gary suspiró, pasó una mano por su cara.

—Por supuesto que sí —murmuró, luego en voz más alta—. Está bien. Haremos lo que podamos. Pero quédese cerca de mí. Este terreno es irregular y no quiero que se tuerza un tobillo.

—Puedo cuidar de mí misma.

El destello en sus ojos era puro desafío. Y Gary, porque era masoquista, sintió el rincón de su boca levantarse.

—No dudo que puede. Pero en este momento está en mi sitio, bajo mi responsabilidad, y ya tengo suficientes dolores de cabeza sin agregar una demanda por lesiones a la lista.

Vio cómo abrió la boca, lista para discutir. Luego la cerró. Tragó orgullo.

—Está bien. Guíe el camino.

Gary asintió, comenzó a caminar. Mantuvo un ritmo más lento de lo normal, consciente de los pasos cuidadosos de Daphne detrás de él.

—Entonces —dijo, porque el silencio se estaba volviendo demasiado pesado—. ¿Qué quiere ver primero?

—Todo. Quiero ver todo. Los límites del proyecto, dónde irán los edificios, los espacios comunitarios. Y quiero conocer a algunos de los residentes del área.

Gary se detuvo en seco. Casi chocaron.

—¿Quiere conocer a los residentes?

—Sí. ¿Por qué suena sorprendido?

¿Por qué sonaba sorprendido? Porque en su experiencia, los inversores, sobre todo los del tipo de Daphne Montgomery, se preocupaban por ROI y proyecciones y cómo esto los haría verse.

Pero tal vez había juzgado mal.

—La mayoría de los capitalistas se enfocan en números y proyecciones. No en las personas que se beneficiarán.

Daphne lo miró directo, esos ojos oscuros ardían con ofensa. O determinación.

—No soy la mayoría de los inversores. Y Kingship no es solo dinero. Se supone que somos impacto. Impacto real en vidas reales. No puedo evaluar eso desde una oficina.

Y ahí. Ahí estaba.

La razón por la que Gary no podía poner a Daphne en una caja mental etiquetada como heredera caprichosa y superficial, y olvidarse de ella. Debajo del vestido caro y los tacones ridículos y el bolso que costaba un riñón, había alguien que se preocupaba.

O al menos quería preocuparse. Quería creer que lo que hacía importaba.

—Bien —dijo, y sintió su resistencia a ella ceder, solo un poco—. Entonces empecemos aquí.

Pasó la siguiente hora mostrándole todo. No la versión resumida que le habría dado a un inversor casual. La versión completa. Cada decisión de diseño, cada consideración, cada detalle que hacía este proyecto especial.

Y Daphne escuchaba. Escuchaba de verdad. Hacía preguntas inteligentes sobre flujo de tráfico y acceso solar y por qué había elegido estos materiales sobre otros.

Gary se animó mientras hablaba, usó las manos para pintar visión en el aire. Esto era lo que amaba. No las reuniones o el papeleo o la política. Esto. El diseño. La creación. Hacer cosas que importaran.

Y Daphne... Daphne lo entendía. Podía verlo en sus ojos, en cómo asentía, en las preguntas que hacía.

Cuando señaló la casa de la señora Morrison, cuando compartió su historia, vio emoción genuina en el rostro de Daphne.

—¿Puedo conocerla? ¿A la señora Morrison?

La pregunta lo tomó desprevenido, y le preguntó, con duda, si esto era ahora, a lo que ella asintió. Gary tuvo que admitir, muy a regañadientes, que había estado equivocado sobre ella.

El privilegio estaba ahí, innegable, en cada centímetro de su persona. Pero también había más. Profundidad real.

—Está bien. Venga conmigo.

Caminaron a la casa de la señora Morrison, que les abrió la puerta con su calidez usual, pero sus ojos se volvieron evaluativos cuando vio a Daphne. La señora Morrison había vivido suficiente para saber cuándo alguien era genuino y cuándo estaba jugando.

—¿No está solo aquí para tomar fotos bonitas y sentirse bien sobre sí misma? —preguntó sin rodeos.

Gary casi se rio. Sutil no era parte del vocabulario de Doris Morrison. Pero Daphne no se ofendió. Respondió con igual honestidad, y la sonrisa de la señora Morrison fue aprobación pura.

Cuando les invitó a tomar el té, Gary la miró. Podía darle una salida, si así lo deseaba. Pero ella volvió a demostrar que no retrocedía. Daphne entró primero. Gary la siguió, pero su mirada cayó en sus pies descalzos, en cómo se movía con más gracia sin los tacones ridículos.

Y cuando tropezó en el umbral, el marco de la puerta estaba levantado, una trampa que Gary debería haber advertido, su mano salió por reflejo puro.

Agarró su codo, la estabilizó. Contacto. Piel contra piel donde su manga se había enrollado. Electricidad. Chispa instantánea, innegable, imposible de ignorar.

Los ojos de Daphne se encontraron con los suyos. Amplios, sorprendidos, sentía exacto lo mismo que él sentía. Por un segundo, dos, tres, ninguno se movió.

—Gracias —susurró ella al fin.

Gary soltó su codo como si quemara.

—Cuidado con el umbral —fue todo lo que logró decir, voz más ronca de lo normal.

—Lo tendré.

Mientras bebían té, escucharon historias sobre Eastside, sobre comunidad, sobre esperanza y lucha y resiliencia. Gary apenas procesó las palabras. Todo lo que podía sentir era el fantasma de su piel bajo sus dedos.

Todo lo que podía pensar era que esto se había vuelto mucho más complicado de lo que había planeado. Mucho más complicado.

Capítulo 8

Desde el sector norte del terreno, Megan tenía vista perfecta de la casa de la señora Morrison.

Y, por ende, vista perfecta de Gary y Daphne Montgomery parados en el porche.

—¿Megan? —la voz de Rob interrumpió—. ¿Los números del análisis de suelo?

—Mmm? —Megan arrancó su mirada de la casa azul, enfocándose en la Tablet que Rob sostenía—. Sí, lo siento. Muéstrame.

Pero mientras Rob hablaba sobre niveles de compactación y capacidad de carga, una parte de su cerebro permanecía fija en esa casa. En Gary, y en Daphne Montgomery.

Ella era lo que Megan había esperado. Dinero gritando en cada centímetro de su persona. El vestido de diseñador, los tacones de suela roja imprácticos, pero divinos, que hacían que sus piernas se vieran como si pertenecieran a una modelo. El tipo de mujer que nunca había tenido que luchar por nada en su vida.

El tipo de mujer que Gary de habitual despreciaba. Entonces, ¿por qué había visto esa mirada en sus ojos cuando ella había tropezado hacia ellos con esos tacones ridículos?

Megan conocía esa mirada. La había visto antes, dirigida a otras mujeres a lo largo de los años que había trabajado con Gary. Nunca a ella, por supuesto. Ella era colega. Amiga. Compañera de equipo.

Había aprendido a identificar cuándo Gary estaba interesado en alguien. La forma en que sus hombros se tensaban. Cómo su voz se volvía más formal, como si estuviera creando distancia deliberada. El modo en que no podía dejar de mirar incluso cuando era obvio que estaba tratando de no hacerlo.

Todas esas señales habían estado ahí cuando Daphne llegó. Megan odiaba que le importara. No tenía derecho. Gary nunca había

dado indicación de que la viera como otra cosa que una amiga y colega. En tres años trabajando juntos, nunca había cruzado esa línea, no había insinuado interés romántico.

Pero joder si Megan no había esperado. Esperado que tal vez, algún día, notaría que ella estaba ahí. Que lo entendía. Que compartían los mismos valores, la misma pasión por la arquitectura que importara, por ayudar a gente que lo necesitaba.

Que eran iguales de maneras que él nunca sería igual a alguien como Daphne Montgomery.

—¿Megan? —Rob sonaba preocupado ahora—. ¿Estás bien?

—Sí. Perdón. Mi cabeza está en otro lugar —forzó una sonrisa—. Continúa.

Sus ojos derivaron de vuelta a la casa. Gary había puesto su mano en el codo de Daphne. Solo por un segundo, estabilizándola cuando tropezó en el umbral. Un gesto simple, caballeroso.

Excepto que Megan vio cómo se congelaron ambos. Vio el momento alargarse, cargado . Si eso no era interés, que la sacudieran. La química existía, se les notaba. Innegable, inconveniente.

—Mierda —murmuró bajo su aliento.

—¿Qué? —Chris levantó la vista de donde estaba tomando mediciones.

—Nada. Olvidé algo en mi auto. Vuelvo en un minuto.

Megan se alejó antes de que pudieran hacer preguntas. Necesitaba espacio. Necesitaba aire que no estuviera lleno de la imagen de Gary tocando a otra mujer con ese cuidado que Megan había deseado por años.

Caminó hacia donde habían estacionado sus autos, más allá del perímetro del terreno. Sacó su teléfono del bolsillo de sus jeans, mirando la pantalla sin verla. Esto era ridículo. Era una adulta de treinta años. No una adolescente con un crush.

Gary Superville era su jefe. Su amigo. Su mentor en muchas maneras. Nada más. Necesitaba superar esto. Enfocarse en el trabajo. En el proyecto que importaba.

Su teléfono vibró. Mensaje de un número que no reconocía. Su ceño se frunció, sorprendida al leer.

DESCONOCIDO: *¿Megan Torres? Soy Preston Whitmore. Me gustaría hablar con usted sobre una oportunidad profesional. ¿Estaría disponible para un café esta semana?*

Megan frunció el ceño. ¿Preston Whitmore? ¿El de Whitmore Development? ¿El mismo Whitmore Development que estaba tratando de bloquear su proyecto? Lo habían cruzado un par de veces, una de ellas en el sitio en disputa.

Su dedo se detuvo sobre el botón de eliminar. Debería ignorarlo. Debería mostrarle esto a Gary. Debería hacer lo correcto. Pero…

La parte de ella que se sentía herida por ver a Gary mirando a Daphne Montgomery como si aquella fuera algo precioso la detuvo. ¿Una oportunidad profesional? ¿Con uno de los desarrolladores más grandes de Savannah?

Ese era el tipo de oportunidad que alguien como ella, sin conexiones, sin apellido importante, solo trabajo duro y talento, rara vez conseguía.

Megan miró de vuelta hacia la casa azul. Gary y Daphne todavía estaban dentro. Era probable que estuvieran ahí un rato. A la señora Morrison le gustaba hablar. Gary la escucharía. Apasionado. Dedicado.

Los dedos de Megan se movieron sobre la pantalla antes de que pudiera pensarlo demasiado.

MEGAN: *Buenos días. Es una sorpresa, pero estoy abierta a hablar. ¿Cuándo?*

La respuesta fue casi instantánea.

PRESTON: *Mañana 10am. The Collins Quarter. Mi invitación.*

MEGAN: *Ahí estaré.*

Guardó su teléfono, mirando el terreno donde algún día habría viviendas para sesenta familias. Si el proyecto se hacía. Si Kingship aprobaba los fondos. Si lograban navegar la política y el papeleo y todas las formas en que proyectos como este podían descarrilar. Demasiados *si*.

Megan había pasado suficiente tiempo en esta industria para saber que incluso los mejores proyectos podían morir por mil

pequeños obstáculos.

Tal vez era tiempo de asegurar su propio futuro. Escuchar lo que Preston Whitmore tenía que decir. Solo escuchar. No había daño en ello, ¿verdad?

Megan regresó al sitio, la sonrisa profesional de vuelta en su rostro. Rob y Chris apenas notaron su ausencia. Y cuando Gary y Daphne salieron de la casa de la señora Morrison veinte minutos después, les agitó su mano en saludo.

Amigable. Profesional. Sin amenaza. En su bolsillo, su teléfono se sentía como un peso. O como una promesa. Aún no estaba segura de cuál.

Capítulo 9

La mansión Beaumont ocupaba tres acres en el distrito histórico más exclusivo de Savannah. Daphne la conocía tan bien como su propio apartamento. Mejor, considerando que parte de su vida la había pasado en estas habitaciones. La casa paterna y esta estaban muy cerca.

Aparcó su Mercedes en el círculo de la entrada. El Bentley de sus padres ya estaba ahí, junto al Audi de Harrison y el Porsche de Rhett, estacionado de cualquier modo, lo que probaba que su hermano seguía aparcando como si las reglas no aplicaran a él.

Martha, el ama de llaves, abrió la puerta antes de que pudiera tocar el timbre.

—Señorita Daphne. La esperan en el estudio.

—Gracias, Martha. ¿Cómo está la tía Lucille hoy?

Martha bajó la voz.

—De buen humor. Agradece que la reunión se haga aquí.

Daphne asintió. Había sido decisión de Horace cambiar la ubicación. La junta debía haberse realizado en las oficinas de Kingship, pero por consideración a Lucille, quien detestaba salir de su mansión y cuya salud se había vuelto más frágil este año, habían traído la reunión a ella.

Un gesto de paz porque sabían que Lucille se había sentido marginada cuando, después del escándalo del año pasado, la familia había trabajado para que Augusta asumiera como representante Beaumont principal en la directiva de Kingship.

No la habían reemplazado del todo. Eso habría sido demasiado cruel. Pero habían redistribuido responsabilidades. Y Lucille lo había sentido como el rechazo que era.

Daphne caminó por el pasillo familiar. Paneles de madera oscura en las paredes, alfombras persas antiguas que amortiguaban

sus pasos, retratos de antepasados Beaumont que la miraban con expresiones severas desde sus marcos dorados.

Esta casa era historia. Tradición. El peso de generaciones de expectativas. Y Daphne estaba a punto de sugerirles que arriesgaran tres millones de dólares en un proyecto que desafiaba lo que esta casa representaba.

Sin presión.

El estudio parecía conservar el pasado intacto. Daphne podía imaginar a su abuelo, bisabuelo y todos los Beaumont hasta el siglo XIX aquí. Paneles de madera oscura, estanterías llenas de libros y ese escritorio masivo de caoba que había pertenecido al tátara tátara… No recordaba. Ventanas altas dejaban entrar la luz de la mañana que hacía bailar el polvo en el aire.

Su familia estaba distribuida en sus configuraciones usuales. Su padre Horace detrás del escritorio, porque incluso en reuniones familiares él gustaba de molestar a su cuñado Cornelius.

Su padre lucía relajado esta mañana, camisa de vestir sin corbata, una concesión al hecho de que era domingo. Pero sus ojos, esos ojos que habían navegado décadas de negocios en Savannah, estaban alerta.

Su madre Eleanor en el sofá cerca de la ventana, postura perfecta como siempre, y le sonrió con calidez. Fue a ella y le besó la mejilla. Hizo lo propio con su padre.

Luego saludó a la tía Augusta, que estaba en el sillón de lectura que había reclamado como suyo hace décadas. No tenía libro esta vez. Toda su atención estaba en Daphne, y había aprobación en su mirada.

Cornelius estaba de pie cerca de la chimenea, copa de brandy en mano a pesar de ser las diez de la mañana. Su tío la evaluó con esa mirada que siempre la había hecho sentir como si no alcanzara sus estándares.

Lucille estaba apoltronada en una silla de respaldo alto como un juez preparándose para dictar sentencia. Más delgada de lo que Daphne recordaba. Más frágil. Pero sus ojos seguían siendo afilados.

Harrison y Rhett estaban junto a la otra ventana, en medio de alguna conversación que interrumpieron cuando la vieron.

—Querida, ¿quieres un café? —ofreció su madre.

—Sí, gracias.

Martha apareció con una taza, preparada exacto como a Daphne le gustaba: un toque de crema, sin azúcar.

—Bien —Horace se recostó en su silla una vez que todos tenían bebidas—. Rhett ya nos informó que tenemos una propuesta seria. El proyecto de vivienda en Eastside. Y que tú harás los honores.

Todos los ojos se volvieron hacia ella. Daphne sintió el peso familiar de la atención, la evaluación. Pero esta vez, en lugar de hacerla encoger, la enderezó.

—Así es —dejó su taza en el escritorio, abrió su portafolio, sacó copias del dossier—. He revisado el proyecto Eastside Renaissance en detalle. Los planos, el presupuesto, las proyecciones de impacto social. También visité el sitio.

—¿Visitaste el sitio? —la voz de Lucille tenía ese tono de sorpresa que rayaba en desaprobación—. ¿Tú? ¿En Eastside?

Daphne la miró directo.

—Sí, tía Lucille. En Eastside. Donde vivirán las sesenta familias que este proyecto ayudará. No podría recomendar tres millones de dólares sin ver con mis propios ojos qué diferencia haría.

—Admirable —dijo Augusta antes de que Lucille pudiera responder—. Me alegra que hayas hecho el trabajo de campo en lugar de solo revisar papeles.

Daphne le sonrió a su tía con gratitud, luego distribuyó los dossiers.

—Como pueden ver en la página tres, la estructura financiera es sólida. Thornton Construction invierte cuatro millones. Ya tienen tres millones asegurados en subsidios federales y estatales. Dos millones vienen de un fondo de impacto social. Buscan tres millones adicionales para cerrar el presupuesto total de doce millones.

Horace hojeó el dossier con la atención al detalle que lo había hecho exitoso en los negocios.

—¿Y el arquitecto? Gary Superville. ¿Qué sabemos de él?

—Treinta y tres años, originario de Detroit —Daphne había memorizado cada detalle—. Educación en la Universidad de Michigan y MIT. Trabajó dos años en Skidmore, Owings & Merrill antes de renunciar para unirse a Arquitectos sin Fronteras. Pasó otros dos años haciendo proyectos de vivienda en Guatemala, Haití y Filipinas. Los últimos tres años ha trabajado en proyectos de vivienda social en Detroit y Chicago. Tiene historial probado de entregar en presupuesto y a tiempo.

—Detroit —repitió Cornelius, y había desdén en su tono—. Un norteño.

—Como yo —la voz de Horace fue suave, pero firme—. Soy de Pittsburgh, si recuerdas, Cornelius. También llegué del norte con ideas que muchos en Savannah consideraban radicales.

Silencio incómodo. Todos sabían la historia. Horace Montgomery había llegado a Savannah hace más de treinta años, un independiente sin conexiones, y había tenido que luchar por cada centímetro de respeto. Y lo había logrado, conquistando de paso a una de las perlas de Savannah. No sin resistencia de gente como Cornelius.

—No es lo mismo —murmuró Cornelius, pero sin convicción.

—¿No? —Horace se inclinó hacia adelante—. Creo que es exacto lo mismo. Gente del norte con ideas más amplias, proyectando el cambio que esta ciudad necesita, pero se resiste a aceptar. Es cómo progresamos, Cornelius. Es cómo evitamos quedarnos atrapados en tradiciones que ya no sirven.

Eleanor sonrió en su sofá, orgullosa de su esposo. Daphne aprovechó el momento.

—El señor Superville no es solo competente como técnico. Se preocupa. Lo vi con los residentes de Eastside. Conoce sus nombres. Sus historias. Este proyecto no es abstracto para él. Es personal.

—¿Personal cómo? —preguntó Harrison, siempre el analítico.

—Conoce a cada habitante. Me presentó a una mujer. Doris Morrison. Setenta y dos años. Ha vivido en Eastside toda su vida. Su casa se está cayendo a pedazos porque no puede permitirse reparaciones con su pensión.

Daphne sacó las fotos que había tomado con su teléfono. Las pasó alrededor de la mesa.

—Gary diseñó este proyecto pensando en personas como Doris. Ella tendrá prioridad para una unidad aquí, con alquiler que puede manejar. Novecientos dólares al mes por un apartamento de un dormitorio moderno, seguro, eficiente energéticamente. Comparado con lo que paga ahora por una casa que la está matando, es diferencia enorme en calidad de vida.

Vio que Eleanor estudiaba las fotos con expresión conmovida. Horace también las miraba con atención. Pero Cornelius frunció el ceño.

—Eastside no es el tipo de vecindario que atrae desarrollo positivo. Las tasas de criminalidad son más altas que el promedio de la ciudad. Los valores de propiedad son bajos. Y hay preocupaciones sobre si introducir vivienda subsidiada no exacerbará estos problemas.

Daphne había anticipado este argumento. Lo había escuchado casi palabra por palabra de los artículos que los Whitmore habían estado plantando en la prensa.

—Las tasas de criminalidad en Eastside son más altas porque el área ha sido desatendida por décadas —respondió, voz firme—. Falta de iluminación en calles. Falta de programas comunitarios. Falta de inversión en infraestructura básica. Este proyecto aborda esos problemas.

Abrió a otra página del dossier.

—No es solo vivienda. Miren el diseño completo. Jardín comunitario donde los residentes pueden cultivar vegetales. Área de juegos para niños. Salón de usos múltiples para reuniones, clases, eventos. Iluminación LED en todas las calles. Asociación con programas sociales locales para servicios de salud, educación, entrenamiento laboral.

—En teoría suena bien —dijo Cornelius—. Pero la realidad es que proyectos como este prometen más de lo que entregan.

Su tío era tan cansino. E hipócrita. ¿Qué cojones podía saber con profundidad de áreas que no fueran bebida, juego, socialización? Se llamó a la paciencia.

—Por eso hice mi diligencia debida —Daphne no dejó que la desviara—. He visto el nivel de detalle en los planos. He hablado con el equipo de construcción. He verificado las referencias de proyectos anteriores de Gary. En Detroit, construyó vivienda para veteranos. Cien por ciento ocupada, cero quejas de mantenimiento después de tres años. En Chicago, renovó un edificio abandonado en vivienda accesible para familias. Ganó el premio del American Institute of Architects por diseño sostenible.

—¿Y el ROI? —preguntó Horace—. ¿Estamos viendo esto como inversión o como donación?

—Ambos —Harrison intervino—. He revisado los números con detalle. Hay retorno de inversión, aunque modesto. Tres a cinco por ciento anual una vez operacional. El ROI real es social. Lo que debe importar a Kingship —enfatizó, y Daphne sonrió. Harrison era contador, pero no se perdía en números—. Sesenta familias en vivienda digna. Fortalecimiento de comunidad. Prevención de desplazamiento.

—ROI social —repitió Cornelius con escepticismo—. ¿Eso paga las cuentas?

—No —concedió Harrison—. Pero no es para eso que existe Kingship. Existimos para impacto. Este proyecto lo entrega, medible y sustancial.

—Estoy de acuerdo —Augusta cerró su dossier con un golpe decisivo—. He leído todo. Es exacto el tipo de proyecto que deberíamos apoyar. Vivienda accesible de calidad, enfocado en la comunidad, con supervisión transparente. Mi voto es sí.

—El mío también —dijo Horace—. Daphne, has hecho un trabajo excelente presentando esto. Veo el mérito. Y como alguien que también llegó del norte con ideas que Savannah necesitaba, apoyo este tipo de cambio progresivo.

Eleanor había estado callada, estudiando el dossier.

—Tengo una pregunta —levantó la vista—. ¿Qué hay de la oposición? He escuchado que los Whitmore no están contentos.

Ahí estaba. El elefante en la habitación.

—Es verdad —admitió Daphne—. Whitmore Development tenía planes para ese terreno. Querían construir un hotel boutique

de lujo. Cuando Thornton le ganó la pulseada por el terreno, no estuvieron contentos. Han estado dando entrevistas acerca de cómo la vivienda accesible amenaza el carácter histórico de Savannah.

—Los Whitmore son amigos de la familia —dijo Lucille, su voz afilada—. Preston y Virginia han sido cercanos a nosotros por años. ¿No deberíamos considerar sus preocupaciones?

«Habla por ti, tía. Detesto a ese pomposo libidinoso», pensó.

—Sus preocupaciones son financieras, no sociales —Daphne enfrentó la mirada de su tía—. Querían ese terreno para ganancias. No para ayudar a la comunidad que ya vive allí. Y con todo respeto, tía Lucille, la amistad con los Whitmore no debería dictar las decisiones de inversión de Kingship.

—Las ganancias no son malas, Daphne —el tono de Lucille se endureció—. Es cómo funciona el mundo real.

—Lo sé. Pero Kingship no existe para maximizar ganancias de los Whitmore. Existe para ayudar.

—¿O tiene más apelación para ti porque te permite sentirte noble? —las palabras de Lucille cayeron como piedras.

Daphne sintió como si le hubieran dado una bofetada. Pero no desvió la mirada.

—Eso no es justo.

—¿No? —Lucille se inclinó hacia adelante—. Has estado diferente desde el escándalo del año pasado. Más retraída. Más seria. Como si estuvieras tratando de probar algo. Y ahora apareces con este proyecto que te hace parecer la heroína salvando a los pobres mientras desafías a una familia que ha sido aliada nuestra por generaciones.

Ah, aquí estaba. La rabia acumulada por meses encontraba salida, y era con ella, directo. Daphne sintió el golpe de las palabras, no era inmune.

—Tía Lucille —la voz de Rhett tenía advertencia.

—No, déjala —dijo Daphne, encontró su voz—. Quiero responder —Se puso de pie, manos planas sobre el escritorio —No estoy haciendo esto para probar nada. No estoy jugando a la salvadora. Lo estoy haciendo porque es lo correcto. Porque Kingship casi pierde su credibilidad el año pasado y la única forma de

recuperarla es con acción real, con transparencia —Su voz se fortaleció—. Y sí, eso significa que a veces haremos cosas que incomodan a nuestros amigos ricos. Que desafían el statu quo. Que priorizan a gente que no puede permitirse comprar influencia con donaciones grandes. Porque si no hacemos eso, ¿qué somos? ¿Otro club social de élite que se felicita a sí mismo mientras no cambia nada?

—Daphne —la voz de Eleanor tenía tono de advertencia.

Pero Daphne estaba en racha, toda la frustración de la semana saliendo a la superficie.

—He pasado mi vida siendo la confiable. La que no causa problemas. La que sonríe y asiente. ¿Y saben qué aprendí el año pasado cuando todo explotó? Que ser confiable no es suficiente si no estás haciendo cosas que importen. Si no estás usando tu privilegio para más que mantener el statu quo que te beneficia.

—Eso suena muy noble —dijo Lucille—. También ingenuo.

—Tal vez lo es. Pero prefiero ser ingenua y hacer diferencia que ser cínica y no hacer nada.

—Bien dicho —murmuró Augusta con aprobación evidente.

Horace levantó una mano, gesto de paz.

—Creo que todos necesitamos un momento. Esto es una decisión importante y las emociones están altas. Es tiempo de votar. ¿Quién está a favor de aprobar la inversión de tres millones en el proyecto Eastside Renaissance?

—Yo —dijo Augusta sin vacilar.

—Yo también —Harrison asintió—. Los números funcionan, el impacto es real.

—Sí —Horace levantó su mano.

—Sí —Rhett miró a Daphne con algo en sus ojos que podría haber sido orgullo.

Eleanor dudó, miró entre Daphne y Lucille. Luego suspiró.

—Sí. Pero con condiciones.

—¿Qué condiciones? —preguntó Daphne.

Su madre podía ser frustrante, en especial cuando sentía la necesidad de conciliar con Lucille, cuando esta había sido amarga con ella desde que eran jóvenes.

—Supervisión cercana. Informes mensuales detallados. Daphne, tú serás el enlace directo con Thornton Construction y su arquitecto. Si esto sale mal, es tu responsabilidad.

—Acepto eso —dijo Daphne sin dudar.

Todos miraron a Cornelius y Lucille. El primero suspiró y tomó un largo sorbo de su brandy.

—Me abstengo. No lo apoyo, pero tampoco voy a bloquear a la mayoría.

Lo cual dejaba a Lucille.

—Lucille —dijo Horace con suavidad—. Tu voto.

—No —La palabra cayó pesada—. Pero acepto que estoy en minoría. El proyecto tiene los votos necesarios. Que proceda.

El alivio inundó a Daphne. Esto era lo correcto, era un proyecto importante. Y ella tendría mucho trabajo de aquí en más, parte de él cerca de Gary Superville.

***

Rhett esperó hasta que los mayores se retiraran del estudio antes de acercarse a Daphne.

—Muy bien, hermanita. Sorteaste a la tía con soltura. Y eso que estuvo intensa.

—Está insoportable —gruñó Harrison.

—Charlemos con un trago en mano —invitó Rhett.

—Es muy temprano —protestó ella, pero les siguió a la sala.

—Té helado, Martha —dijo Rhett con su mejor sonrisa a la mujer, y ella sacudió su cabeza con una sonrisa de vuelta.

Su hermano era encantador, aunque su filo playboy había desaparecido desde que estaba enamorado. Daphne aprobaba, sin dudas.

La sala de estar de la mansión Beaumont era menos formal que el estudio. Sofás cómodos en lugar de sillas rígidas, una barra de licor bien surtida en lugar del escritorio intimidante. Ventanas que daban al jardín privado donde Rhett y sus hermanos habían jugado de niños.

Eliza ya estaba ahí, recostada en un sofá con un gin tonic en la mano.

—¡Cómo no llegas a la reunión! —se quejó Daphne—. ¿Y si hubiese sido necesario tu voto?

—Escuché tras la puerta, justo para la votación. No me necesitaban —dijo a modo de saludo—. Tu declaración de guerra a la vieja guardia fue interesante.

—No tuvo desperdicio —Rhett fue directo a la barra, sirvió whisky en un vaso—. Martha traerá té, para los que no quieren algo fuerte. ¿Daph?

Mm. El té sonaba muy bien, pero tal vez solo un trago, para calmar los nervios que ahora bajaban.

—Vino blanco —dijo, dejándose caer en un sillón.

—Nada para mí —Harrison se acomodó los lentes—. Alguien tiene que mantener la cabeza clara.

—Aburrido —Eliza levantó su copa hacia Daphne—. Bien hecho allá adentro, por cierto. Muy dramático. ¿Somos solo otro club social de élite? Me encantó.

Daphne aceptó el vino que Rhett le ofreció y tomó un sorbo largo.

—¿Fui demasiado lejos?

—No —Rhett se sentó en el brazo del sofá—. Fuiste exacta lo que necesitabas ser. Apasionada. Convincente. Real.

—Lucille no pensó lo mismo.

—Lucille tiene miedo. Siempre ha sido así —dijo Harrison—. Lo que sea riesgo o romper tradiciones la aterra. Y también se siente irrelevante.

—Profundo —murmuró Eliza—. ¿Cuándo te volviste psicólogo?

—Leo. Ustedes deberían intentarlo.

Rhett rio, luego miró a Daphne con atención.

—Hablando en serio, hermana. Ese fue un lado tuyo que no había visto antes. O al menos no en mucho tiempo. ¿De dónde salió?

Daphne giró el vino en su copa, observó cómo la luz lo atravesaba.

—No lo sé. Supongo que después del año pasado, después de ver cómo arruinamos…

—Arruino —asumió Rhett.

—Como sea. Priorizar apariencias sobre sustancia... Decidí que no quiero vivir así. No quiero ser la que dice sí solo para mantener la paz.

—Bienvenida al club —dijo Rhett con una sonrisa torcida—. Yo exploté mi vida el año pasado por razones similares. Aunque con menos nobleza y más caos hormonal.

—Tu situación fue diferente —Daphne lo miró—. Tú te enamoraste. Esto es solo trabajo.

—¿Solo trabajo? —Eliza se enderezó, ojos brillando con esa curiosidad depredadora que conocían bien—. ¿Estamos seguros de eso?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que las miraditas entre tú y el arquitecto la otra noche…

—¿Cómo? —La sorpresa ganó a Rhett, y Harrison parpadeó.

Daphne se puso rígida.

—Eliza —advirtió.

La jodida no se guardaba nada. No es que hubiera algo que guardar, pero… Se sonrojó.

Rhett se inclinó hacia adelante, su interés despierto.

—Detalles, Daph. ¿Es cierto?

—Nada —dijo Daphne demasiado rápido—. No pasó nada. Él estaba ahí con Carter. Yo estaba ahí con Eliza, porque ella me invitó —la miró con indignación—. Fue coincidencia, te lo dije.

—Ajá —Eliza tomó un sorbo de su gin tonic—. Y la forma en que te pusiste roja cuando lo viste fue solo calor del bar. Y la forma en que él te miró también fue casual.

—Eliza —volvió a decir Daphne.

Pero Harrison estaba estudiando a su hermana mayor con esos ojos analíticos.

—Espera. ¿Estamos hablando de Gary Superville? ¿El arquitecto del proyecto?

—Puede ser —Eliza sonrió como gato con canario.

—Oh, esto es interesante —Rhett no pudo evitar la sonrisa —. Nuestra hermana perfecta tiene química con el norteño rebelde. Es como una novela.

—No tengo química con nadie —Daphne dejó su copa con más fuerza de la necesaria—. Es un colega. Un socio profesional en un proyecto importante. Nada más.

—¿Entonces por qué te pusiste roja cuando Eliza dijo su nombre? —preguntó Rhett.

—No me puse roja.

—Estás roja ahora mismo —señaló Harrison.

—Estoy acalorada. Esta habitación está caliente.

—La habitación está perfecta —Eliza se rio—. Admítelo, hermana. Hay algo ahí.

Daphne miró entre sus tres hermanos, todos observándola con diversión evidente, y suspiró.

—Son unos tontos. Buscan molestarme. No hay nada.

—Mmm, sigue diciéndote eso —canturreó Eliza.

—Daph, ¿esto va a afectarte? —Rhett se inclinó, expresión seria.

Más parecido a Beau con su compostura. Ah, faltaba el hermano mayor aquí para ponerse de su lado, pensó Daphne.

—¡Claro que no! Soy profesional, y este proyecto me importa —Apretó sus labios y los miró con fastidio—. ¿No creen que pueda hacerlo?

—Daph, ¡claro que sí! —protestó Eliza, y levantó sus manos —. Retiro lo dicho.

—Ah, sí, claro, tira la piedra y esconde la mano —Daphne frunció el ceño—. Niñata —acusó, y la menor le tiró la lengua.

—Haya paz —dijo Harrison.

—No quiero insinuaciones —retrucó Daphne—. Tengo que trabajar con él. Estoy a cargo del proyecto. Soy su enlace directo con Kingship. Si algo pasara, si nos complicáramos, podría arruinar todo.

—O —dijo Harrison con lógica implacable— podría hacer que trabajen mejor juntos. La química no es mala en entornos profesionales, si se maneja con madurez.

—¿Desde cuándo eres experto en relaciones? —preguntó Eliza.

Harrison se encogió de hombros.

—Observo. Y, repito, leo. Sé de negocios arruinados por gente que niega lo obvio en lugar de abordarlo.

—¡No hay nada que abordar, joder!

—Okay, Okay, ya entendimos —cerró Rhett la discusión.

Eliza se levantó, caminó hacia Daphne, se sentó en el brazo de su sillón.

—Perdón, hermana. Sé que harás un trabajo maravilloso. Te importa la gente y eres eficiente. Te admiro por eso. A veces quiero sacudirte un poco. ¿Está mal? Necesitas aflojarte.

—Lo estoy haciendo.

—Está bien. Y si hay química… Que fluya, es todo lo que digo… Ya me callo, ya me callo —dijo, sonriendo.

Rhett rio bajito y Daphne meneó su cabeza.

Capítulo 10

Daphne se detuvo frente al edificio de oficinas de Thornton Construction, respiró hondo tres veces, y se recordó a sí misma que era una profesional.

Una profesional de veintisiete años que había manejado crisis de relaciones públicas, presupuestos de millones de dólares, y juntas directivas llenas de egos. Podía manejar una simple reunión de coordinación de proyecto. El hecho de que Gary Superville estaría en esa reunión no debería importar.

Excepto que importaba. Joder, cómo importaba. El vestido azul marino que había elegido esta mañana era apropiado. Conservador. El tipo de ropa que decía *tómenme en serio como profesional* sin decir *me esforcé demasiado*. Tacones de tres pulgadas; había aprendido la lección sobre los de cuatro en terrenos irregulares. Cabello en un moño bajo pulido. Maquillaje discreto.

La Daphne Montgomery que Kingship esperaba.

Pero mientras subía al tercer piso en el ascensor, sintió mariposas en su estómago que no tenían nada que ver con responsabilidad profesional y todo que ver con ojos azul grisáceos que la miraban como si pudieran ver a través de cada defensa cuidadosa que había construido.

Las oficinas de Thornton Construction ocupaban el tercer piso. Modernas, pero no ostentosas. Paredes de cristal, espacios abiertos, escritorios de madera clara. Planos enrollados en todas partes, maquetas de proyectos en vitrinas iluminadas.

La recepcionista, una mujer de unos cincuenta con sonrisa genuina, la recibió con calidez.

—Señorita Montgomery, la esperan en la sala de conferencias. Tercer puerta a la derecha.

—Gracias.

Daphne caminó por el pasillo, consciente del repiqueteo de sus tacones en el piso de madera. Voces llegaban desde la sala de

conferencias. Reconoció la risa fácil de Carter. Y luego la voz de Gary. Más baja, más seria, pero con ese tono que hacía que su columna se enderezara por pura atención.

Se detuvo fuera de la puerta, ajustó la correa de su portafolio en el hombro, y entró. Carter estaba recostado en una silla al extremo de la mesa de conferencias, café en mano, sonriendo como si este fuera el mejor día de su vida.

Gary estaba de pie junto a la ventana, estudiando algo en su Tablet, camisa de vestir azul claro con las mangas enrolladas hasta los codos.

Cuando ella entró, ambos voltearon. Carter se levantó con cortesía, sonriendo encantador.

—Daphne. Qué alegría verte. ¿Café? ¿Té?

—Café estaría perfecto. Gracias.

Gary no se movió, pero sus ojos la recorrieron, rápido, casi de manera involuntaria, antes de volver a su rostro.

—Buenos días, señorita Montgomery.

—Señor Superville.

Formal. Profesional. Como debía ser. Excepto que había una corriente bajo las palabras. Una tensión que hacía que el aire se sintiera más denso.

Gary dejó su Tablet en la mesa, se sentó al otro extremo de donde estaba Carter. Daphne tomó el asiento entre ambos, aceptó el café que Carter le ofreció.

—Bien —Carter se frotó las manos—. Primera reunión oficial de coordinación. Tengo la agenda preparada, pero déjenme empezar diciendo que estoy emocionado por este proyecto. Es exacto el tipo de trabajo por el que creamos la división de vivienda social.

—Estamos igual de emocionados —dijo Daphne, abrió su portafolio, sacó su propia agenda y notas—. Kingship ve esto como oportunidad de demostrar para qué fue creada.

—Perfecto —Carter deslizó copias impresas a través de la mesa—. Entonces, vamos con lo que importa. Aquí está el timeline propuesto, los hitos clave, comunicación entre equipos, y un par de temas que Gary quiere discutir sobre integración comunitaria.

Daphne miró a Gary, quien había abierto una carpeta llena de documentos.

—Integración comunitaria —repitió—. ¿Qué tipo de integración?

Gary levantó la vista, sus ojos encontraron los de ella.

—Quiero contratar entre quince y veinte residentes del área de Eastside para trabajar en la construcción.

Daphne parpadeó. No era lo que había esperado.

—¿Residentes sin experiencia en construcción?

—Sin experiencia formal —corrigió Gary—. Pero con capacidad de aprender. Ofreceremos entrenamiento en el trabajo, certificaciones básicas, pago justo. Es oportunidad real de empleo para gente que ha sido excluida de este tipo de trabajos.

La idea era hermosa. Ética. Exacto el tipo de cosa que Kingship debería apoyar. Y Daphne podía ver con perfecta claridad cómo Cornelius y Lucille la destrozarían.

—Es una idea admirable —eligió sus palabras con cuidado—. Pero tengo preocupaciones prácticas. Entrenar gente sin experiencia mientras mantenemos el timeline del proyecto... Eso podría crear complicaciones.

—O podría crear lealtad —Gary se inclinó hacia adelante—. Gente que tiene inversión personal en el éxito del proyecto porque están construyéndolo con sus manos. Gente que aprende habilidades que puede usar el resto de su vida.

—No estoy en desacuerdo con el mérito de la idea. Pero la junta directiva va a hacer preguntas sobre calidad, sobre retrasos, sobre...

—Sobre si la gente pobre puede hacer trabajo de calidad —interrumpió Gary, y había acero en su voz.

—No —Daphne sintió el calor subiendo por su cuello. Este hombre la malinterpretaba—. Sobre si podemos cumplir lo que prometemos sin arriesgar el proyecto.

—El riesgo es mínimo. Contrataré supervisores experimentados. Los nuevos trabajadores empezarán con tareas básicas, progresarán según demuestren competencia. He hecho esto antes, en Detroit. Funcionó.

—Detroit no es Savannah.

—¿Y eso qué significa?

Daphne apretó los labios. Este gilipollas era insufrible. Con más sueños que practicidad. Al menos en lo que a su ciudad se refería. Savannah tenía capas de clasismo y tradición que Detroit no tenía. Significaba que, esta idea sería vista por su tío Cornelius como amateurismo y por Lucille como un riesgo innecesario.

Pero no podía decir eso. No sin admitir que la política de su familia importaba más que la misión del proyecto.

—Significa —dijo con cuidado— que tengo que manejar expectativas de múltiples grupos de interés. Esto va a generar preguntas que necesito poder responder.

Gary la miró con una intensidad que hizo que su pulso se acelerara.

—Entonces respóndelas. Diles que estamos creando oportunidades reales para gente real. Que no solo estamos construyendo viviendas, estamos construyendo futuros.

Dios. Cuando hablaba así, cuando esa pasión entraba en su voz, Daphne sentía que su resolución profesional se derretía.

—No es tan simple —insistió, pero su voz salió más suave de lo pretendido.

—¿Por qué no? —se inclinó más hacia adelante, y Daphne se dio cuenta de que ella también se había inclinado, la distancia entre ellos reduciéndose—. ¿Por qué tienes que complicar algo que debería ser obvio?

—Porque vivo en el mundo real, Gary. Un mundo donde si pierdo el apoyo de la junta, pierdo los tres millones que necesitas para que este proyecto exista.

—Si el precio de existir es traicionar la misión, ¿vale la pena?

La frustración se le acumuló, mezclada con, a pesar suyo, admiración por este idealista. También tuvo el deseo loco de agarrarlo por el cuello de esa camisa y sacudirlo.

—Eres imposible —dijo entre dientes.

—Y tú eres demasiado buena navegando política cuando deberías estar luchando.

Estaban cerca. Demasiado cerca. Daphne podía ver las pequeñas líneas alrededor de sus ojos, el pulso en su cuello, el tono exacto de azul grisáceo de su mirada que no se apartaba de la suya.

—Okay —la voz de Carter los interrumpió, tono divertido—. ¿Quieren que salga y vuelva cuando terminen de discutir esto con tanta pasión?

Daphne se echó hacia atrás como si la hubieran quemado. Gary hizo lo mismo, y se pasó una mano por su cabello.

—No —dijo Daphne, recompuso su postura profesional—. Estamos bien. Solo aclarando posiciones.

—Claro —Carter sonrió con una sonrisa que sugería que no creía ni una palabra—. Bueno, tengo una propuesta de compromiso, si están dispuestos a escuchar.

Gary asintió, todavía tenso.

—Adelante.

—Un programa piloto. Empezamos con cinco residentes. Los entrenamos en tareas específicas con supervisión cercana. Si funciona después de dos meses, expandimos. Si no, ajustamos. Le da a Gary la oportunidad de probar su concepto, le da a Daphne datos concretos para reportar a la junta.

Era brillante. Simple pero efectivo. Daphne asintió, y miró a Gary, quien consideraba la propuesta.

—Puedo vivir con eso —dijo al fin—. Cinco para empezar. Pero quiero garantía de que, si funcionan, expandimos a quince.

—Si funcionan —concedió Daphne—, presentaré el caso a la junta para expansión.

—Bien —Carter marcó algo en su agenda—. Siguiente tema. Tours y eventos.

—Ah —Daphne sacó sus notas—. Sí. Kingship necesitará organizar algunos eventos durante la construcción. Tours para donantes, sesiones informativas para prensa, tal vez un evento de colocación de primera piedra...

—No —Gary la interrumpió.

—¿Perdón?

—No voy a convertir un sitio de construcción activo en circo mediático. Es peligroso, distrae a los trabajadores, y convierte un

proyecto serio en oportunidad para fotos.

Daphne sintió su mandíbula tensarse de nuevo.

—No es circo mediático. Es transparencia. Es mostrar a nuestros donantes y al público que su dinero está siendo usado bien.

—Pueden ver los reportes de progreso mensuales. Con fotos. Desde ángulos seguros. Sin interrumpir el trabajo real.

—Gary —Daphne trató de mantener la paciencia—. Entiendo tu preocupación sobre seguridad y eficiencia. Pero Kingship acabó de pasar por un escándalo sobre transparencia. Necesitamos mostrar apertura. Necesitamos que la gente vea que esto es real.

—Es real, aunque no lo conviertas en espectáculo.

—No es espectáculo. Es comunicación estratégica.

—Es propaganda.

—Es relaciones públicas inteligentes —Daphne sintió que su voz subía de volumen—. Y si no puedes ver la diferencia, tal vez deberías dejar las decisiones de comunicación a gente que entiende cómo funciona este mundo.

Los ojos de Gary se entrecerraron.

—Tal vez tú deberías confiar en que la calidad del trabajo hablará por sí misma sin necesitar marketing constante.

—En un mundo perfecto, sí. Pero no vivimos en un mundo perfecto. Vivimos en uno donde la percepción importa tanto como la realidad.

—Entonces estamos jodidos.

—Estamos siendo realistas.

—Realismo es solo otra palabra para cinismo.

—Y purismo es solo otra palabra para impracticable.

Se habían acercado de nuevo sin darse cuenta. Voces elevadas, cuerpos inclinados sobre la mesa, la intensidad entre ellos palpable.

Carter carraspeó. Alto. Ambos lo miraron.

—¿Café? —ofreció con una sonrisa—. Creo que ambos necesitan más café. O tal vez algo más fuerte.

Daphne se recostó en su silla, respiró hondo. Su corazón latía demasiado rápido. No por la discusión. O no solo por la discusión.

Por él. Por la forma en que la miraba. Por la forma en que se apasionaba cuando hablaba de este proyecto. Por la forma en que desafiaba cada punto que ella hacía, no porque fuera obstinado sino porque creía de verdad en lo que decía.

Era frustrante. Era atractivo. Era peligroso.

—Vamos por la vía del medio —dijo Carter de nuevo—. Tres eventos durante la construcción. Tours pequeños, grupos controlados, en días específicos acordados con anticipación que no interfieran con trabajo crítico. Gary tiene control final sobre cuándo y dónde. Daphne tiene sus oportunidades de transparencia.

Silencio mientras ambos procesaban.

—Está bien —dijo Gary al fin, aunque no sonaba feliz.

—De acuerdo —concedió Daphne.

—Excelente —Carter marcó otra nota—. ¿Ven? No es tan difícil cuando tienen un mediador racional.

Gary bufó, pero Daphne vio el rincón de su boca levantarse. Apenas. Tan sutil que casi lo perdió. Pero lo vio. Y sintió una chispa de victoria ridícula.

Pasaron la siguiente hora revisando timeline, hitos, estructura de reportes. La tensión no desapareció, pero se volvió más manejable. Profesional con chispas ocasionales.

Como cuando Gary se inclinó sobre los planos desplegados en la mesa para señalar dónde irían los jardines comunitarios, y Daphne tuvo que inclinarse también para ver, y sus hombros casi se rozaron, y ella pudo oler su colonia (limpio, con toques de cedro) y se distrajo tanto que tuvo que pedirle que repitiera lo que acababa de decir.

O cuando Daphne mencionó la posibilidad de asociación con una escuela local para programas después de clase en el salón comunitario, y vio cómo los ojos de Gary se iluminaron con aprobación genuina, y él dijo «Eso es brillante» con tanta sinceridad que ella sintió calor extendiéndose por su pecho.

O cuando alcanzaron el mismo marcador al mismo tiempo y sus dedos se rozaron, y ambos se congelaron por medio segundo antes de apartarse demasiado rápido.

Carter observaba todo con expresión cada vez más divertida. Al fin, después de dos horas, este cerró su carpeta.

—Creo que eso cubre todo por hoy. ¿Daphne? ¿Gary? ¿Algo más que necesiten discutir?

—Estoy bien —dijo Daphne, recogió sus cosas con manos que no estaban del todo firmes.

—Yo también —Gary se levantó, guardó su Tablet.

—Perfecto. Entonces nos reunimos de nuevo en dos semanas. Daphne, te enviaré los reportes de progreso semanales por email. Si hay necesidad de info, tienes mi celular.

—Y el mío —Gary sacó una tarjeta de negocios de su billetera, la deslizó a través de la mesa hacia Daphne—. Por si necesitas contactarme.

Sus dedos se rozaron cuando ella tomó la tarjeta. Electricidad. De nuevo. Los ojos de Gary encontraron los suyos. Sostuvieron la mirada por tres segundos que se sintieron como treinta.

—Gracias —logró decir Daphne.

—De nada.

Carter los acompañó a la puerta. Cuando Daphne pasó junto a Gary en el marco estrecho, tuvieron que girar para no chocar. Quedaron cara a cara, apenas centímetros entre ellos.

—Perdón —murmuró ella.

—No hay problema.

Pero ninguno se movió por un segundo. Dos. Luego Daphne salió al pasillo, respiró aire que no estaba saturado de la presencia de Gary Superville.

—Fue productivo —dijo Carter, caminando con ella hacia los ascensores—. A pesar de las... Diferencias de opinión.

—Sí —Daphne presionó el botón de llamada—. Creo que encontramos buen balance.

—Mmm —Carter sonaba como si estuviera conteniendo la risa.

Daphne lo miró de reojo.

—¿Qué?

—Nada. Solo... Gary puede ser difícil de trabajar cuando se apasiona por algo. Pero parece que tú puedes manejarlo.

—Soy profesional.

—Por supuesto que lo eres.

El ascensor llegó. Daphne entró, se volvió para despedirse.

Carter le guiñó.

—Nos vemos en dos semanas, Daphne. Esto va a ser interesante.

Las puertas se cerraron antes de que pudiera preguntar qué quería decir con *interesante*. Pero mientras el ascensor descendía, mientras su pulso gradual volvía a la normalidad, mientras sacaba la tarjeta de negocios de Gary de su bolso y pasaba el pulgar sobre su nombre impreso...

Supo exacto lo que había querido decir. Era probable que tuviera razón. Iba a ser muy interesante. Y muy, muy complicado.

***

Daphne no podía dormir. Llevaba dos horas mirando el techo de su habitación, sábanas enredadas alrededor de sus piernas, su cuerpo inquieto de maneras que no quería examinar. El peso del día, de la reunión, la atosigaba.

Se giró hacia un lado, luego al otro. Nada ayudaba. Su cuerpo estaba despierto. Consciente. Con energía extra. Necesitado de manera que la hacía sentir avergonzada e intrigada a la vez.

—Esto es ridículo —murmuró al cuarto vacío.

Tenía que poder controlarse. Esta excitación le era desconocida. Se llamó a la disciplina. Trató de distraerse. Pero al final, el deseo ganó, y su mano se deslizó bajo las sábanas y se coló por la cinturilla del pijama de seda.

Rozó su abdomen bajo, que se tensó ante el contacto. No debería hacer esto. Era inapropiado. No podía fantasear con … Superville era socio de proyecto, no...

Suspiró largo. Qué más daba. En la soledad de su apartamento y de su intimidad, podía hacer lo que quisiera. Las fantasías eran solo eso. Facilitadores.

Su mano se deslizó más abajo. Cerró los ojos. Dejó que su mente vagara. Imaginó esas manos. No solo en su cintura. En todas partes. Grandes, callosas, fuertes. Explorando bajo su blusa. Trazando curvas que nadie había tocado en más de dos años.

Su respiración se aceleró. Imaginó su voz. Ese tono bajo que parecía gravitar en las habitaciones. Erizaba la piel.

Sus dedos encontraron calor húmedo entre sus piernas. Se mordió el labio para contener gemido.

¿Cómo serían sus manos aquí? ¿Sería gentil? ¿O tomaría control con esa misma confianza que mostraba en reuniones?

Se tocó como imaginaba que él lo haría. Firme. Deliberado. Dedos trazando, explorando, encontrando ese punto que la hacía arquear. En su fantasía, Gary la tenía contra pared. Esos ojos azul grisáceo—oscurecidos la catalogaban, la observaban deshacerse. Su boca sobre el cuello, susurrando cosas que la hacían temblar.

«¿Te gusta esto?» imaginó que preguntaba.

—¡Ohh, vaya que sí, sí —susurró al vacío de su habitación.

«¿Quieres más?»

«Sí. Por favor.»

El gemido sonó obsceno en el silencio, pero no podía evitarlos. Sus dedos se movieron más rápido dibujando círculos firmes que la acercaban al borde.

Imaginó el peso masculino sobre ella. Su cuerpo firme, de muslos trabajados, con brazos que tensaban las camisas, presionando contra el suyo.

Imaginó su polla, aunque esa sí era una proyección mayor. No tenía datos, pero la supuso promedio, y le bastaba. Imaginó cómo se sentiría tenerlo dentro. Llenándola. Moviéndose con ese mismo enfoque intenso que aplicaba a todo.

—Gary —gimió su nombre en voz baja.

Apenas unas caricias íntimas más fueron suficiente. El placer explotó por su columna, arqueando su espalda, moviéndola sobre el lecho hasta que las olas se desvanecieron en temblores. Daphne se quedó inmóvil, respirando pesado, mirando el techo de nuevo.

Parpadeó. ¡¿Qué diablos acababa de hacer?! Masturbarse pensando en Gary Superville. El hombre con quien tenía que

trabajar. El que la veía como otra heredera privilegiada. Se le desinfló la libido y suspiró.

Esto no podía pasar de nuevo. Tenía que mantener la distancia. El profesionalismo. No podía dejar que esta... Que esta atracción complicara el proyecto. No podía arriesgarlo por deseo inapropiado.

Pero mientras se giraba de lado, mientras trataba de dormir... Su cuerpo todavía zumbaba. Traidor. Complaciente.

Capítulo 11

—Eso fue intenso —la voz de Carter llegó desde detrás de él.

Gary se volvió. Su amigo estaba recostado contra el marco de la puerta de la sala de conferencias, de brazos cruzados, con gran sonrisa burlona en su rostro.

—Fue productivo —corrigió Gary, y se abocó a recoger su Tablet y notas.

—Oh, fue productivo —Carter lo siguió—. También fue una clase magistral en tensión sexual sin resolver.

—No sé de qué hablas —indicó, sin darle entrada.

¡Cómo si fuera a funcionar!

—Claro que no. Por eso casi se trepan el uno al otro sobre la mesa cuando discutían sobre la contratación local.

Gary se detuvo, miró a su amigo con exasperación.

—Estábamos teniendo una discusión profesional sobre un tema importante del proyecto.

—Ajá. Y la forma en que se miraban cuando pensaban que el otro no estaba viendo fue profesional también.

—Carter...

—Y el hecho de que ambos se inclinaron tanto sobre esos planos que cualquiera con ojos pudo ver que no estaban viendo los planos en absoluto, eso también fue profesional.

Gary dejó caer su Tablet en la mesa de conferencias con más fuerza de la necesaria.

—¿Tienes un punto, o solo estás gozando de molestarme?

—Ambos —Carter se rio, se dejó caer en una silla—. Pero hablando en serio, amigo. Tienes química con ella. Química del tipo que hace que los mortales comunes y corrientes como yo se sientan incómodos.

—Punto uno, no tienes vergüenza. Punto dos, ella representa al inversor principal del proyecto. Es nuestro contacto con Kingship. Nada más.

—Sigue diciéndote eso. A ver si funciona mejor que las últimas veinte veces que te lo has dicho.

Gary suspiró, se pasó una mano por el cabello. Carter tenía razón. Joder, sabía que Carter tenía razón. Daphne Montgomery lo afectaba de maneras que no quería analizar.

Su mente funcionaba tan rápido como la suya. Defendía sus puntos con intensidad, pero escuchaba cuando él hablaba. Era apasionada, y eso se trasuntaba en los ojos oscuros que lo miraban como si pudiera ver cada pensamiento que pasaba por su cabeza.

¡Y la forma en que se veía en ese vestido azul marino! Probaba que la ropa conservadora podía ser tan letal como cualquier cosa reveladora cuando la mujer dentro tenía esa presencia.

—Es complicado —admitió al fin.

—El mejor tipo de complicado.

—No. El peor tipo. Porque si me involucro con ella, si esto se vuelve personal, arriesgo el proyecto. Las familias que necesitan vivienda. Arriesgo tu dinero. ¡Tú deberías estar diciéndome esto!

Carter lo estudió con esa mirada analítica que usaba cuando estaba pensando en serio.

—¿O tal vez —dijo despacio— desechas la oportunidad de tener algo real porque tienes miedo?

—No tengo miedo —retrucó, mirándolo con fastidio.

Sabelotodo.

—Tienes terror —Carter chasqueó su lengua—. Lo veo en tu cara cada vez que la miras. Terror de que tal vez, solo tal vez, esta mujer que desafía cada cosa que pensabas sobre herederas ricas podría importarte de verdad.

Gary abrió la boca para negar. La cerró. Porque ¿qué iba a decir? ¿Que Carter estaba equivocado?

Sería mentira.

—Incluso si sintiera algo —dijo con cuidado—, no puedo actuar al respecto. No durante el proyecto. Es poco ético.

—Es poco ético si abusas de tu posición o la suya. No es poco ético si dos adultos con química mutua deciden explorarla con honestidad y respeto. Siempre y cuando el trabajo no se vea afectado. No hay política al respecto en nuestra empresa.

—Debería. El trabajo ya se está viendo afectado. Casi nos matamos discutiendo sobre tours de prensa.

—No —Carter se inclinó hacia adelante—. Casi se matan discutiendo porque ambos se preocupan por este proyecto y tienen perspectivas diferentes. Eso es bueno, Gary. Eso es balance. Ella te mantiene conectado a las realidades políticas que necesitas considerar. Tú la mantienes conectada a la misión central.

Gary sacudió la cabeza.

—No puedo pensar en esto. Necesito concentrarme.

—El proyecto va a estar bien. Tienes a Megan manejando ingeniería, tienes mis recursos, tienes un diseño sólido. Lo que necesitas es decidir qué vas a hacer con el hecho de que cada vez que Daphne Montgomery entra a una habitación, dejas de pensar con claridad.

Antes de que Gary pudiera responder, la puerta de la sala de conferencias se abrió. Megan entró con una carpeta en mano, expresión profesional.

—Perdón por interrumpir. Tengo el reporte de análisis de suelo que pediste.

—Gracias, Megan —Gary aceptó la carpeta, la abrió, comenzó a revisar los números.

Megan se quedó parada ahí, como si esperara algo más. Cuando Gary no levantó la vista, ella se aclaró la garganta.

—¿Cómo fue la reunión con Kingship?

—Bien —dijo Gary sin apartar los ojos del reporte—. Algunos puntos para resolver, pero nada crítico. Alcanzamos buenos compromisos.

—Ah. Bien.

Silencio incómodo. Gary podía sentir a Megan esperando, pero estaba demasiado distraído procesando la conversación con Carter y los números frente a él.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Carter cuando quedó claro que Gary no iba a llenar el silencio.

—No. Solo... Quería asegurarme de que todo estaba bien con la inversora.

—Daphne —dijo Carter—. Se llama Daphne. Y sí, así es.

Megan asintió.

—Perfecto. Me alegra saberlo.

Salió, cerró la puerta con un clic suave. Carter miró a Gary con expresión pensativa.

—Gary… Deberías prestar más atención a esto.

Gary levantó la vista del reporte y miró a Carter con confusión.

—¿A qué?

— Megan. No es tonta. Puede ver lo que está pasando.

—¡No está pasando nada! Pensar no hace que las cosas pasen —argumentó.

—Exacto. Y ese es el problema.

Gary frunció el ceño.

—Habla claro.

—Megan ha trabajado contigo por tres años. Buenos años, malos años, proyectos que funcionaron y proyectos que fracasaron. Ha estado ahí. Tú a veces pareces ciego, Gary, pero yo lo veo todo. Y Megan te mira distinto.

Torció el gesto y negó.

—Megan y yo somos colegas. Amigos. Nada más.

—Para ti, tal vez. Pero para ella... creo que tiene expectativas contigo, y …

—He sido profesional en cada interacción, durante los años que… —se defendió.

—Lo sé —Carter asintió—. Pero a veces ser amable y accesible se interpreta como interés romántico, sobre todo cuando la otra persona quiere verlo así.

Gary cerró la carpeta, dejó caer la cabeza hacia atrás contra la silla.

—Genial. Así que no solo tengo que lidiar con una inversora que me vuelve loco, sino también con una colega que piensa que… No sé, según tú ¿cree que tenemos algo? Megan es una mujer inteligente. Yo no soy un sex—symbol.

—Así somos los humanos, complicados —Carter se encogió de hombros.

—Odio las complicaciones.

—Lo sé. Por eso pasaste los últimos cinco años evitando cualquier cosa que se pareciera a relación personal. Trabajo, proyectos, misión. Nada que pudiera modificar tu mundo ordenadito.

—Funcionaba bien, joder.

—¿Funcionaba? ¿O estabas escondiéndote?

Gary lo miró con dureza.

—No me estaba escondiendo. Estaba siendo inteligente. Las relaciones distraen. Las relaciones complican el trabajo. Las relaciones...

—Las relaciones te asustan —terminó Carter—. Desde que la jodida Rachel te dijo que no podía seguir siendo segunda después de tu trabajo. ¿Quién no ha tenido un vínculo que funcionó mal o se cortó? Pero tu optaste por la salida dramática. El trabajo como excusa para no arriesgar que te hieran de nuevo.

El nombre de su exnovia colgó en el aire. Gary no había pensado en Rachel en años. Bueno, eso era mentira. Pensaba en ella cada vez que elegía trabajar sobre algún aspecto de su vida personal. Cada vez que rechazaba invitaciones sociales porque tenía planos que revisar. Cada vez que se recordaba que el trabajo importaba más que sentimientos complicados. No porque la echara de menos, ya no.

—Rachel tuvo razón —dijo en voz baja—. Mi trabajo era mi prioridad. Sigue siéndolo.

—Ese es exacto el problema —Carter se inclinó hacia adelante, voz seria—. Tu trabajo es importante. Lo que haces cambia vidas. Pero Gary, amigo, no puedes usar eso como escudo para evitar sentir, vibrar.

—No lo hago —porfió.

Sí lo hacía, pero no le daría el gusto de reconocerlo. ¿Quién se creía, la doctora Polo?

—¿Cuándo fue la última vez que saliste en una cita? ¿O que dejaste que alguien se acercara lo suficiente como para que te importara?

Silencio. La respuesta era que no salía en una cita desde Rachel. Eran años de mantener distancia, de mantenerse seguro, de no arriesgar a nivel personal.

—Esto es diferente —dijo al fin—. Daphne no es... No puedo tener citas con ella. Es la inversora del proyecto más importante de mi carrera.

—O —Carter sonrió— es la mujer que te hace sentir por primera vez en años, y estás aterrado de admitirlo porque significaría arriesgarte.

Gary no respondió. Porque no tenía respuesta que no fuera admitir que Carter tenía razón. De nuevo.

—Piénsalo —dijo Carter, se levantó—. No tienes que resolverlo hoy. Pero Gary, si Daphne siente, aunque sea una fracción de lo que vi en tu cara cuando la mirabas, sería una lástima dejarlo ir por miedo.

Se fue, dejó a Gary con sus pensamientos y una carpeta de análisis de suelo que ya no podía procesar. Todo lo que podía pensar era en ojos oscuros, discusiones apasionadas y la forma en que sus dedos se habían rozado cuando le pasó esa tarjeta de negocios.

***

Megan se detuvo en el pasillo fuera de la sala de conferencias, apretó la carpeta vacía contra su pecho, y respiró hondo. No había necesitado entregarle ese reporte a Gary. Podría haberlo dejado en su escritorio o enviado por email.

Pero había querido ver. Necesitaba saber cómo había ido esa reunión con Daphne Montgomery. Ahora sabía. Había ido exacto como había temido. Apretó sus labios con rabia.

«*Hice bien»,* pensó*.*

Tres días antes había estado sentada en un café del centro. No su café usual, el pequeño lugar cerca de la oficina donde conocían su orden, sino uno elegante en el distrito histórico. El tipo de lugar donde Preston Whitmore encajaba con facilidad.

Él ya estaba ahí cuando ella llegó, sentado en una mesa junto a la ventana. Cincuenta largos, guapo de esa manera pulida que los hombres con dinero añejo lograban sin esfuerzo. Sonrisa encantadora que no llegaba a sus ojos.

—Señorita Torres —se levantó cuando ella se acercó, le ofreció la mano—. Gracias por venir.

—Señor Whitmore —estrechó su mano, consciente de que las suyas, trabajadoras, eran callosas contra su palma suave—. Tengo que admitir que su mensaje me sorprendió.

—Llámame Preston, por favor. Espero que fuera una sorpresa buena.

Se sentaron. Una mesera apareció con un menú que Megan apenas miró antes de pedir café negro. Preston ordenó un espresso y algo con nombre francés que Megan no captó.

—Iré directo al punto —dijo Preston una vez que estuvieron solos—. He estado siguiendo el proyecto Eastside Renaissance con interés. Es ambicioso.

—Lo es —Megan eligió sus palabras con cuidado—. Carter es osado, y Gary Superville es un arquitecto excepcional. El proyecto va a cambiar vidas.

—Estoy seguro —Preston sonrió, pero había frialdad en la expresión—. Mi familia tenía planes para ese terreno, como sabes. Cuando Thornton lo compró... Bueno, fue decepcionante.

—Entiendo —dijo neutral.

—Pero —continuó, recostándose mientras la mesera traía sus bebidas— soy pragmático. Si no puedo desarrollar ese terreno, al menos puedo asegurarme de estar informado sobre qué pasa con él. Conocimiento es poder, después de todo.

Megan tomó un sorbo de su café, y se tomó tiempo para procesar hacia dónde iba esto.

—Por eso quise reunirme contigo —Preston agregó azúcar a su espresso con movimientos medidos—. Eres ingeniera civil en el proyecto. Talentosa, por lo que he escuchado. Con conocimiento interno de timeline, decisiones de diseño, problemas potenciales.

—¿Y? —Megan mantuvo su voz neutra, aunque su estómago se tensó.

—Whitmore Development podría beneficiarse de alguien con tu experiencia. Estamos expandiendo, buscando talento para nuestro equipo de desarrollo residencial. Ingeniero civil senior. Ochenta y

cinco mil al año con bonos basados en rendimiento. Podría llegar a cien mil fácil.

El número golpeó a Megan como un puño. Ochenta y cinco mil dólares. Comparado con los sesenta y cinco que ganaba con Thornton, era un salto cualitativo.

El tipo de dinero que significaba pagar sus préstamos estudiantiles más rápido. Ahorrar para el enganche de una casa. No preocuparse cada vez que su auto hacía ruidos raros.

—Es una oferta generosa —admitió.

—Lo es. Y hay más —Preston se inclinó hacia adelante, bajó la voz—. Tu conocimiento del proyecto Eastside sería valioso para nosotros. No estoy pidiendo que comprometas tu ética. Solo información. Cualquier problema que surja. Decisiones de diseño que podrían afectar desarrollos futuros en el área.

Ahí estaba. La verdadera oferta. Espionaje corporativo vestido de oportunidad profesional.

—¿Me está pidiendo que traicione la confianza de mi jefe? —preguntó directo.

Preston sonrió, más genuino esta vez.

—Me gusta tu franqueza. No, no lo veo como traición. Lo veo como una decisión de negocios inteligente. Gary Superville conseguirá su proyecto. Thornton Construction ganará dinero. Todo lo que pido es que yo también esté informado. Ganar—ganar.

Megan había querido levantarse y salir. Decirle a Preston Whitmore que se fuera al diablo con su dinero y sus juegos corporativos. Pero no lo hizo. Porque ochenta y cinco mil al año era mucho dinero.

Porque una parte de ella, la que había trabajado dos empleos para pagar la universidad, que había luchado por cada oportunidad que tenía, quería saber qué se sentía ser valorada.

—Necesito pensarlo —había dicho.

—Por supuesto —Preston sacó una tarjeta de negocios, y la deslizó a través de la mesa—. Tómate tu tiempo. La oferta sigue abierta. Piensa en qué es mejor para tu futuro, Megan. No para el de Thornton.

Eso había sido tres días atrás. Y Megan había estado pensando. Dios, ¡cómo había estado pensando! Había rechazado la oferta docenas de veces en su cabeza.

Gary confiaba en ella. Habían trabajado juntos por tres años. Compartían misión, valores. No podía traicionarlo así. Pero luego... Había visto a Gary con Daphne Montgomery.

Megan no había estado en la reunión. No estuvo invitada, a pesar de su rol. No obstante, había pasado por el pasillo justo cuando la puerta de la sala de conferencias estaba entreabierta. Había visto. Los había visto inclinarse sobre planos, cerca, mucho.

Gary miraba a la millonaria con una atención que Megan nunca tuvo sobre sí. La electricidad se notaba desde el pasillo, Megan había sentido la carga entre ellos.

Carter lo dijo sin tapujos una vez que Daphne se fue, momento en que Megan fingió estar ocupada en uno de los cubículos.

Esos dos se devoraban, aunque discutieran. Megan había sentido algo retorcerse en su pecho. Algo feo que no quería nombrar pero que conocía muy bien.

Celos. Gary no había debatido con ella con esa pasión. Para él, ella era una colega competente. Una confiable. Nada más. Lo aceptó mientras pensaba que era su personalidad: frio, retraído.

Sin embargo, ahora veía que era capaz de más. Solo que no con ella. Sí con una heredera en vestido de diseñador que no sabía lo que era arrancarle oportunidades a la vida. La injusticia de eso ardía.

Megan regresó a su escritorio en el espacio abierto de la oficina. Rob y Chris estaban en una llamada de video con un proveedor. El ruido usual de trabajo los rodeaba.

Abrió su laptop, fingió revisar emails. Pero sus dedos encontraron el cajón inferior de su escritorio. La tarjeta de Preston Whitmore estaba ahí, escondida bajo un folder de especificaciones técnicas.

La sacó. La miró. Ochenta y cinco mil al año. Respeto profesional. Oportunidad de crecimiento. Todo lo que no tenía aquí.

Gary estaba demasiado distraído con su proyecto y su inversora hermosa. Y Carter... Carter la toleraba, pero nunca la había tomado en serio. Siempre mirándola con esa reserva que hacía que Megan supiera que no sería parte del círculo interno.

Había trabajado tan duro. Había dado tanto. ¿Y para qué? ¿Para ver a Gary enamorarse de alguien que no tenía que trabajar para nada?

Su teléfono estaba en su mano antes de pensarlo demasiado. Los dedos de Megan se movieron sobre la pantalla. Luego se detuvo.

¿Iba a hacer esto? ¿Traicionar a Gary? ¿Convertirse en exacto el tipo de persona que siempre había despreciado?

Pero Preston tenía razón. No era traición si Gary iba a conseguir su proyecto de todos modos. Solo era... decisión de negocios inteligente. Asegurar su futuro.

Si una parte de ella quería lastimar a Gary de la forma en que él la había lastimado sin siquiera darse cuenta... bueno, eso era solo bono. Los dedos de Megan se movieron de nuevo. Esta vez no se detuvo.

MEGAN: S*eñor Whitmore, he estado pensando en su oferta. ¿Podríamos hablar más?*

La respuesta llegó en segundos.

PRESTON: *Por supuesto. ¿Mañana? Mismo lugar, 2pm.*

MEGAN: *Ahí estaré.*

Guardó el teléfono. Guardó la tarjeta. Volvió a mirar su pantalla. No había tomado la decisión todavía. Solo iba a aclarar algunos tantos. Era lo inteligente. ¿Verdad?

Capítulo 12

Carter Blake Thornton había aprendido muchas cosas en sus treinta y cinco años de vida.

1: Sí, tenían razón, el dinero no compraba la felicidad. Lo que si compraba eran opciones.

2: Los vínculos de sangre no siempre significaban familia.

3: Que los mejores negocios eran los que ayudaban a gente, no solo a las cuentas bancarias.

Y había aprendido que a veces, la gente inteligente necesitaba ayuda para ver lo que era obvio para todos los demás.

Por eso estaba sentado en su oficina un miércoles por la tarde, teléfono en mano, sonrisa en su rostro, a punto de hacer algo que Gary consideraría interferencia intolerable. Marcó el número sin pensar más.

—The Olde Pink House, habla Marcus. ¿En qué puedo ayudarle?

—Marcus, hola. Soy Carter Thornton. Necesito hacer una reserva para esta noche.

—Por supuesto, señor Thornton. ¿Para cuántas personas?

Carter sonrió.

—Tres. Pero en realidad solo van a cenar dos. Mesa privada, si tienen disponible. El salón Planters sería perfecto.

Hubo una pausa al otro lado. Marcus conocía a Carter. Había cenado ahí suficientes veces.

—¿Mesa para tres, pero cena para dos? —el tono sugería que Marcus había visto este juego antes.

—Exacto. Necesito que luzca como una cena de negocios legítima. Al menos al inicio.

—Entiendo —había diversión en la voz de Marcus—. ¿Siete u ocho?

—Ocho. Y Marcus, ¿pueden poner una botella de Malbec en la mesa? El Catena Zapata Alta si lo tienen. En hielo, listo para servir.

—Lo tenemos. ¿Algo más?

Carter pensó un momento.

—Sí. El menú degustación del chef. Pero despacio. Quiero que tengan tiempo para conversar.

—Por supuesto —Marcus estaba sonriendo, eso era claro—. ¿Nombre para la reserva?

—Thornton. Pero los otros dos llegarán como Superville y Montgomery.

—Perfecto. Los esperamos a las ocho, señor Thornton.

Carter colgó, marcó el siguiente número. Gary contestó al segundo tono.

—Carter, estoy en medio de revisión de planos. ¿Puede esperar?

—No. Necesito que cenes conmigo esta noche.

Suspiro al otro lado.

—¿En serio? ¿No podemos discutir lo que sea por teléfono?

—No —Carter mantuvo su voz casual—. Hay detalles del proyecto que necesito repasar contigo. Números que Harrison Montgomery me envió y quiero tu opinión antes de responder.

Eso captó la atención de Gary.

—¿Qué tipo de números?

—Proyecciones de costos a largo plazo. Nada urgente pero sí importante. The Olde Pink House, ocho en punto. Mi invitación.

—Carter...

—Gary. Una cena. Dos horas máximo. Necesito tu cerebro para esto.

Otro suspiro, este de rendición.

—Está bien. Ocho en punto.

—Perfecto. Ah, y Gary, ponte algo mejor que jeans. Es un lugar elegante.

—¿Desde cuándo te importa cómo me visto?

—Desde que quiero cenar en un lugar que tiene código de vestimenta. Nos vemos ahí.

Carter colgó antes de que Gary pudiera protestar más. Uno abajo. Uno pendiente. Marcó el número de Daphne. Ella contestó con voz profesional.

—Daphne Montgomery.

—Daphne, hola. Soy Carter Thornton.

—Carter —su tono se suavizó—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Verás, tengo una situación. Necesito discutir algunos aspectos del proyecto, pero Gary es... bueno, Gary. Terco. Cuando le presento números, los cuestiona de inmediato. Pero si alguien más está ahí, alguien que represente a Kingship, creo que escuchará mejor.

—Ah —Daphne sonaba intrigada—. ¿Qué tipo de números?

—Costos a largo plazo de mantenimiento. Tu hermano Harrison los envió y son razonables, pero necesito que Gary entienda el contexto completo. Y tú conoces el lado de Kingship mejor que nadie.

—Entiendo. ¿Cuándo estabas pensando?

—Esta noche, en realidad. Lo sé, es aviso corto. Pero tengo todo preparado y Gary ya aceptó. The Olde Pink House a las ocho. ¿Podrías?

Hubo una pausa. Carter casi podía escucharla revisando su agenda en su cabeza.

—Puedo —dijo al fin—. Aunque tenía... Okay, da igual. Puedo moverlo. ¿Necesito traer algo?

—Solo tu perspectiva inteligente. Yo tengo los documentos.

—Te veo a las ocho.

—Perfecto. Daphne, gracias por hacer esto con tan poco aviso. Significa mucho.

Colgó, se recostó en su silla con satisfacción. Dos de dos. Ahora solo quedaba la parte difícil: asegurarse de que su *emergencia* fuera lo suficiente convincente como para dejarlos solos sin que sospecharan demasiado.

Su teléfono vibró. Mensaje de su asistente.

JENNIFER: *¿Necesitas que prepare documentos para tu cena de esta noche?*

Carter sonrió. Jennifer lo conocía demasiado bien.

CARTER: *No. No habrá documentos. Solo dos personas que necesitan tiempo a solas, aunque no lo sepan todavía*.

JENNIFER: *Eres un entrometido.*

CARTER: *Soy un facilitador. Hay diferencia.*

JENNIFER: *¿Ah sí? ¿Cuál?*

CARTER: *Los facilitadores tienen mejores intenciones.*

JENNIFER: *Buena suerte. No arruines esto.*

La buena de su asistente adoraba a Gary.

CARTER: *¿Yo? Nunca.*

Guardó el teléfono, miró el reloj. Tres horas hasta la cena. Tres horas para que Gary se pusiera nervioso preguntándose qué números eran tan urgentes. Tres horas para que Daphne se preparara pensando que era una reunión de negocios.

Y luego... Bueno. Luego era cuestión de dejarlos solos y ver qué pasaba cuando quitabas todas las excusas y los ponías en un espacio íntimo con vino bueno y comida excelente.

Carter no era ningún cupido, pero había visto cómo se miraban esos dos. Había visto la tensión en la sala de conferencias, la forma en que discutían con pasión que escondía otra cosa.

Gary necesitaba esto. Necesitaba recordar que había vida más allá del trabajo. Que estaba bien querer algo, o alguien, que no fuera un proyecto de construcción.

Daphne era perfecta para él. Lo desafiaría. Si tenían la mitad de la química a solas que tenían cuando había terceros observando... Esto iba a ser interesante.

Carter se levantó, caminó a la ventana de su oficina. Savannah se extendía bajo el sol de tarde, hermosa y llena de historia y tradición. Tradición que a veces necesitaba sacudirse un poco.

Como un arquitecto norteño y una heredera sureña descubriendo que tal vez, solo tal vez, las diferencias que parecían separarlos eran exacto lo que necesitaban para completarse.

Su teléfono sonó. Gary.

—¿Qué tipo de números exacto vamos a discutir? —dijo, y su tono era de sospecha. Carter rodó los ojos. Era imposible—. Porque acabo de revisar el último email de Harrison y no veo nada urgente.

Mierda. Gary era demasiado listo.

—Ah, es un análisis que me envió por separado. Sobre proyecciones a cinco años. Nada crítico, pero quiero tu opinión.

—¿Por qué siento que me estás tendiendo una trampa?

—Porque eres paranoico. Es solo una cena, Gary. Entre amigos. Y tal vez un poco de trabajo.

—Mmm hum. ¿Quién más va a estar ahí?

—Solo Daphne de Kingship. Necesitamos su perspectiva.

Silencio largo.

—Carter...

—Gary. Cena. Trabajo. Nada siniestro. Te veo a las ocho.

Colgó antes de que pudiera negarse. Esto iba a salir brillante, o Gary lo mataría. Carter estaba dispuesto a arriesgar.

Porque conocía el amor real :su madre con su padre, sus abuelos, su hermana con su esposo. Todas historias de romances hermosos. Gary se merecía algo así.

Carter no lo quería para él, no todavía, pero… Gary y Daphne solo necesitaban un pequeño empujón en la dirección correcta.

Y Carter Blake Thornton había decidido que él sería ese empujón.

Capítulo 13

Daphne llegó a The Olde Pink House cinco minutos antes de las ocho porque llegar tarde a reuniones de negocios no era una opción, sin importar qué tan informal fuera la cena.

El restaurante ocupaba una mansión georgiana del siglo XVIII en Abercorn Street, pintada de rosa coral que le daba su nombre. Daphne había cenado aquí docenas de veces, en ocasiones familiares y en alguna cita desastrosas, pero cada vez que entraba, la arquitectura histórica la impresionaba.

Techos altos con candelabros de cristal. Pisos de madera centenaria que crujían bajo sus tacones. Paredes adornadas con retratos de antepasados de Savannah que observaban a los comensales con expresiones severas.

El anfitrión, Marcus, quien la conocía por nombre, la recibió con sonrisa cálida.

—Señorita Montgomery. ¡Qué placer verla! El señor Thornton reservó el salón Planters.

—Gracias, Marcus.

La guio por escaleras estrechas hacia el segundo piso, donde el salón Planters ofrecía más privacidad que el comedor principal. Era un espacio más íntimo, con cuatro mesas, chimenea de mármol, y ventanas que daban a la calle con vistas del distrito histórico iluminado por faroles antiguos.

En la mesa del rincón, ya sentado con una cerveza frente a él, estaba Gary. Daphne se detuvo en el umbral. Él la vio al mismo tiempo. Ni sombra de Carter.

—Buenas noches —se levantó él en un gesto automático de cortesía.

—Buenas noches.

Marcus los observaba con una sonrisa, y se apresuró a separarle una silla. Gary parpadeó al verlo, e hizo un gesto de

disculpa por la omisión. Daphne se sentó y le sonrió de vuelta.

— El señor Thornton pidió que sirviera vino mientras esperan.

—Está bien.

—Correcto.

Hablaron al mismo tiempo y sonrieron más amplio. Marcus chasqueó los dedos y de inmediato tenían a un mozo con una bandeja y un vino que ella conocía bien.

Un Malbec argentino delicioso. Asintió y esperó a que vertiera la bebida en los copones. Gary la observaba, y Daphne fue muy consciente de cada detalle. Agradecía haber elegido este vestido verde esmeralda, se sentía cómoda y le sentaba.

—El señor Thornton envió mensaje haciendo saber que llegaría un poco tarde —anunció Marcus—. Mientras tanto, ¿les traigo el menú o prefieren esperar?

—El menú está bien —dijo Daphne.

Marcus asintió y desapareció con eficiencia silenciosa. El silencio se instaló entre ellos. Incómodo al inicio. Daphne tomó su copa de vino, lo probó para tener algo que hacer con sus manos.

El Malbec explotó en su lengua. Taninos ricos, notas de ciruela y chocolate oscuro, un toque de roble. Excelente elección.

—Carter tiene buen gusto en vinos —comentó Gary, quien también había probado el suyo.

—Tiene buen gusto en todo —Daphne dejó su copa—. Excepto en subterfugios. Esto es bastante obvio.

—¿También crees que no va a venir? —Gary suspiró y meneó su cabeza—. No sé qué mosca le picó.

—No creo que aparezca, no. ¿Qué…?

—Creo que esta fue su manera de forzarnos a pasar tiempo juntos fuera del contexto de trabajo.

—¿Por qué haría eso?

Gary sostuvo su mirada y luego se encogió de hombros.

—Discutimos mucho, con demasiada intensidad. Eso no es bueno para el ambiente de trabajo. Hay mucha … —carraspeó, y un ligerísimo tinte rojo acudió a sus mejillas.

Podría ser por el vino, pero no lo creía. El corazón de Daphne dio salto.

—Mucha, ¿qué?

Apretó la base de la copa más fuerte de lo que debería y volvió a beber, esperando. Esta charla… ¿De verdad iban a tenerla? ¿No sería mejor…? Tal vez…

—Según Carter la química entre ambos es … mucha. No la laboral —completó él, su voz un pelín más ronco.

Calor subió por el cuello de Daphne. Gary acababa de dejar los rodeos.

—Ah —fue todo lo que logró decir.

—Ah —repitió Gary, bebiendo un trago largo.

—Mi hermana Eliza … —comenzó—. Parece pensar parecido.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza, como si evaluara esto.

—Puede que haya hecho comentarios —admitió Daphne—. Sobre electricidad y miradas largas, y… —se detuvo, dándose cuenta de lo que estaba admitiendo.

Él se había inclinado adelante, su mirada vagando de sus ojos a su boca. Daphne tragó saliva.

—¿Y? —la animó Gary

—Nada. Solo... Eliza exagera.

—¿Exagera?

Daphne lo miró. Debería negar. Mantener profesionalidad. Cambiar de tema. Era lo correcto. Su pie derecho golpeaba el suelo con suavidad en un tic nervioso.

Pero estaban solos. En un restaurante hermoso con vino excelente y tiempo. Y Gary la miraba con una intensidad que hacía que sus defensas se sintieran insustanciales.

—Tal vez no tanto —susurró.

Los ojos de Gary se oscurecieron. Se inclinó más, abrió la boca para responder, justo cuando Marcus reapareció con menús. El momento se rompió. Los dos se hicieron atrás.

—El chef recomienda las ostras del Atlántico como entrada esta noche. Frescas de esta mañana. Y el cordero está excepcional.

Daphne aceptó el menú con manos no del todo firmes. Necesitaba recomponerse. Respirar. Recordar que esto seguía siendo... ¿qué? ¿Una reunión de negocios? ¿O una cita provocada por Carter? Estudió el menú sin ver las palabras con claridad.

—Las ostras suenan bien —dijo Gary—. ¿Compartimos la entrada?

Daphne levantó la vista y se perdió en las pupilas claras. Sus ojos ganaban belleza cuando no eran hostiles o enfocados en su trabajo.

—Claro.

Daphne pidió cordero, Gary pescado, y Marcus desapareció.

Estaban solos. De nuevo. Gary tomó su copa, la giró pensativo. La luz de las velas capturaba el vino, lo convertía en rubí líquido.

—Entonces —dijo—. Ya que Carter nos dejó varados en esta cena que no es de negocios... ¿qué hacemos?

—Podríamos hablar del proyecto —sugirió Daphne sin convicción.

—Podríamos —Gary sonrió—. O podríamos admitir que ninguno de los dos quiere hablar del proyecto ahora mismo.

—¿No?

—No —dejó su copa, la miró directo—. ¿Sabes qué me gustaría hacer?

El pulso de Daphne se aceleró.

—¿Qué?

—Conocerte. No a Daphne Montgomery de Kingship. A ti. La mujer que se quitó los tacones ridículos en el porche de la señora Morrison. La que tomó té en la sala de estar de la señora Morrison y se rio con gusto.

Algo se derritió en el pecho de Daphne.

—Soy la misma siempre.

—No —Gary sacudió la cabeza—. Esa es la versión real. La que escondes detrás de vestidos y modales perfectos,

—No escondo nada —negó, aunque era mentira, por supuesto—. Me viste perder la línea discutiendo contigo varias veces. Eso nos trajo aquí, ¿o no?

—Mmm. Sé que provoco ese efecto en la gente. Soy… —suspiró fuerte, y reconoció—: abrasivo, porfiado.—Sonrió y meneó su cabeza. Cuando se distendía se lo veía más joven, más gentil, más … guapo—. Entonces dime, Daphne. Cuando no estás siendo directora de Kingship o hermana Montgomery o la perfecta dama sureña, ¿quién eres?

Hizo un mohín.

—No sé si tengo respuesta para eso —admitió en voz baja.

—Entonces averigüémoslo juntos.

Las ostras llegaron. Seis piezas perfectas en hielo, con mignonette y limón. Marcus las colocó entre ellos, junto con pan recién horneado que olía a mantequilla y romero.

Daphne tomó una, la sostuvo sobre su boca y dejó que el bocado salado se deslizara por su garganta. Levantó la vista y encontró a Gary observándola comer como si fuese un espectáculo. Un calorcillo se extendió por su cuerpo.

Entonces Gary tomó su propia ostra, sin apartar los ojos de ella. El gesto era íntimo de manera que Daphne no esperaba. Siguió sus manos y se enfocó en la manera en que su mandíbula trabajaba y su garganta se movía.

—¿Por qué vivienda social? —preguntó, necesitando romper la intensidad—. Podrías diseñar edificios elegantes. Ganar más dinero. ¿Por qué elegiste esto?

Gary dejó la concha vacía, limpió sus dedos con la servilleta.

—Mi madre murió cuando yo tenía catorce. Ataque cardíaco.

—Lo siento.

—Gracias. Ella era enfermera —continuó, voz baja—. Trabajaba turnos dobles para mantenernos después de que mi padre perdió su empleo en la crisis del 2008. Trabajaba muchísimo. Se estresaba demasiado. Vivíamos en una casa que tenía moho en las paredes porque no podíamos permitirnos algo mejor.

Tomó su vino, bebió.

—El médico dijo que fue el estrés. Las largas horas. Pero yo sé que también fue dónde vivíamos. Cómo vivíamos. La constante presión de apenas sobrevivir.

Daphne extendió su mano antes de pensarlo, la puso sobre la de Gary en la mesa.

—Eso es terrible.

—Fue injusto —sus dedos se cerraron alrededor de los de ella—. Estudié duro para conseguir becas. Elegí arquitectura porque estaba decidido a diseñar edificios para gente como mi madre. Gente que merece dignidad y seguridad, pero no puede pagarla.

Sus dedos seguían entrelazados. Ni uno ni otro los soltó.

—Por eso haces esto —dijo Daphne—. Por ella.

Apretó sus dientes contra el labio de abajo, conmovida. Esa obsesión por el proyecto, por la gente a la que le haría la vida más fácil y buena, tenía un origen.

—Por ella. Por los que están trabajando y preocupándose demasiado y viviendo en lugares que no son seguros.

Daphne sintió lágrimas picar en sus ojos.

—Es hermoso. Lo que haces.

—No —Gary la miró intenso—. Es necesario. Hay diferencia.

Marcus apareció con sus platos principales. Tuvo que soltar la mano de Gary para que pudieran acomodar la comida.

El cordero estaba perfecto. Rosado en el centro, costra de hierbas crujiente. El pescado de Gary, robalo con limón y alcaparras, olía a mar y verano. Era una noche perfecta, decidió, masticando suave sin dejar de mirarlo.

—Prueba —Gary cortó un pedazo de su pescado, lo ofreció en su tenedor a través de la mesa.

Parpadeó ante lo natural e íntimo del gesto, pero abrió su boca y aceptó el bocado. Era delicado, fresco, con un toque de cítrico que explotó en su lengua.

—Perfecto —logró decir.

—Tu turno —Gary señaló su cordero.

Daphne cortó un pedazo, lo ofreció. Gary se inclinó hacia adelante, sus labios rozaron las puntas de su tenedor mientras tomaba el bocado.

—Hostia —murmuró con apreciación—. Eso es...

—¿Bueno?

—Increíble.

Comieron en silencio por un largo momento, compartiendo platos, compartiendo vino. Cada bocado era una experiencia sensorial.

Y bajo todo, la conciencia constante del otro. La forma en que se inclinaban uno hacia el otro sin darse cuenta. La forma en que sus rodillas se rozaron bajo la mesa y ninguno se apartó.

—Tu turno —dijo Gary al fin—. ¿Por qué Kingship? ¿Por qué este proyecto?

Daphne tomó su copa de vino, bebió para ganar tiempo.

—Porque he pasado mi vida entera siendo lo que se esperaba de mí —admitió—. La hija perfecta. La hermana responsable. La Montgomery que no causa problemas. Después del escándalo del año pasado me di cuenta que ser perfecta no significaba nada si no estaba haciendo cosas que impactan, que cuentan para otros.

—Importan —Gary dijo con intensidad—. Lo que haces vale.

—¿Importa? ¿O solo lo parece? —Daphne sintió frustración burbujeando en su garganta—. A veces siento que solo estoy jugando un papel. La filántropa benévola. Mientras ustedes —señaló a Gary— hacen el trabajo real.

—No —Gary tomó su mano de nuevo—. No hagas eso. No disminuyas lo que haces. Yo diseño edificios. Tú haces que sucedan. Tú consigues el dinero, navegas la política, mantienes a todos enfocados. Sin ti, mis diseños son solo líneas en papel.

—Pero tú crees en esto. De verdad.

—Tú también —dijo, sus ojos brillando. Lo creía, entendió Daphne, y le encantó darse cuenta. El siguió—. Lo vi en tus ojos cuando conociste a la señora Morrison. Cuando te quitaste esos tacones y entraste a su casa descalza porque importaba más conectar con ella que lucir profesional.

Daphne sintió lágrimas de nuevo.

—Has de tener tantos admiradores —dijo Gary, voz ligera, pero ojos serios—. Seguro tienes un larga fila de pretendientes esperando una oportunidad.

Daphne parpadeó ante el cambio de tema.

—¿Qué?

—Una mujer como tú. Hermosa, inteligente, apasionada. Debe haber docenas queriendo tu atención.

Había algo en su tono. Curiosidad mezclada con... ¿celos?

—No tanto como piensas —dijo Daphne—. La mayoría está más interesado en el apellido Montgomery que en mí.

—Idiotas —gruñó.

Ella se rio a pesar de sí misma.

—¿Y tú? —preguntó, corazón latiendo rápido—. ¿Hay... alguien?

Gary la miró largo momento.

—Hubo. Rachel. Hace años. Fue bueno, aunque terminó porque yo priorizaba el trabajo sobre todo. Ella tenía razón. Yo era incapaz de dejar entrar a alguien.

—Eso debió golpearte —dijo, deseando saber más.

¿Todavía penaba por ella? ¿Se veían? La posibilidad la molestó.

—Me sorprendió, pero... Porque tenía razón. No tenía futuro.

—¿No has tenido otras relaciones? —Él negó. Daphne asintió —. No estás listo, o interesado.

Excavaba por respuestas, sin pudor. Él trajo su mano y rozó la suya.

—Ahora tal vez estoy listo para intentar ser diferente.

El aire entre ellos se cargó.

—Megan —carraspeó Daphne antes de poder detenerse, trayendo a la charla algo que quería saber—. Cuando la conocí, dijo algo sobre ti que sonó... propietario.

Gary frunció el ceño.

—Megan y yo somos colegas. Amigos. No hay nada más.

—¿Ella lo sabe? Porque te mira… Es más que admiración.

Silencio. Luego Gary suspiró.

—Carter piensa que tal vez ella tiene expectativas. Pero te prometo, Daphne, no he sido más que profesional.

—Está bien —Daphne le creyó—. Solo... la forma en que me miró la vez que fui a tu empresa. Me crucé con ella y parecía molesta. Como si me considerara un escollo.

—No le des entidad—Gary levantó su mano, besó sus nudillos—. Eres otra cosa por completo.

El gesto robó su aliento. Era tan íntimo, una declaración en sí mismo. Y ella lo aceptó como perfecto.

—Gary...

—Dime que no soy el único sintiendo esto —su voz era ronca —. Dime que no estoy loco.

Dios, ¿iban a hacer esto?

Lo estaban haciendo.

¿Sería el vino?

Si lo era, que fluyera, pensó.

—No estás loco —susurró Daphne—. Yo también lo siento.

—Bien.

La comida pasó a segundo plano. Todo era él. La forma en que la miraba. El calor de su mano cuando tocaba la suya. Por un instante no hubo nadie más.

—¿Está todo bien? ¿Desean más vino?

Marcus, el perfecto anfitrión, rompió el momento. Otra vez.

Gary lo miró con un gesto huraño. Daphne sonrió, pensando que el restaurante no tendría cinco estrellas si seguían bloqueándolos.

—Más vino está bien —dijo ella, y fueron servidos.

Otra vez solos, la conversación volvió a fluir correcta, aunque los ojos eran intensos en charla aparte.

Era encantador, precioso. La charla derivó a Savannah y sus costumbres. Ella le contó sobre su presentación en sociedad.

—¿En serio? —Gary se rio—. ¿Vestido blanco y presentación formal?

—Vals incluido —Daphne rodó los ojos—. Con jóvenes apropiados elegidos por mi madre. Fue como un mercado de ganado, pero con champán.

—Eso es...

—¿Absurdo?

—Iba a decir encantador de manera extraña —Gary sonrió—. Aunque absurdo también funciona. ¿No hacen compromisos arreglados aquí también?

Daphne lo miró con falsa indignación.

—Estamos en el siglo XXI, señor Superville. No en Downton Abbey.

—Podría haberme engañado —pero estaba sonriendo.

—Aunque —admitió Daphne—, mi tía Lucille ha insinuado más de una vez que debería sentar cabeza con alguien de la vieja aristocracia.

Él se hizo atrás y la observó.

—¿Y tú qué dices a eso?

—Que preferiría morirme soltera. La mayoría no trabaja y es… Elitista de una manera visceral. Arcaicos.

Gary se rio, sonido genuino que hizo que el corazón de Daphne se expandiera.

—Brindemos —levantó su copa—. Por la muerte de las tradiciones absurdas.

Daphne chocó su copa contra la de él, su mirada sobre él. Bebieron. Hubo otra botella.

El postre llegó, una deliciosa creme brulée para compartir, y Daphne rompió la superficie caramelizada con su cuchara mientras Gary observaba.

—Prueba —ofreció un bocado.

Gary abrió su boca, aceptó la cucharada de crema sedosa. Sus ojos se cerraron con placer.

—Dios, eso es perfecto.

Daphne observó su rostro, la forma en que sus labios se curvaron. Quería... Quería besarlo. La realización la golpeó con fuerza física.

Quería inclinarse a través de esta mesa, cerrar la distancia entre ellos, saber cómo sabía su boca más allá del vino y del postre.

Como si sintiera sus pensamientos, Gary abrió los ojos. La miró. El mundo se redujo a ese punto de contacto visual.

—Daphne —su voz era ronca.

—¿Sí?

—Si sigues mirándome así, voy a besarte aquí mismo frente a todo el restaurante.

Pulso en su garganta latió salvaje.

—¿Y si eso quiero?

Gary se inclinó hacia adelante. Daphne también. Sus rostros a centímetros. Podía oler su colonia mezclada con el vino. Ver las pequeñas líneas alrededor de sus ojos. El azul gris oscurecido por el deseo. Plano, obvio. Como el de ella, que latía por toda su piel.

—Señor Superville, señorita Montgomery —la voz de Marcus los interrumpió—. ¿Desean café? ¿O tal vez un digestivo?

Se separaron. El momento roto, pero no perdido. Flotaba entre ellos, promesa no cumplida.

—Solo la cuenta —dijo Gary, voz áspera.

—El señor Carter demandó que no se atreva a discutir al respecto —dijo Marcus , y desapareció.

Gary miró a Daphne.

—Salimos de aquí entonces—No era pregunta.

—Sí.

El aire de noche de Savannah estaba hecho de calor húmedo, y los envolvió suave. Caminaron sin dirección, solos en la acera bajo faroles antiguos.

—Entonces —dijo Gary—. ¿Qué hacemos con esto?

—No lo sé —Daphne se detuvo, lo miró—. Solo sé que no quiero ignorarlo.

—Yo tampoco —su mano encontró la suya y la apretó—. Pero es complicado.

—Todo es complicado.

—El proyecto. Tu familia. Mi trabajo.

—Lo sé.

Se miraron. La calle vacía. La noche cálida. El aire cargado entre ellos. Ella suspiró y se empinó en sus tacones, para darle un breve beso en los labios, que hizo que él expandiera sus ojos, y luego los achicara, visceral.

—Esto es a cuenta de lo que podría ser. Otra noche, otro momento. Con menos vino.

Él parecía comerle los labios con la mirada, pero asintió.

—Quiero besarte, me muero por eso. Pero tienes razón. Es excusa perfecta para otro momento. El proyecto no puede afectarse, tu profesionalismo tampoco.

—Sí, creo igual. No nos apresuremos.

—Despacio. Sin impulsos. Tomemos tiempo para procesar.

Asintió, la boca seca, el pecho latiendo, cada sentido abierto y recibiendo impresiones de Gary. Su fragancia, el sabor de la creme brulée en sus labios, la aspereza de su barbilla en su incipiente barba.

La acompañó hasta su coche, sin hablar.

— Hasta pronto, Gary.

—Sí. Nos vemos —dijo él bajito,

Asintió. Eso esperaba. De hecho, esperaba mucho, mucho, y estaba ilusionada y extasiada. Carter era un jodido entrometido, pero tenía que agradecerle esto.

Y aunque debían ir con cuidado, sin apresurarse, se sentía fenomenal.

Capítulo 14

El tiempo y el trabajo les jugaron en contra los siguientes días, y no tuvieron momento para estar a solas. Gary estaba frustrado. Quería, vaya si quería.

Cada reunión de coordinación era tortura. Cada email intercambiado lo tentaba a escribir algo más que actualizaciones de proyecto. Cada vez que su teléfono sonaba, esperaba que fuera ella.

Pero habían acordado que necesitaban tiempo. Espacio para pensar. Para decidir qué iban a hacer con esto que ardía entre ellos.

Así que Gary se había enterrado en trabajo. Revisiones de diseño. Coordinación con proveedores. Preparativos para iniciar la construcción en dos semanas.

Había funcionado. Más o menos. Hasta esta mañana en su oficina, café en mano, mientras revisaba especificaciones de cimentación.

Su teléfono explotó de golpe. Primero Carter. Luego Megan. Luego tres contratistas diferentes.

Todos preguntando lo mismo: «¡¿Has visto el artículo?!»

Gary abrió el navegador de su laptop con los ojos entrecerrados y los labios apretados. Escroleó por las páginas de noticias hasta que encontró la portada digital del *Savannah Morning News*.

«¿Vivienda social o caída de valores inmobiliarios? Proyecto Eastside genera preocupaciones en la comunidad»

—Hijos de puta —murmuró, sus ojos barriendo la pantalla.

«El controvertido proyecto de vivienda accesible planeado para el área de Eastside ha generado preocupaciones entre residentes de largo plazo y desarrolladores del área. Se cuestiona el impacto potencial en los valores de la propiedad y el carácter del vecindario. 'Todos apoyamos ayudar a gente necesitada,' dice un residente anónimo, 'pero hay formas correctas e incorrectas de hacer esto. Introducir sesenta unidades de vivienda subsidiada en un

área que ya lucha con la criminalidad y servicios limitados no parece ser la mejor estrategia.'

Expertos en desarrollo inmobiliario señalan que proyectos similares en otras ciudades han resultado en disminución de los valores de propiedad circundante y aumento en problemas de mantenimiento. 'La intención puede ser buena,' comenta Preston Whitmore, presidente de Whitmore Development, 'pero la ejecución importa. Necesitamos asegurarnos de que cualquier desarrollo en Savannah preserve el carácter histórico y la calidad de vida que hace especial a nuestra ciudad.'

El proyecto, impulsado por la compañía Thornton y diseñado por el arquitecto Gary Superville de Detroit, está financiado en parte por Kingship Foundation y está programado para comenzar su construcción este mes.

Cuando se le pidió comentario, Thornton Construction declinó responder a nuestras preguntas sobre las preocupaciones planteadas».

Gary cerró la laptop con fuerza. Mierda. Mierda, mierda, mierda. Esta era una puta jugada sucia, no un artículo imparcial. Era un ataque calculado. Cada frase escrita con cuidado para sonar razonable mientras plantaba semillas de duda.

Controvertido. *Preocupaciones*. *Expertos señalan*… Lenguaje diseñado para hacer que el proyecto sonara riesgoso sin decir nada falso de forma directa.

¿La frutilla? La cita de Whitmore. Ese hijo de perra había logrado sonar razonable y preocupado cuando todos sabían que estaba furioso porque no había conseguido el terreno para su hotel.

El teléfono de Gary sonó. Carter.

—Lo leí —dijo Gary antes de que Carter pudiera hablar.

—¿Y?

—Basura. Propaganda disfrazada de periodismo. Whitmore plantó esto.

—Por supuesto que lo hizo —la voz de Carter estaba tensa —. La pregunta es qué hacemos al respecto.

—Respondemos —Gary se levantó, comenzó a caminar por su oficina—. Con hechos. Con datos. Mostramos por qué este

proyecto es bueno para Eastside, por qué los *expertos* que citan están equivocados, y …

—Gary —Carter lo interrumpió—. Necesitamos hablar con Daphne antes de hacer cualquier cosa. Esto afecta a Kingship tanto como a nosotros.

Gary se detuvo. Por supuesto. Daphne. ¿Habría visto ya el artículo? ¿Estaría lidiando con llamadas de su familia, preguntas de la junta, presión de todos lados?

—Tienes razón —admitió—. ¿Puedes llamarla? Organizar una reunión de emergencia.

—Ya lo hice. Viene en una hora.

Por supuesto que ya lo había hecho. Carter siempre estaba dos pasos adelante.

—Bien. Mientras tanto, empiezo a preparar la respuesta. Hechos, cifras, evidencia de por qué este artículo es...

—Gary —Carter suspiró—. Solo... espera a Daphne, ¿sí? No hagas nada hasta que pensemos una estrategia juntos.

Gary apretó el teléfono.

—Está bien. Una hora.

Colgó. Miró su laptop. Abrió un documento nuevo y comenzó a escribir de todos modos, porque no podía sentarse y dejar que esta basura quedara sin respuesta.

No cuando había trabajado tan duro en este proyecto. No cuando sesenta familias dependían de él. No cuando Whitmore pensaba que podía enterrar esto con artículos plantados y *preocupaciones* falsas.

Los siguientes cincuenta minutos, escribió. Punto por punto, desmontó cada argumento del artículo. Sacó estudios que mostraban que vivienda social bien diseñada NO disminuía valores de propiedad. Citó sus propios proyectos anteriores con tasas de éxito comprobadas. Construyó un caso sólido, basado en evidencia, irrefutable.

Estaba tan absorto que no escuchó la puerta de su oficina abrirse.

—Gary.

Levantó la vista. Megan estaba en el umbral, expresión preocupada.

—Hey —cerró la laptop.

—¿Estás bien? —entró y cerró la puerta detrás de ella.

—Estoy furioso.

—Lo sé —su voz era suave, comprensiva—. Es injusto. Después de todo el trabajo que has puesto en esto.

—Hemos, Megan —Ella sonrió y asintió—. Esto es colectivo, y no es solo injusto. ¡Es mentira! Whitmore está mintiendo para proteger sus propios intereses y el periódico le da plataforma.

—Lo sé —Megan se acercó, puso una mano en su hombro—. Pero vas a arreglarlo. Siempre lo haces.

Gary sintió algo de su tensión aflojarse ante el toque. Megan era buena así. Comprensiva.

—Gracias —dijo—. Aprecio tu apoyo.

—¿Carter organizó reunión para contener daños?

—Sí. Daphne viene en diez minutos. Vamos a discutir la estrategia de respuesta.

Algo cruzó el rostro de Megan. Demasiado rápido para que Gary lo identificara.

—Bien —se apartó—. Estaré en mi escritorio si necesitas algo. Datos, análisis, lo que sea.

—Gracias, Megan.

Ella asintió y salió. Gary volvió a su laptop, releyó lo que había escrito. Era bueno. Sólido. El tipo de respuesta que necesitaban.

Su teléfono vibró. Mensaje de la asistente de Carter.

JENNIFER: *La señorita Montgomery está aquí.*

Gary guardó el documento, respiró hondo, se preparó. A medias entre la irritación por la situación, su preocupación, y la expectativa. Esta no podía negarse. No habían hablado desde la cena. Desde que hubo ese pico que supo a poco. Desde las confesiones.

Y ahora tenían que sentarse en sala de conferencias y pretender que todo era profesional mientras discutían una crisis que

amenazaba el proyecto que ambos necesitaban que funcionara. Perfecto.

Gary salió de su oficina, caminó hacia la sala de conferencias. Carter ya estaba ahí, preparando documentos. Entonces entró Daphne. Hermosísima. Su fragancia se le coló y lo sedujo, y cada terminal nerviosa vibró ante la imagen de la perfección femenina delante. Traje que le sentaba divino, cabello recogido en moño profesional.

Ya no tasaba con su mirada, olvidados sus prejuicios con la clase alta. No importaba. Ella podría ser magnífica vestido con una bolsa. Lo tenía cautivo, sus gritos ante el despilfarro olvidados. ¿Qué importaba? No en esto, no aquí.

Había tensión en sus hombros. Estrés. Preocupación. Sus ojos se encontraron. Por segundo, reconocimiento y deseo los conectaron y la pólvora encendió la mecha. Se miraban como si se besaran, si eso era posible.

Luego Daphne desvió la mirada, profesional de vuelta, pero Gary no fue ajeno a cómo su fina garganta se constreñía.

—Buenos días —puso su portafolio en la mesa—. He estado en llamadas toda la mañana. Ese artículo activó inquietudes y preguntas.

—Estoy seguro —Carter señaló silla—. Gracias por venir tan rápido.

—Por supuesto —Daphne se sentó, sacó su Tablet—. Antes de discutir la respuesta, necesito saber: ¿hay algo en el artículo que sea verdad? ¿Alguna preocupación legítima que no hayamos abordado?

Gary sintió irritación burbujear.

—No. Es propaganda pura. Whitmore intenta sabotear el proyecto.

—No sería raro —Daphne lo miró directo—. Así que están seguros de que no hay nada que podamos haber pasado por alto.

—No hay nada —Gary trató de mantener su voz calmada. Su impulsividad se agitaba en su estómago—. He diseñado proyectos como este docenas de veces. Los estudios que citan son desactualizados o mal aplicados.

—Está bien —Daphne tomó notas—. Entonces, estrategia de respuesta. ¿Qué están pensando?

Gary abrió su laptop, giró la pantalla hacia ella.

—Escribí esto. Respuesta punto por punto. Hechos, datos, evidencia. Mostramos por qué el artículo está equivocado.

Daphne leyó en silencio. Gary observó su rostro, buscando señales de aprobación. En cambio, vio que su ceño se fruncía.

—Esto es... comprehensivo —dijo al fin—. Pero no estoy segura de que sea el mejor enfoque.

Gary parpadeó.

—¿Perdón?

—Es demasiado…—se cortó—. Parece como si estuviéramos al ataque, tratando de rebatir cada cosa escrita. Eso no es buena imagen.

—Debemos corregir las mentiras—argumentó, su ceño fruncido.

—Lo sé —Daphne cerró la laptop—. Pero la percepción pública no funciona así. Si entramos en una guerra mediática, aunque tengamos razón, pareceremos combativos. Y eso juega exacto en la narrativa de Whitmore de que este proyecto es controvertido.

Gary sintió calor subiendo por su cuello.

—¿Entonces qué sugieres? ¿Que no hagamos nada? —se agitó y se incorporó, nervioso—. ¿Que dejemos que las mentiras queden sin señalar?

—Gary …—Carter lo conocía, claro.

—Sugiero que seamos estratégicos —la voz de Daphne era firme—. Dar una respuesta breve, profesional, y luego nos enfocamos a cambiar la narrativa. Tour de medios por el sitio. Entrevistas con residentes que se beneficiarán. Mostramos el lado humano, no solo datos.

—El lado humano no va a convencer a gente que ya decidió que este proyecto es malo.

—Pero convencerá a los que están en el medio. Los que leyeron el artículo y tienen preguntas legítimas.

—Daphne —Gary se inclinó hacia adelante—. Whitmore nos atacó. Con mentiras y medias verdades. ¡Necesitamos defendernos con fuerza!

—Y yo te digo que defendernos con fuerza va a hacer que esto sea una batalla pública que no podemos ganar —Daphne también se inclinó—. Porque Whitmore tiene recursos, contactos en la prensa, la habilidad de plantar más artículos y desgastarnos. Si convertimos esto en guerra, él tiene más munición.

—¿Entonces dejamos que gane?

—No —sus ojos brillaron—. Hacemos lo que siempre hemos planeado. Construir el mejor proyecto posible. Mostrar con acciones, no palabras, que este es bueno para Eastside.

—Eso toma tiempo. Whitmore está sembrando dudas ahora.

—Y nosotros plantaremos certezas —Daphne no cedió—. Pero con estrategia inteligente, no con reacción emocional.

Gary sopló largo. Lo que Daphne decía era racional. Pero él había visto demasiados proyectos buenos morir por falta de defensa vocal.

—¿Reacción emocional? —su voz salió más fría de lo pretendido—. ¿Es así como ves esto?

—Gary —Carter intervino, su tono de advertencia.

Pero Gary no podía parar.

—Porque desde donde estoy sentado, parece que tú estás más preocupada por cómo Kingship se ve que por hacer lo correcto.

Daphne se puso rígida. Sus mejillas quedaron como rubíes.

—Eso no es justo.

—¿No? Entonces explícame por qué tu primera preocupación fue la percepción pública en lugar de la verdad.

—¡Porque vivo en el mundo real, Gary! Un mundo donde parecer importa. Es lo que hace que tengamos donantes.

—Y yo vivo en un mundo donde si no luchamos, gente como Whitmore piensan que pueden pisotearnos.

Se miraron a través de la mesa. La tensión crujía entre ellos, pero no era la tensión buena de antes. Esto era furia y frustración y el choque de dos personas que querían la misma cosa, pero no podían estar de acuerdo en cómo lograrlo.

Carter se aclaró la garganta.

—Okay. Creo que todos necesitamos tomar un respiro. Gary, Daphne, ambos tienen puntos válidos. ¿Qué tal si...?

—No —Daphne se levantó, recogió sus cosas—. Creo que Gary ha dejado clara su posición. Y yo he dejado clara la mía. No vamos a estar de acuerdo hoy.

—Daphne —Gary también se levantó.

Ella estaba muy seria. La había herido. Sus ojos no le miraron, estaba envarada. ¡Maldición, la había cagado por impulsivo!

—Necesito hablar con mi familia —su voz estaba controlada, pero Gary escuchó el subtexto. La terca manera en que evitaba hablarle—. Decidir cómo Kingship responde. Pueden hacer lo que crean correcto del lado de Thornton.

—Espera —Gary caminó alrededor de la mesa—. No te vayas así.

—¿Así cómo? —lo miró—. ¿Frustrada porque el hombre con quien estoy trabajando piensa que priorizo mi imagen sobre la verdad? Sí, Gary. Me voy exacto así.

Y salió antes de que él pudiera responder.

Gary se quedó parado, mirando la puerta cerrada, sintiendo como si acabara de cometer error enorme, pero sin saber cómo arreglarlo.

—Mierda —murmuró.

—Sí —Carter suspiró—. Eso no estuvo nada bien.

—Ella no entiende. Whitmore no va a parar. Esto es solo el comienzo —se defendió.

—Tal vez —Carter cerró su laptop—. O tal vez Daphne entiende mejor que nosotros cómo funciona la política de esta ciudad. Ella ha vivido aquí toda su vida, Gary. Conoce a estos jugadores mejor que tú.

—¿Entonces qué hago?

—Espera. Respira. Considera que ambos tienen razón. Tú sobre la necesidad de defendernos. Ella sobre la necesidad de ser estratégicos.

Gary se dejó caer en silla, pasó manos por su cabello.

—La cagué.

—Un poco.

—¿Cómo arreglo esto?

Carter sonrió, y meneó la cabeza.

—Esa, amigo, es la pregunta del millón de dólares. Tal vez si te arrastras —sugirió, y rio como si no tuviera una preocupación.

Siempre el optimista.

Capítulo 15

Daphne logró llegar a su auto antes de que las lágrimas cayeran. No de tristeza. De pura frustración. Se sentó en el asiento del conductor, manos apretando el volante, respirando profundo para controlarse.

«Tú estás más preocupada por cómo Kingship se ve que por hacer lo correcto». Las frases resonaban acusatorias. Injustas.

Como si ella no se preocupara. Como si todo lo que le importara fuera imagen, cuando la verdad era que se preocupaba demasiado. Por el proyecto. Por las sesenta familias que dependían de él.

Por Gary, aunque él pensaba que solo jugaba a política.

Su teléfono vibró. Lo tomó rápido, como una tonta esperando que fuese la disculpa que merecía. Era Rhett.

RHETT: Jodido artículo se curró ese pasquín. ¿Estás bien?

Daphne cerró los ojos. No. No estaba bien.

DAPHNE: Sí.

RHETT: Daph…

DAPHNE: Es solo que hay matices sobre cómo tratar esto. Con el arquitecto. Pero lo resolveremos. Voy a la casa ahora.

RHETT: No puedo ir, pero sabes que apoyo lo que decidas. Los tíos van a estar con las armas en mano.

DAPHNE: Claro que sí.

Guardó el teléfono, arrancó el auto y manejó en piloto automático. Pensando. Por supuesto iba a adelantarse y tomaría el toro por las astas. Lucille y Cornelius tendrían opiniones, y esto se convertiría en exacto el tipo de crisis que Daphne había tratado de evitar.

El tráfico de mediodía le dio tiempo para recomponerse. Para construir los argumentos que necesitaba, que no eran otros que los que Gary había mencionado. El jodido había pensado bien, a no ser por la idea de salir a confrontar.

Era tan porfiado, tan impulsivo. Tan… Gary.

Encontró a la tía Augusta sentada en el salón con té y expresión pensativa.

—Daphne —se levantó, la abrazó—. Cariño, ¡qué incordio ese artículo!

—Panfletario y lamebotas, eso es.

Daphne aceptó el abrazo y dejó que la calidez de su tía la sostuviera por un momento.

—¿Cómo estás? —le preguntó, separándose y mirándola con aprecio.

La tía Augusta era ese refugio incondicional que siempre estuvo para ella. Para todos. Tan distinta a sus hermanos. La rebelde de la familia.

—Furiosa. Frustrada. Cansada.

—Buenas razones para todas esas emociones —señaló el sofá—. Siéntate. Cuéntame qué piensan hacer. ¿Qué dicen en Thornton Construction?

Daphne se sentó, aceptó la taza de té que no quería pero que le dio algo que hacer con sus manos.

—Gary … El arquitecto principal quiere pelear. Dar una respuesta pública agresiva. Desmontar cada punto del artículo con hechos y datos.

Augusta asintió despacio.

—Tú no crees que sea lo adecuado.

—No es que no quiera. Es que sé cómo funciona Savannah. Tú también.

¡Si lo sabría! Claro que varias décadas antes, pero su enamoramiento le valió escarnio público.

—Mm. Una guerra no beneficia al proyecto.

—Para nada. Si entramos en guerra mediática, perdemos. Whitmore tiene más recursos. Más contactos.

—No que nuestra corporación, pero sí más que el área de beneficencia. Y es buena cosa que estén separadas —respondió.

—Sí, pero Whitmore no tiene área social que cuidar. Solo su bolsillo. Puede plantar más artículos, generar movilizaciones. Nos ahogaremos tratando de responder a todo.

—Pero… ¿Gary, dijiste? —la expresión de su tía era sabedora, y Daphne se sonrojó—. Él no ve eso.

—Siente que las buenas intenciones del proyecto son atacadas, y quiere defenderlo. Lo entiendo. Pero...

—No conoce Savannah. Tú sí —terminó Augusta—. Conoces a estos jugadores. Sabes que a veces la mejor defensa no es atacar a ciegas.

—Exacto —Daphne tomó sorbo de té—. Pero cuando traté de explicarlo, me acusó de priorizar nuestra imagen sobre la verdad.

Augusta frunció el ceño.

—Eso no fue justo.

—No. Aunque tampoco estuvo del todo equivocado.

—Daphne...

—No —Daphne dejó su taza—. No puedo evitar que una parte de mí esté preocupada por cómo se ve Kingship. Pero es que apenas salimos de un escándalo. La junta está nerviosa. Lucille ya votó contra este proyecto. Si esto se convierte en batalla pública fea, podría perder apoyo que necesito para mantener el financiamiento.

—Eso no es priorizar la imagen. Eso es ser realista.

—Gary no lo ve así.

—Gary, por lo que veo, es un apasionado que se preocupa profundo por su trabajo. Eso es admirable. Pero tú eres la que tiene que navegar la política compleja de mantener a todos a bordo. Esas son habilidades diferentes.

Antes de que Daphne pudiera responder, se escucharon voces. Su padre y los tres Beaumont, su madre incluida, ingresaron. Augusta le apretó la mano.

—No dejes que te hagan dudar.

La reunión fue tan difícil como Daphne había anticipado. Horace presidió desde su escritorio, expresión seria. Eleanor a su lado, solidaria pero preocupada. Los otros dos tiesos en los sillones, saltando al menor detalle.

—Bien —comenzó Horace—. Todos vimos el artículo. Daphne, danos tu evaluación.

—El artículo es un ataque calculado de Whitmore Development. Está diseñado para sembrar dudas sobre el proyecto

sin hacer afirmaciones falsas de forma directa. Es efectivo porque suena razonable.

—Lo es, eso lo dijimos —dijo Lucille, voz alta y ceño fruncido.

—¿Cuál crees que deba ser nuestra respuesta? Hay muchos rumores ya. Mi teléfono no paró hoy —agregó Eleanor.

—Creo que debemos ser claros, dar una breve declaración afirmando el compromiso con el proyecto. Dejamos que los hechos hablen para cambiar la narrativa. Como el año pasado. Mostramos el lugar, somos transparentes con el desarrollo. Prensa que retrate, investigue. Entrevistas con residentes que se beneficiarán. Mostramos el lado humano en lugar de entrar en guerra de cifras.

—¿Por qué no corregir las mentiras punto por punto? —Su padre se hizo adelante, inquieto, y Daphne pensó que era parecido a Gary en su espontánea necesidad de mostrar la verdad—. Si Whitmore está mintiendo, deberíamos exponerlo.

—Porque —Daphne mantuvo su voz paciente— cada respuesta genera contra respuesta. Nos veremos combativos y defensivos en lugar de confiados en nuestro proyecto.

—O —dijo Lucille con voz afilada— nos veremos débiles. Como si no pudiéramos defender nuestras decisiones. Y tal vez así es.

—Hay diferencia entre débil y estratégico, tía Lucille.

—¿La hay? Porque desde aquí, parece que estás aconsejando que nos escondamos. Esto es un desastre. Los Beaumont tienen una reputación que mantener.

Daphne sintió su mandíbula tensarse. Respiró hondo.

—No aconsejo que nos escondamos. Aconsejo que seamos inteligentes sobre cómo peleamos. Whitmore quiere que esto sea batalla ruidosa. Si le damos eso, ganará.

—Entonces, ¿cuál es tu plan específico? —preguntó Horace —. Más allá de la declaración breve.

—Abrimos la información. Somos transparentes. Spots publicitarios con el proyecto, informando. Prensa en el sitio y un tour con los encargados explicando. Entrevistas con la gente que se

beneficiará. Eso sería ideal para el programa ese que miras, tía Augusta. El de la periodista de investigación.

—Oh, sí, es perfecto —asintió ella—. Es muy buena y tiene mucha audiencia. Es creíble, no se casa con nadie.

—¡No tiene el prestigio de los periódicos o…!

—Pero tiene redes, fuertes. Sabes bien el poder de estas, tío.

Lo miró sin decir más, y Cornelius suspiró y bajó la vista. El año pasado había visto cómo las redes sociales podían generar tempestades.

—Creo que el plan de Daphne es sensato. Lucille, Cornelius, entiendo sus preocupaciones. Pero necesitamos confiar en la persona que pusimos a cargo. Daphne ha demostrado buen juicio.

—¿Buen juicio? —Lucille se inclinó hacia adelante—. Horace, este proyecto ya está generando problemas y ni siquiera ha comenzado la construcción. ¿Qué pasa cuando empiece? ¿Cuándo haya más artículos, más quejas?

—Entonces los manejaremos —Daphne mantuvo su voz firme—. Como planeamos. Con estrategia y paciencia.

—Y si no funciona —continuó Lucille— ¿qué, entonces? ¿Kingship absorbe la pérdida? ¿Nuestra reputación sufre más daño?

—Nuestra reputación sufrió daño real el año pasado cuando priorizamos apariencias sobre integridad —Daphne sintió su voz elevarse a pesar de su intento de permanecer calmada—. Este proyecto es la oportunidad de mostrar que aprendimos.

—Palabras bonitas —Lucille se recostó—. Pero las palabras no pagan cuentas. Las acciones sí. Y en este momento, las acciones son: artículo negativo, preocupaciones públicas, presión de la familia Whitmore.

—La familia Whitmore está protegiendo sus intereses —intervino Augusta—. No deberíamos dejar que eso dicte nuestras decisiones.

—Fácil de decir cuando no es tu dinero en riesgo —replicó Cornelius.

—Es dinero de Kingship —corrigió Horace—. Y no se usa con el mismo criterio que cuando invertimos. No se trata de perder, pero

sí de que tenga una vuelta en desarrollo social.

—Los riesgos… —dijo Lucille.

—Son tonterías. Lo que se dice. Vi la gente allí. De trabajo, humilde, necesitada, pero digna. Hay mucha hipocresía en el artículo, mucho clasismo y falsa preocupación —Daphne habló con voz más alta, su paciencia agotándose.

—¿Estás segura de que puedes manejar esto? —Lucille la miró directo—. Porque, Daphne, eres inteligente y trabajadora, te lo concedo, pero eres joven y mujer.

—Oh, por favor —resopló Augusta, y Daphne se contuvo a duras penas.

Su tía vivía en la década del cuarenta en cuanto a perspectivas de género y clase.

—Solo digo que este tipo de guerra política y económica requiere experiencia que no estoy segura de que tengas.

Las palabras dolieron, tal vez porque ella también tenía reparos, temores. Pero luego miró a Augusta, quien le dio un asentimiento pequeño. Miró a su padre, quien tenía confianza en sus ojos. Miró a su madre, quien sonrió con ese orgullo silencioso.

Y supo que no podía dejar que la duda ganara.

—Tienes razón —dijo, voz firme—. Soy joven. Pero eso no significa que sea ingenua. He estudiado este proyecto. He conocido a la gente involucrada. Sé lo que está en juego, y confío en mi estrategia.

—La confianza es importante —concedió Horace—. Pero también lo es la flexibilidad. Daphne, quiero que procedas con tu plan. Pero si las cosas empeoran, si hay más artículos, más presión, debes estar dispuesta a reconsiderar la estrategia.

—Lo haré —prometió—. Pero denme oportunidad de probar que esto funciona.

—La tienes —Horace miró alrededor de la mesa—. ¿Alguien tiene objeciones formales?

Silencio. Incluso Lucille no presionó más, aunque su expresión dejaba bien claro que no estaba convencida.

La reunión se disolvió. Daphne suspiró, ansiosa por salir antes de que Lucille pudiera acorralarla con más preguntas. Su tía

Augusta la alcanzó en el pasillo.

—Lo hiciste bien ahí adentro.

—No se sintió bien.

—Nunca se siente bien cuando te cuestionan —Augusta tomó su mano—. Pero te mantuviste firme. Eso es lo que importa.

—¿Y si tienen razón? ¿Si no puedo manejar esto?

—Entonces aprenderás. Crecerás, y la próxima vez lo harás mejor —Augusta le apretó los dedos—. Pero Daphne, no dejes que el miedo te paralice. Confía en ti misma.

—Estoy tratando.

—Lo sé —Augusta sonrió—. Creo que tu plan es correcto.

Daphne la abrazó y agradeció la validación que tanto necesitaba. Manejó a casa con la mente girando. Necesitaba implementar su plan. Contactar periodistas. Programar tours. Hablar con la señora Morrison.

Necesitaba... ¿qué? ¿Hablar con Gary? ¿Disculparse? ¿Exigir disculpa? No sabía. Todo lo que sabía era que esta mañana había sido desastre. El artículo, la pelea, la reunión familiar. Todo se sentía como si estuviera desmoronándose.

Le gustaría hablar con un Gary calmado sobre ello. Esperaba que sus emociones hubiesen amainado. Que Carter lo hubiese convencido de esperar.

«Tiene que hacerlo, es un empleado después de todo», consideró. Claro que Carter no lo trataba como tal, le daba libertad. Le parecía bien, le encantaba su pasión, su visión. «Esto es un entredicho, nada más».

Su teléfono sonó mientras estacionaba. Gary. Miró la pantalla con el corazón acelerado. Dejó que fuera a buzón de voz. No quería arriesgarse a hablar. Una noche de incomunicación mejoraría las cosas. Los dos descansados pensarían mejor.

Subió a su apartamento, se quitó los tacones, se dejó caer en el sofá. Permaneció en la penumbra un buen rato, sin moverse. Tenía que pedir comida, tal vez pizza. Necesitaba confort.

Debía organizar su agenda para mañana. Pedir a Eliza que usara sus contactos y encanto con influencers, con la prensa. Muchas cosas.

Pero la verdad era que estaba desalentada, y se permitió que el sentimiento la inundara. Podía con la presión, podía con el conflicto.

Lo que la tenía mal era pensar que esto pudiera romper la incipiente relación entre ella y Gary. La que la había tenido tan contenta, con esperanzas ciertas.

Capítulo 16

Megan esperó diez minutos después de que Daphne se fuera antes de tocar la puerta de la oficina de Gary.

—Adelante.

Entró. Gary estaba en su escritorio, manos en el cabello, mirando su laptop con expresión que Megan había visto docenas de veces. Frustración. Agotamiento. El peso de responsabilidad que nunca dejaba ir.

—Hey —cerró la puerta detrás de ella—. ¿Estás bien?

Gary levantó la vista, intentó sonreír. Falló.

—He estado mejor.

—Vi a Daphne salir —Megan se acercó, se sentó en la silla frente a su escritorio—. Parecía molesta.

—Sí —Gary se recostó en su silla, pasó manos por su cara—. Tuvimos un desacuerdo sobre cómo manejar el artículo.

Estaba muy fastidiado con la Montgomery. Tal vez algo bueno saliera de esto. Él la vería como era en verdad, y recuperaría su centro. El Gary que desdeñaba a pomposas ricachonas era el que ella quería.

—¿Quiere que ignores las mentiras? —preguntó, directa.

Él meneó su cabeza.

—Quiere que seamos *estratégicos* —Enfatizó la palabra con el desprecio que le merecía—. Considera que lo mejor es convencer a través de la acción. Cambiar la narrativa en lugar de corregir hechos.

Megan asintió con empatía mientras su mente se aceleraba. Esto era exacto lo que Preston había querido saber.

Si había brechas en la compañía, conflictos que tiñeran el avance de la construcción. Este era uno. Grande.

—Puedo ver ambos lados —dijo con cuidado—. Tú quieres defenderte. Ella quiere proteger la imagen de Kingship.

—No es sobre imagen —Gary sonó cansado—. O al menos, no debería serlo. Debería ser sobre verdad.

—En un mundo perfecto, sí —Megan se inclinó hacia adelante—. Pero Gary, Daphne viene de un mundo diferente. Ella creció en esta ciudad, rodeada de política y juegos de poder. Para ella, percepción ES verdad.

Vio cómo sus palabras aterrizaban. Cómo Gary procesaba, consideraba.

—Tal vez —admitió—. Pero eso no hace que sea correcto.

—No —Megan mantuvo su voz suave—. Pero ella nunca ha tenido que pelear de verdad por nada. Todo le ha sido dado. Así que no entiende lo que se siente cuando alguien ataca lo que has construido con tus manos. A la hora de elegir … Sus prioridades estarán con lo que conoce.

Gary parpadeó y se removió un pelín. Incómodo.

—Eso es un poco duro.

—¿Lo es? —Megan se encogió de hombros—. Mira, no la conozco bien. Pero he visto el tipo, y tú también. Herederas caprichosas que lo tienen todo a la mano y se aburren. Juegan a ser filántropas. Eso hace que se sientan bien sobre sí mismas, pero al final, siempre protegen a su mundo.

—No creo que sea tan simple —retrucó.

Mm. Podía verlo a la defensiva, como una tortuga que se retraía a su caparazón. «*Joder, Gary, ¿qué mierda te hizo esa mujer*?»

—Tal vez no —Megan se recostó—. Solo... ten cuidado, ¿sí? Gente como ella, con dinero y conexiones, siempre encuentran la forma de salir bien. Son los demás los que terminan lastimados.

Gary frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Daphne no es así.

—¿No? —Megan dejó que la pregunta quedara en el aire—. Entonces, ¿por qué su primera preocupación fue cómo Kingship se ve en lugar de defender el proyecto?

—Porque tiene que manejar a su junta directiva. Su familia. Es complicado.

«¡Idiota! ¡Despierta! ¡Deja de disculpar a esa chulita! ¿Qué no ves que me hieres?»

—La verdad es complicada para gente como ella —Megan mantuvo su voz comprensiva, casi triste—. Tienen que equilibrar demasiadas lealtades. Nosotros solo tenemos una. El proyecto. La gente que va a vivir ahí.

Vio que Gary cedía. No mucho. Solo un poco. Mencionar su trabajo era su flaqueza.

—Tienes razón —dijo con cansancio—. Necesito enfocarme en eso. En el proyecto.

—Exacto —Megan sonrió—. Yo te apoyo. Lo que necesites. Datos para respuesta pública. Análisis de cómo esos sabelotodo del artículo están equivocados. Lo que sea.

—Gracias, Megan. Eso significa mucho.

Se quedaron en silencio cómodo por momento. Luego Megan se levantó.

—Debería dejarte trabajar. ¿Necesitas algo antes de irme?

—No. Estoy bien. Gracias por escuchar.

—Siempre —se detuvo en la puerta—. Gary, para lo que vale, creo que tu instinto es correcto. Whitmore nos atacó. Deberíamos defendernos. Con fuerza.

—No es nuestra decisión. Carter y Kingship …

—Daphne no ha peleado este tipo de batallas antes —Megan dejó las palabras quedarse, luego salió.

Regresó a su escritorio y pretendió trabajar, pero su cabeza daba vueltas. No podía flaquear, tenía que priorizarse. Esto podía saltar por el aire; un solo artículo había levantado demasiado polvo.

Esperó una media hora para asegurarse de que Gary y los otros estaban absorto en el trabajo. Luego sacó su teléfono, caminó al baño para privacidad y mensajeó a Preston.

MEGAN*: El artículo provocó una brecha. Hay conflicto entre los que quieren respuesta pública agresiva y Daphne Montgomery (Kingship), que sugiere estrategia moderada.*

La respuesta llegó en segundos.

PRESTON: *Excelente. ¿Hay forma de pinchar a los radicales para que procedan?*

«Oh, no, señor. No haré todo el trabajo sucio». Inspiró y sopló, dos veces, pensando. Ochenta y cinco mil con posibilidades de subir. No los podía menospreciar. *«Calma, no te comprometas a nada, pero no te niegues de plano».*

MEGAN: *No estoy segura. Hay frustración, pero la cadena de mando se respeta. Kingship pesa en las decisiones.*

PRESTON: *Interesante. ¿Qué pasa con el arquitecto? Tengo entendido que es el principal defensor del proyecto. ¿Crees que es un flanco débil?*

Megan vaciló. Podía decirle que entre esos dos había más que simpatía, pero … Eso expondría a Gary, y no necesitaba darle a Preston esa información todavía. Esa carta la guardaría para cuando la necesitara. Sí la necesitaba.

MEGAN: *Firme y sosteniendo el proyecto. Entiende la necesidad de conciliar con las tácticas de Kingship.*

PRESTON: *Gracias. Aprecio la data. Si hay más conflicto, quiero saber. Sobre todo, si parece que Kingship podría retirar fondos.*

MEGAN: *Ok*.

Megan guardó el teléfono, miró su reflejo en el espejo del baño por unos segundos. Debería sentirse culpable. Estaba traicionando a Carter, al proyecto. A Gary, hombre que había sido buen jefe, mentor, amigo. Pero…

No sentía culpa, sino satisfacción fría. Gary no la estaba eligiendo, a pesar de lo que hacía por él, su preocupación. Tuvo oportunidad de ver a Megan como algo más que colega, podría haber notado tres años de lealtad y trabajo duro.

Ahora parecía molesto con esa millonaria, pero fabricaba excusas para ella. Esa elección tenía consecuencias.

Capítulo 17

Daphne se estudió en el espejo una última vez.

Vestido color champán. Espalda descubierta. Aretes de diamantes de su abuela. Cabello en ondas suaves sobre sus hombros. Lucía perfecta. Exacto como debía lucir una Montgomery en una gala.

Pero por dentro era puro nervios. Esta no era otra gala benéfica. Era contraataque. Después del artículo venenoso de Whitmore en el Savannah Morning News, después de las regulaciones de zonificación que habían aparecido de la nada, Daphne y Eliza habían trazado estrategia.

Y esta celebración era su respuesta. No con palabras. No con artículos defensivos. Sino con acción visible. Así habían procedido para mitigar los daños.

La genial idea de Eliza, que complementó las suyas, había sido la exposición en la biblioteca municipal. «Si Whitmore controla la narrativa en la prensa 'seria' —dijo, rodando los ojos, porque detestaba las corporaciones de periódicos— controlamos la narrativa en espacios públicos».

Así que habían montado una exposición vibrante y didáctica con planos del proyecto Eastside, renders arquitectónicos, e información genérica sobre las sesenta familias que recibirían hogares.

Agregaron testimonios de residentes del proyecto similar de Gary en Atlanta, y habían invitado a todos los que podían decidir sobre la construcción a verla antes de la gala. Concejales. Prensa. Líderes comunitarios. Mecenas importantes, como Theodore Talmadge, rival de negocios de Charles Whitmore por tres décadas.

Si Whitmore quería guerra mediática, Daphne le daría guerra estratégica, pero a su estilo.

Su teléfono vibró.

ELIZA: *Talmadge confirmó. Viene con su esposa. Esto va a ser bueno.*

DAPHNE: *Perfecto. ¿Qué hay de la prensa?*

ELIZA: *Bien, el Savannah Tribune y Connect Savannah quieren entrevista después del discurso de papá.*

DAPHNE: Genial.

ELIZA: *¿Nerviosa*?

DAPHNE: *No tienes idea. Esto no puede salir mal. ¡Me comerán cruda!*

ELIZA: *Vas a brillar. Te veo allá. xo*

Daphne respiró hondo, agarró su bolso de mano, y salió de su apartamento. Era hora de mostrar que este proyecto se defendía mientras se sonreía y bailaban, aunque ese porfiado Gary no lo entendiera.

Suspiró mientras se miraba en el espejo del ascensor. No lo había visto en persona desde que discutieron, aunque sí por conferencia cuando detalló qué harían, y solicitó toda la info para la exposición.

Guapo incluso cuando tenía el ceño fruncido, aunque con menos saña que cuando la confrontó.

El Hotel Westin estaba transformado en un jardín de ensueño. Luces colgaban del techo como estrellas. Arreglos florales en cada superficie. Mesas con manteles de seda.

En la entrada del salón, una pantalla digital grande mostraba imágenes de la exposición de la biblioteca. El mensaje era claro: *Kingship construye futuro*. Daphne sintió orgullo expandirse en su pecho. Eliza había hecho un trabajo increíble.

—Daphne —su madre apareció a su lado, elegante en un conjunto negro clásico—. Todo luce hermoso.

—Gracias. Eliza merece el crédito.

—Ustedes dos lo merecen —Eleanor la estudió—. Esto fue un movimiento inteligente. Ya escuché tres conversaciones sobre la exposición. La gente está impresionada.

—Eso espero.

—Confía en mí. Whitmore subestimó a mis hijas.

Daphne sonrió a pesar de sus nervios.

—¿Papá está listo para su discurso?

—Listo y emocionado. Esto es exacto el tipo de proyecto que siempre soñó para Kingship.

—Bien.

Eleanor apretó su brazo.

—Ve. Trabaja la sala. Sé la directora brillante que eres.

Daphne aceptó la copa de champán de un mesero que pasaba y comenzó a circular. Su primer objetivo eran los concejales.

Robert Chen, demócrata del distrito este, la saludó con calidez.

—Señorita Montgomery. Vi la exposición esta mañana. Un trabajo impresionante.

—Gracias, concejal Chen. Significa mucho viniendo de usted.

—Los renders arquitectónicos son hermosos. ¿Quién es el diseñador?

—Gary Superville. Arquitecto de Detroit con experiencia en vivienda comunitaria.

—Detroit —Chen asintió pensativo—. Interesante traer talento de fuera.

—El mejor talento —corrigió Daphne—. Gary diseñó un proyecto similar en Atlanta hace tres años. Treinta y dos familias. Tasa de retención del 96%. Los residentes lo aman.

—Números convincentes.

—Hechos, no retórica —dijo Daphne con firmeza—. Eso es lo que ofrecemos.

Chen sonrió.

—Mensaje recibido. Tiene mi apoyo, señorita Montgomery. Y puedo hablar con algunos colegas que todavía están indecisos.

—Se lo agradecería enormemente.

Siguiente objetivo: Sarah Hendricks, concejal republicana del distrito oeste. Hendricks era más cautelosa. Más escéptica.

—Es un proyecto ambicioso —dijo después de intercambio de cortesías—. Pero algunos de mis constituyentes tienen preocupaciones sobre el impacto en los valores de las propiedades.

—Entiendo esas preocupaciones —Daphne mantuvo el tono profesional—. Por eso incluimos estudios en la exposición. Proyectos

similares en Charleston y Atlanta han mostrado estabilización o incluso aumento en valores de propiedades circundantes. La vivienda de calidad eleva vecindarios. No los deprime.

—¿Y qué me dice acerca de las objeciones sobre densidad?

—Estamos solicitando excepción, sí. Pero el proyecto cumple con todos los códigos de seguridad y ambientales. La excepción es un procedimiento estándar para desarrollo comunitario.

Hendricks la estudió largo momento.

—Aprecio que no me dé respuestas ensayadas. Muchos desarrolladores tratan de venderme sueños. Usted me da datos.

—Porque los datos importan. Y estas sesenta familias merecen más que sueños. Merecen hogares reales.

—Estaré observando el proyecto de cerca —dijo Hendricks—. Pero tentativamente, tiene mi voto para la excepción.

—Gracias, concejal.

Daphne se alejó, celebrando la primera victoria de la noche. Luego vio a Theodore Talmadge. El hombre tenía setenta y tantos años, cabello plateado, postura que gritaba dinero añejo en Georgia.

Su familia había construido un imperio naviero en el siglo XIX. Y había odiado a Preston Whitmore desde que este lo había superado en la adquisición de terrenos en los noventa. Era historia conocida.

—Señor Talmadge —Daphne se acercó con sonrisa—. ¡Qué honor que nos acompañe esta noche!

—Señorita Montgomery —estrechó su mano con firmeza—. No me perdería esto. Escuché sobre su pequeña guerra con Whitmore.

Ah, directo al grano.

—No diría guerra...

—Yo sí —sus ojos brillaron con diversión—. Y déjeme decirle, era tiempo de que alguien le diera pelea a ese pomposo. ¿Qué necesita?

Daphne parpadeó.

—¿Perdón?

—Recursos. Apoyo político. Dinero. ¿Qué necesita para hacer que este proyecto suceda y para frotar la nariz de Whitmore en ello?

—Señor Talmadge, aprecio el apoyo, pero...

—Kingship necesita fondos, ¿correcto?

—Siempre. Beneficencia sin dinero es imposible —contestó, sonriente.

—Considere otros quinientos mil de la Fundación Talmadge. Sin condiciones. Solo quiero ver ese edificio terminado antes de que Whitmore pueda sabotearlo más.

—Eso es... increíblemente generoso.

—Es buen negocio —dijo con pragmatismo—. Y venganza personal. Dos por uno.

—Entonces acepto con gratitud.

—Excelente. Mi abogado contactará a su gente mañana.

Se alejó, dejando a Daphne aturdida. Medio millón de dólares. Así como así. Esta noche estaba funcionando mejor de lo que esperaba. Pero luego escuchó voz áspera detrás de ella.

—Bonita pantalla. Mucho espectáculo.

Se giró para mirar con tanta paciencia como pudo convocar al hombre de unos cincuenta años, traje caro, pero mal ajustado y expresión de escepticismo.

—¿Perdón?

—La exposición. Los renders. Todo muy bonito. ¿Pero quién va a vivir ahí realmente? ¿Y qué pasa cuando las cosas se pongan difíciles y Kingship decida que no vale la pena el dolor de cabeza?

Subestimación. Estaba acostumbrada, y podía lidiar con esto.

—No va a pasar —dijo con firmeza—. Kingship está comprometido con este proyecto a largo plazo.

—Eso dicen todos. Hasta que números no cuadran o políticos presionan o donantes se retiran. Entonces las familias terminan desplazadas de nuevo.

Esta desconfianza venía del desengaño, se dio cuenta, lo que la interesó más.

—¿Y usted es?

—Malcolm Reeves. Trabajo en servicios sociales. He visto suficientes proyectos bien intencionados colapsar como para tener esperanzas.

—Entiendo su escepticismo —Daphne eligió las palabras con cuidado—. Pero no somos todos iguales. Kingship existe hace mucho tiempo. Nuestro historial habla por sí mismo.

—El historial de su familia habla por sí mismo —corrigió—. Viejo dinero construyendo proyectos para sentirse bien. ¿Qué saben ustedes sobre luchar por vivienda?

Algo en Daphne se endureció.

—Tiene razón. Yo crecí con privilegio. No voy a fingir que entiendo la lucha personal de estas familias. Pero eso no significa que no pueda ayudar. Que no deba ayudar. Y francamente, señor Reeves, prefiero hacer algo imperfecto que no hacer nada en absoluto.

Reeves la estudió. Luego asintió, apenas perceptible.

—Bien. Al menos es honesta. Estaré observando.

Se alejó. Daphne respiró hondo, sintiendo la adrenalina del enfrentamiento.

—Lo manejaste bien. ¡Qué hombre tan ácido!

Se giró. Su cuñada Lila estaba ahí, hermosa en vestido dorado. Se apresuró a saludarla, encantada de verla.

—¡Qué gusto verte, querida! Sí, este proyecto despierta pasiones.

—Lo que dijo fue cáustico, aunque … Tenía un punto válido.

La esposa de su hermano mayor era una mujer luchadora que se había abierto camino con uñas y dientes, con su hijo a cuestas. Entendía, veía la realidad.

—Lo sé —admitió Daphne—. A veces me pregunto si tengo derecho de liderar esto. Si soy la persona correcta.

—Eres exactamente la persona correcta —Lila tomó su mano —. Porque te importa lo suficiente como para cuestionarte. Eso te hace mejor que la mayoría.

—Gracias.

—De nada. Ahora, tu papá está a punto de dar su discurso. Deberías estar adelante.

Daphne asintió y se dirigió hacia el frente del salón donde su familia se reunía. Horace Montgomery subió al pequeño estrado, micrófono en mano.

—Buenas noches a todos. Gracias por acompañarnos en esta noche importante para Kingship...

Daphne escuchó a medias. Le interesaban las reacciones. Observó la sala. Caras conocidas. Donantes. Amigos. Familia.

Pero buscaba otro rostro. No podía ser que no viniera. Era importante para seguir, y… Su decepción se evaporó al verlo en la entrada, en esmoquin, tirando de las mangas con incomodidad. El aire salió de sus pulmones. ¡Estaba guapísimo!

Sus ojos se encontraron a través del salón. Y en ese segundo, todo lo demás, el discurso, la gente, el proyecto, se desvaneció. Esto hablaba volúmenes de su crush.

La burbuja hecha de tensión y química se disolvió con los aplausos que señalaban el fin del discurso, y la música se adueñó de la pista. Se dio la vuelta y recalculó. Tenía que circular, hablar con otras personas, hacer su trab…

—Daphne.

Se giró cuando la voz grave la llamó, y el corazón le dio un saltito al verlo con la mano extendida.

—¿Bailas conmigo?

No era exigencia. Era pregunta, y vulnerable. Le derritió cualquier irritación que conservara, pero apostó a que él no se diera cuenta de lo fácil que claudicaba cuando la miraba así.

—Gary, yo... tengo que hablar con prensa después de...

—Un baile —interrumpió—. Solo uno. Por favor.

Miró sus ojos expresivos, y accedió.

—Está bien. Un baile.

Tomó su mano. El contacto la ancló y la calmó. Sonrió, desplegando su fachada social, saludando con la cabeza a las otras parejas en la pista, pero… Estaba lejos de la confianza. Su piel parecía electrizada.

La mano en su cintura que la guiaba imponía calor a través de seda. Su mano en su hombro, un poco áspera, se sintió especial. Comenzaron a moverse y pareció que se había olvidado los pasos. Torpe.

Porque tenerlo tan cerca, su cuerpo rozando el suyo, con ese olor a cítrico y madera, era una tortura exquisita.

—Luces hermosa —murmuró Gary, y sus ojos la eclipsaron.

Se sintió una adolescente impactada. Estas sensaciones no las había vivido, no así. Desesperaba por encontrar palabras, por destrabar su lengua, pero a la vez, deseaba solo apretarse contra él y fluir por la pista, dejando que sus cuerpos comentaran y conectaran.

—Gracias. Tú también —dijo por fin—. El esmoquin te queda bien.

—Lo odio.

Sonrió a pesar de sí misma.

—Pero entendiste que tenías que usarlo.

—Daphne… Quiero darte mi disculpa más honesta. Me equivoqué, tú no. Has hecho un trabajo fenomenal. En una semana, y a pesar de esos otros libelos y restricciones, pusiste el nombre y la idea del proyecto en alto. Me han hablado de eso, me han llamado. Me equivoqué, pero entiende que no quise levantar la voz ni había calor real en lo que te dije. Creo que eres genial.

Su larga tirada sonó urgida, como si detestara estar de malas con ella. Como si de verdad lo lamentara. Algo en su pecho se aflojó. ¡Cómo la afectaba!

—Gary...

—Vi la exposición —continuó—. En la biblioteca. Es brillante, Daphne. La forma en que presentaste el proyecto, los testimonios, los datos. Es exactamente lo que necesitábamos.

—Fue idea de Eliza.

—Pero tú la ejecutaste. Tú hiciste que sucediera. Mientras yo estaba siendo un idiota porfiado, tú estabas dando la lucha inteligente que necesitamos.

Daphne levantó la vista, encontró sus ojos.

—No eres idiota. Si testarudo y apasionado. Tu amor por el trabajo te ciega, no ves la parte fea, que es la de los intereses y el dinero.

—Aun así. Lo siento —murmuró, sus ojos honestos, su expresión clara.

—Lo sé.

La canción terminaba. Deberían separarse. Pero Daphne no quería. No parecía que él sí, porque su brazo en la cintura no la soltó, a pesar de que las parejas ya dejaban la pista.

—Tengo que... —empezó ella, parpadeando, mirándolo muy fija.

—Lo sé. Prensa. Trabajo. Ve. Yo estaré aquí —indicó, y sonó a promesa.

Asintió, se alejó con piernas temblorosas. Le tomó unos minutos y un trago recomponerse. Las siguientes dos horas fueron un torbellino.

Primero, entrevista con la periodista del Savannah Tribune. Luego, conversación con Connect Savannah. Más donantes. Más concejales.

Cada vez que escaneaba la sala, encontraba a Gary. Observándola desde lejos. La ponía nerviosa, excitable, le hacía preguntarse…¿Era conveniente dejar crecer estas emociones? ¿No los complicarían?

A las diez, necesitó escape. Aunque fuera por cinco minutos, y se escabulló al baño de mujeres. Allí se topó con Lila y Eliza retocando su maquillaje.

—Ahí está mi hermana guerrera —Eliza sonrió—. ¡Está saliendo de maravilla!

—Sí, no puedo creerlo. Las promesas de apoyo son tremendas. ¿Pueden creer que ese idiota se presentara y fingiera interés real?

Hablaba de Whitmore, al que había visto apenas veinte minutos atrás. Por supuesto que lo saludó igual que al resto, y le dio la espalda con elegancia apenas pudo. ¡Hipócrita!

—Lo vi, y también su cara cuando Talmadge anunció su donación.

Daphne sonrió.

—Lucía como si hubiera tragado un limón entero.

Se encontró con la mirada de Lila que la estudiaba en el espejo.

—Entonces, ¿qué pasa con el arquitecto? Ese baile parecía cargado.

Calor súbito subió por el cuello de Daphne.

—Nada, no es …

—Había suficiente química ahí para iniciar un incendio forestal.

—Era solo un baile.

—Ajá —Eliza se rio—. Y yo soy virgen. No finjas, ya le conté a Lila, y a Michelle.

Sacudió su cabeza.

—Eliza, ¡eres una cotilla!

—Venga, Daphne —Lila se giró—. Somos tus hermanas. Bueno, cuñada y hermana. Pero el punto es el mismo. Puedes confiar en nosotras.

Daphne sintió su resistencia desmoronarse.

—No lo sé —admitió—. Siento cosas. Cosas que no debería sentir. Y es complicado y mal momento y...

—El amor siempre es mal momento —dijo Lila con suavidad —. Si esperas el instante perfecto, nunca pasa.

—No es amor. Es pura atracción —corrigió.

—¿Estás segura?

No estaba segura de nada. O sí, de que lo deseaba y lo admiraba, y le fastidiaba su tozudez, aunque era parte de su apasionada manera de ver el mundo. Y … Okay, Okay.

Una sucesión de mensajes llegó al teléfono de Eliza, que se distrajo y sonrió misteriosa al mirarlos. Lila carraspeó y lo mismo Daphne, intrigada, pero se sacudió las dudas. Tenía trabajo afuera. Después preguntaría en qué andaba su hermanita.

—Tengo que volver —Se dirigió a la puerta.

—Daphne —Eliza la detuvo—. Sea lo que sea, mereces ser feliz. No olvides eso.

Asintió, salió. El salón estaba menos lleno. Algunos invitados habían partido. Los que quedaban estaban en grupos pequeños, conversando.

Gary no estaba por ningún lado. Mejor, así no se confundía más.

A través de las ventanas francesas, vio el jardín y la llamó con su tranquilidad. Necesitaba pensar. Avanzó y empujó las puertas

de vidrio para salir al calor húmedo de la noche de Savannah.

El ruido quedó atrás. Miró con placer las luces pequeñas en árboles, las gardenias blancas brillando en la oscuridad. El aroma exquisito, embriagador.

Entonces lo vio, parado solo entre la arboleda, semi escondido, y tras una duda infinitesimal, avanzó hacia él.

Gary se dio la vuelta cuando escuchó sus pasos, y una sonrisa se desplegó, amplia, que sus ojos replicaron.

—Daphne…

—Hola de nuevo —dijo y le sonrió—. Descubriste el lugar más bello del hotel.

—Ahora lo es —contestó, su mirada intensificándose, y la connotación de sus palabras obvia.

¿Cómo no sentirse halagada? Gary sentía lo que decía, no tenía dudas sobre eso. Era el hombre más honesto que conocía, además de los de su familia.

Capítulo 18

Gary había intentado decirle que no a Carter. La primera vez, pretextó que las fiestas no eran lo suyo.

«No es mi ambiente».

«Debes ir. Daphne está haciendo un trabajo de la hostia, y está resultando. Esto es mucho más que una fiesta, no seas asno».

La excusa de no tener esmoquin no sirvió, pues Carter le envió una a medida a su apartamento, nota incluida: *Sin excusas. Arregla tu desastre.*

La tercera vez, Gary había sido honesto.

«No he hablado con Daphne luego de la discusión. Y sé que fui un imbécil con ella. La acusé de cosas que no eran ciertas. No puedo simplemente aparecer en su gala como si nada».

Carter lo había mirado con esa expresión que Gary odiaba. Desafiante.

«Cobarde».

«Cabrón».

«Gary —Carter se había puesto serio—. Has pasado la última semana sintiéndote como una mierda por cómo la trataste. Esta es la oportunidad de enmendarte. Ve a la maldita gala. Discúlpate de verdad. Es una orden».

Así que aquí estaba. En este esmoquin que le quedaba demasiado bien. Parado en la entrada del Hotel Westin. Sintiéndose como un fraude, pero determinado.

Carter tenía razón: había sido imbécil, y Daphne merecía una disculpa mejor que un email corporativo o una llamada incómoda. Merecía que se presentara. Que lo intentara. Además, se moría por verla, con franqueza.

Apenas entró al salón, se detuvo a observar la gran pantalla que proyectaba la verdad del proyecto Eastside. En una presentación atractiva y elegante vio pasar los detalles, planos, maquetas, rostros.

Era impresionante. Si él no estuviera tan involucrado, lo convencería, se dijo, maravillado. Daphne había hecho esto.

Mientras él estaba comportándose como un asno y sintiéndose mal consigo mismo, ella había estado luchando. Construyendo contrataque estratégico. Mostrando al mundo por qué este proyecto importaba.

—Impresionante, ¿verdad? —Carter apareció a su lado con dos copas de champán.

—¿Cuándo hicieron esto?

—La exposición se abrió hace tres días. Idea de Eliza Montgomery, ejecutada por Daphne. Ha estado circulando por concejales, prensa, donantes. Guerra de relaciones públicas.

—Y yo no sabía nada.

—Porque has estado evitándola —Carter le dio copa—. Bebe. Relájate. Y discúlpate. Has estado insoportable desde que no la ves.

No tuvo tiempo de responder porque Carter lo dejó. Gary tomó un sorbo de champán y observó el salón. El lugar estaba repleto y las conversaciones fluían. Paseó su mirada hasta que le vio.

Estaba hablando con un hombre asiático de mediana edad, y era encantadora. Perfecta en sus gestos. Y hermosa. Dios, era hermosa. Vestido color champán que fluía como agua. Espalda descubierta. Cabello en ondas sobre sus hombros.

¿Podía uno quedarse sin aire? Eso parecía.

Iba a moverse hacia ella cuando las conversaciones se acallaron y alguien desde el escenario demandó atención. Un hombre de cabello plateado levantó su voz.

—...quinientos mil de la Fundación Talmadge...

Murmullos recorrieron el salón. Gary vio la expresión de felicidad en el rostro de Daphne. Seguida de gratitud genuina. Medio millón de dólares. Adicional a fondos de Kingship. Era un aliciente y un voto de confianza.

Su mirada volvió a ella justo cuando empezaba el discurso de Horace Montgomery agradeciendo a donantes, hablando sobre la misión de Kingship. Mencionando el proyecto Eastside específicamente. Gary escuchó a medias. Demasiado consciente de Daphne.

Luego, la música volvió, algo lento, y de pronto Carter pasó detrás y lo empujó.

—Ahora o nunca.

Gary respiró hondo y caminó hacia ella a través del salón. Cada paso se sentía como caminar hacia ejecución. O redención. No estaba seguro cuál. La saludó, la invitó a danzar y si ella dudó, no le dijo que no.

—Está bien. Un baile.

Electricidad al contacto. Gary se estremeció. La guio a la pista y se olvidó de todo. Se enfocó en lo que estaba bien. En la forma en que encajaban y fluían. Como si hubieran bailado juntos mil veces.

La forma en que su perfume se mezclaba con champán y gardenias del jardín visible a través de ventanas.

—Luces hermosa —las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—Gracias. Tú también. El esmoquin te queda bien.

—Lo odio —admitió.

Sonrió. Y Gary sintió algo en su pecho aflojarse.

—¿Entonces por qué viniste?

—Porque te debo disculpa mejor que la que te di. Y porque quería estar aquí. Para ti. Para el proyecto.

Vio sorpresa en sus ojos.

—Gary...

—La exposición —continuó—. Es brillante, Daphne. La forma en que presentaste todo, los testimonios, los datos. Es lo que necesitábamos. Y yo estaba demasiado ocupado sintiendo rabia para ayudar.

—No eras... Estabas apasionado y querías saltar a la defensa de la verdad.

—Aun así. Lo siento. De verdad.

—Lo sé.

La canción terminó. Gary no quería soltarla. Pareció que ella tampoco quería irse. Pero había compromisos esperando al borde de la pista.

Las siguientes dos horas, circuló sin propósito real. Habló con Carter. Con algunos donantes que reconocieron su nombre de exposición. Fingió que pertenecía, pero mayormente observó a Daphne. La forma en que manejaba las entrevistas. Se la veía en control, profesional, pero cercana. A su juicio iluminaba cada espacio donde entraba.

Y Gary supo con certeza absoluta que estaba desarrollando sentimientos hacia ella. Eso era… Era un problema, porque mezclaba ámbitos. Involucrar a su polla en el medio de esto…

No se caga donde se come, decía un desagradable pero certero dicho popular. ¿Por qué cojones no le hacía caso a su yo centrado? *Algunas cosas bien valen la complicación,* consideró*.*

Necesitaba aire fresco. Demasiados pensamientos girando en su cabeza. Salió por al precioso jardín y se internó en él, disfrutando de las fragancias que se mezclaban en el aire. En un espacio semi escondido entre arbustos, bastante privado y tranquilo, se quedó.

Necesitaba un plan. No podía seguir así. Queriendo a Daphne, pero sin hacer nada al respecto. Trabajando con ella, pero fingiendo que solo era profesional.

Necesitaba ser honesto. Con ella. Consigo mismo. Si ella no sentía lo mismo... Bueno. Al menos sabría.

Diez minutos pasaron. Tal vez más. Gary perdió noción del tiempo ahí entre gardenias. Entonces escuchó pasos.

Tacones en la piedra, y ahí estaba ella.

—Hola de nuevo —dijo.

—Hola.

Se miraron. Metros entre ellos que se sentían como un abismo. Daphne tendió el puente al dar el primer paso. Luego otro. Hasta que estaba frente a él.

—No podía quedarme adentro —dijo—. Demasiada gente. Demasiado ruido.

—Yo tampoco.

Hubo un instante de silencio.

—Gary, sobre lo que dijiste. En el baile.

—Cada palabra era verdad —se apresuró a enfatizar—. Fui idiota. Me dejé llevar por la frustración y lo pagué contigo. Lo siento.

Lo siento mucho.

—Lo sé. Acepto tu disculpa.

—¿Sí?

—Sí. Porque entiendo. El proyecto significa tanto para ti que cuando sentiste que estaba siendo atacado, reaccionaste a la defensiva.

—Reaccioné mal. Debí confiar en ti. En tu juicio. En tu estrategia.

—Y yo debí escucharte más. Tu pasión. Tu perspectiva.

Se quedaron en silencio. Pero no era incómodo. Gary carraspeó y se instó a plantear lo que había estado pensando.

—Daphne —Gary dio paso hacia ella—. Necesito confesarte …

—¿Qué? —ella parpadeó, curiosa, encantadora.

—No puedo dejar de pensar en ti. Esa cena fue … Conectamos. La atracción se convirtió … Es mucha. Sé que complica las cosas. Sé que es mala idea. Pero no puedo fingir que solo eres socia de proyecto.

El pecho de ella se abombaba más rápido, y parpadeaba, sus mejillas rojas, sus ojos luces brillantes sobre él.

—Gary...

—Dime que pare. Si no sientes lo mismo, dime y no volveré a mencionarlo.

—No… —interrumpió ella—. Yo… Es obvio que nos atraemos. Demasiado … —susurró.

No terminó, porque Gary cerró distancia, puso sus manos en su rostro.

—¿Puedo besarte?

—Sí.

Sus labios encontraron los de ella. Suave al inicio, abriendo sus labios, que sabían rico, dulce, y eran cálidos. La atrajo con suavidad para poder abrazarla y lograr que su boca poseyera cada milímetro de piel rosa.

Daphne respondió abriéndose para él, sus manos en su pecho, como si al tocarlo se anclara. Gary profundizó el beso. En él

iban su deseo, la atracción irresistible, más años de contención disolviéndose en contacto de labios, lengua y aliento compartido.

Tocó sus mejillas, su cuello, mientras sorbía su sabor y le entregaba el suyo. A champán y promesas. A gardenia y deseo. Gary sentía que se enervaba, que el placer del contacto lo desinhibía, que su polla gritaba con desesperación y su libido despertaba, llevando niebla a su mente, que solo gritaba su nombre y ¡más, más!

La empujó con suavidad contra la pared de ladrillo por la que reptaban enredaderas, y su cuerpo se presionó más contra el de ella, manos en su cabello, su cintura, en cualquier parte que pudiera alcanzar.

Sin despegarse de su boca. Daphne gimió en ella, y ese sonido casi lo destruyó.

—Daphne —murmuró contra sus labios—. Dios.

—No pares —susurró—. Por favor no pares.

No pensaba hacerlo. Estaba como poseído. Su boca bajó por el tendón de su cuello, su lengua jugueteó sobre el hueso de su clavícula, y su pierna la partió al medio para fundirse con ella. Sus dedos subieron y bajaron, acariciando con suavidad por encima de la tela.

Besó su garganta, y hacia abajo, el espacio entre sus senos que el vestido dejaba expuesto. Daphne se aferró a él como si fuera su salvavidas. La excitación crecía, y el olor de gardenias los envolvía y embriagaba.

O era él, que se perdía en el placer y no distinguía más que lo que empezara y terminara en ella.

Lo que logró que no pasaran a mayores y la follara ahí mismo, como un bastardo sin cuidado, fue que escucharon voces acercándose. Se separaron, ambos respirando pesado.

—Eso fue... —Daphne empezó.

—Sí.

—¿Qué hacemos ahora?

Gary acarició su mejilla.

—Voto por ver hacia donde nos lleva esto.

Ella asintió con énfasis, y sonrió. Luego, sus ojos se enfocaron más.

—¿Y el proyecto?

—Mantenemos esto profesional en el trabajo. Pero fuera de eso... Daphne, quiero intentar. Contigo.

—Yo también.

—¿Sí?

—Sí. Pero Gary, tiene que ser secreto. No me gusta la idea, pero … Es importante no crear olas.

Inspiró, pensativo. No le parecía, no estaban haciendo nada malo. Pero… Asintió.

—Hasta que… —ella se cortó—. Veamos adonde nos lleva.

Gary se dijo que tenía que ser paciente. Que él sintiese que entre ambos corrían emociones demasiado profundas para un simple ligue, no significaba que Daphne coincidiera. *Tiempo, necesitamos tiempo.*

—Entiendo.

—Mi familia, la junta, si esto sale mal...

—No va a salir mal —interrumpió—. Pero entiendo. Secreto. Por ahora.

La besó de nuevo. Más suave esta vez. Promesa en lugar de urgencia.

—Deberíamos volver —dijo Daphne con pesar—. Antes de que alguien note que ambos desaparecimos.

—Sí.

— Gary…

—¿Sí?

—Esto... nosotros... no me arrepiento.

—Yo tampoco. Ni un segundo.

Regresaron separados. Daphne primero, arreglándose cabello y labios. Gary cinco minutos después. Nadie pareció notarlo.

Gary estaba que se salía de contento. El proyecto estaba reencauzado, y esa mujer hermosa que flotaba como mariposa en la sala le había dado una oportunidad.

Ese jodido Carter era una bola de sabiduría, joder. O ellos dos eran tan obvios que daban grima. «*Secreto*. *Buena suerte con eso, espero»*. No sabía mentir, ese era un hecho.

***

Llegó a su apartamento pasada la medianoche, su cuerpo tenso como cable a punto de romperse. Había besado a Daphne Montgomery. Le había comido la boca con el hambre de un desesperado, pero la comida no era suficiente.

Ahora que sabía exactamente cómo se sentía tenerla en sus brazos, a qué olía, su suavidad… Joder. Era un subidón que lo tenía en la estratósfera.

Duro, a punto de explotar. Mirarla era excitarse. Claro que la bebida, la situación, el beso, explicaban sus testículos azules.

Nah… Era la mujer. Mierda. Arrojó sus llaves en la mesa, se quitó la chaqueta del esmoquin, aflojó la corbata que se sentía como soga.

Su cuerpo todavía zumbaba. Cada terminación nerviosa despierta. Necesitada. Caminó al baño y abrió la ducha. Dejó correr el agua caliente mientras se desnudaba, quitándose la ropa que olía a perfume de Daphne.

Se metió bajo el chorro. Cerró los ojos. E inmediatamente vio su rostro. La forma en que lo había mirado en esa terraza. Ojos oscuros llenos de deseo que hacía eco del suyo. Labios entreabiertos. Respiración acelerada.

Gary apoyó una mano contra azulejos, dejó que agua caliente golpeara su espalda. Su otra mano se deslizó hacia abajo. Se tocó. Firme. Sin preliminares.

Imaginó que eran sus manos. Daphne arrodillada frente a él en esta ducha, agua cayendo sobre su piel desnuda, mirándolo con esos ojos mientras lo tomaba en su boca.

Gruñó, apretó más fuerte. En su fantasía, ella no era tímida. Sabía lo que hacía. Su lengua trazaba la vena en su longitud. Los labios le envolvían la punta, succionaban, tragaba y se atoraba. ¡Puta hostia!

—Mierda, Daphne.

Su mano se movió más rápido. El agua resbalaba por su cuerpo. Imaginó que era su lengua. Su boca. Sus manos explorando.

Se imaginó empujándola contra estos azulejos, elevándola para poder clavarse en ella. Hundiéndose dentro mientras ella le envolvía las piernas alrededor de su cintura.

¿Cómo se sentiría? ¿Apretada? ¿Caliente? ¿Gritaría su nombre como lo hacía en sus fantasías?

«Gary. Por favor, más fuerte… Más…»

Podía escucharla. Su voz baja con deseo. Suplicando. Necesitándolo tanto como él la necesitaba. Su mano se movió frenética, persiguiendo la liberación que sabía no sería suficiente. Porque no era ella. No era real. Pero era lo único que tenía.

Imaginó verla deshacerse, su cuerpo temblando, los ojos volados en placer. Placer que él le daba. Eso lo empujó al borde. Le vibró todo desde la base de los testículos, por la polla, erupcionando en gruesa liberación blanca y en estertores de sus músculos.

Se vació en su mano con un gruñido que rebotó en azulejos. Luego, se quedó ahí, apoyado contra la pared, respirando pesado mientras el agua lavaba la evidencia, pero no la frustración.

Solo era desahogo momentáneo que hacía crecer sus ganas de la mujer real. De tenerla en sus brazos. De besarla. Resopló, y cerró el grifo. Se secó con movimientos mecánicos, y se metió en cama.

Estaba bien jodido, pensó, y se recostó. Tenía que intentar dormir.

Capítulo 19

Daphne movió el jarrón hacia un costado, luego golpeó cada almohadón en el estar. Luego fue a la ventana de su piso y miró afuera. Estaba ansiosa, y era ridículo porque eran apenas las cinco, y él le había dicho que vendría a las siete.

Gary Superville venía a su apartamento, y lo que lo traía no tenía que ver con el trabajo. Serían solo ellos dos y la conversación que habían estado evitando por semanas. Se removió y suspiró, moviéndose hacia el pasillo, donde se miró en el espejo. «*Estás bien. Cómoda, casual».* Jeans, blusa, zapatillas.

Adoraba un buen vestido, pero no había como la ropa de entrecasa. La duda era si Gary pensaría igual. El contraste entre la Daphne de gala y la de hogar era importante. «*Tiene que ver tu verdadero yo. Además, Daph, Gucci estaría lívido si se enterara de que califícas sus diseños como hogareños».*

Su teléfono vibró.

GARY: *¿No te has arrepentido? Me liberé antes, puedo llegar en media hora.*

Daphne sonrió a pesar de sus nervios.

DAPHNE: *No me arrepentí. Te espero.*

GARY: *Genial.*

Guardó el teléfono. Miró alrededor de su apartamento una vez más. Sala de estar con sofá gris, ventanas grandes que daban al distrito histórico, cocina abierta donde había preparado vino y queso, aunque no estaba segura si Gary bebía vino o...

Mierda. Estaba nerviosa otra vez.

El timbre sonó exacto a las seis y quince, y Daphne se apresuró a abrir. Gary vestía jeans, una camisa azul y chaqueta de cuero. Su cabello estaba alborotado, como si hubiera pasado dedos por él una y otra vez. Solía hacer eso, lo había observado.

Los ojos azul grisáceo la observaron de vuelta, y la sonrisa sexy que desplegó la dejó sin palabras. A eso colaboró también el ramo de flores entre sus manos.

—Hola —dijo él.

—Hola —logró responder, bajito—. Trajiste flores.

—Sí. Bueno, no sabía si debía, pero Carter dijo que es muy buena idea llevar flores a la primera... —se detuvo—. Esto no es cita. ¿O sí lo es? No lo sé. Mierda.

Daphne se rio, encantada con el hombre confuso delante de ella.

—Técnicamente es la segunda, aunque como la primera fue una emboscada de Carter, tomaremos esta como inicio.

—Sí, concuerdo —sonrió.

—¿Son para mí?

—Claro, claro —meneó su cabeza y se las entregó.

—Gracias, Son preciosas.

Hundió su nariz en ellas y aspiró.

— ¿Puedo entrar o vamos a quedarnos en el pasillo toda la noche?

—Entra —Daphne se hizo a un lado.

Gary ingresó y miró alrededor con esos ojos que notaban detalles. Ella lo vio tomar nota del ambiente, las fotos en las paredes, los libros en estanterías. El piano de cola en la esquina que tocaba cuando necesitaba pensar.

—Elegante, sólido estructuralmente, diseño hermoso —dijo —. Te queda.

—¿Qué quieres decir?

—Te representa.

Calor subió por su cuello.

—Gracias. Solo un arquitecto puede decir eso.

—Ey, los edificios tienen alma, y cómo los decoramos, habla de nosotros.

—Okay, ya entendí. Déjame poner las flores en agua.

Tomó el ramo, caminó a la cocina. Gary la siguió, se apoyó contra el mostrador mientras ella buscaba florero.

—¿Quieres vino? —preguntó Daphne—. Tengo tinto y blanco. O cerveza. O whisky. O...

—Daphne.

Ella se detuvo, florero en mano.

—¿Sí?

—Estás nerviosa.

—No estoy...

—Estás nerviosa —repitió con suavidad—. Está bien. Yo también lo estoy. Porque esto... —señaló entre ellos— es importante. Y no quiero cagarla.

Daphne dejó el florero en el mostrador.

—Yo tampoco.

—Entonces tal vez deberíamos empezar siendo honestos.

—¿Honestos sobre qué?

Gary dio paso hacia ella.

—Sobre esto. Sobre lo que sentimos. Sobre lo que queremos.

El corazón de Daphne latió más rápido.

—Está bien.

—Bien —Gary tomó otro paso—. Entonces déjame empezar. Daphne Montgomery, no he podido dejar de pensar en ti desde el día que te conocí.

—Estamos iguales —susurró.

—Me haces querer cosas.

—¿Qué cosas?

—Esto —cerró la distancia, puso sus manos en su cintura, la atrajo, y la besó como si pretendiera marcarle los labios con su boca.

Daphne se colgó de su cuello y le devolvió el beso con igual pasión, permitiendo que la lengua masculina abriera sus labios y jugara con la suya, incitándose.

Le robaba aire, pero no importaba, porque sus sentidos se embriagaban con su cercanía, la tibieza de su aliento, con su perfume.

Con pesar, puso sus manos en su pecho, sintió su corazón latiendo tan rápido como el suyo. Pero necesitaban hablar.

—Gary, tenemos que ser claros. Estamos en una posición...

—Complicada, sí. El proyecto. Tu fundación. Mi trabajo... Pero esto es distinto. Un espacio solo para nosotros, sin apellidos, sin conflictos u obligaciones. Tú y yo.

—Lo sé. Esta atracción …

—Es más —interrumpió—. Para mí lo es. Lo siento cada vez que te miro. Cada vez que discutimos sobre diseños o estrategia o cualquier cosa. No es solo atracción, Daphne. Es... conexión.

—Creo que sí —susurró ella.

Los ojos de Gary se oscurecieron, y sus manos vagabundearon por su espalda y se posaron en su cintura, envolviéndola.

—¿Sí?

—Sí.

—Entonces dime qué quieres. Ahora. En este momento.

Daphne no vaciló.

—Quiero que me beses.

Gary sonrió, lento y prometedor.

—Con gusto.

El beso no fue gentil ni tentativo. No tanteó, no probó, no exploró. Fue fuego. Sus labios la capturaron la boca con urgencia que le robó aliento. Sus manos se movieron de su cintura a su espalda, atrayéndola contra él.

Daphne se aferró a sus hombros, se paró en puntillas, abrió su boca bajo la suya. Y Gary profundizó el beso. Lengua rozando la suya. Dientes capturando su labio inferior. Manos explorando cada curva que parecieron envolverla, su cuerpo presionando contra el suyo de maneras que hacían imposible pensar.

Pausa.

—He querido hacer esto desde hace un tiempo. Desde que, todo arrogante, me explicaste lo que de verdad es el desarrollo sostenible.

—Estabas siendo apasionado.

—Estabas siendo imposible —Daphne tiró de su camisa, lo acercó más—. Y sexy. Muy, muy sexy.

Gary gruñó, la besó de nuevo. Más profundo. Más urgente. Las manos de Daphne encontraron el dobladillo de su camisa, se

deslizaron debajo para tocar piel cálida y músculo sólido. Gary se estremeció bajo su toque.

—Daphne —su voz era ronca—. Si no paramos ahora...

—¿Qué? —ella lo desafió—. ¿Qué va a pasar?

—No voy a poder después.

—No quiero que pares.

Gary se apartó apenas, lo suficiente para mirarla a los ojos. Había pasión tan cruda en ellos, tanto deseo… Daphne se estremeció, pero no se acobardó.

Sus manos encontraron su camisa y tiraron. Varios botones saltaron.

—Mierda —Gary se rio contra sus labios—. Esa era mi camisa favorita.

—Cómprate otra.

No era así como solía proceder, pero él la ponía… Salvaje. Con ganas de fundirse contra él, de reclamarle el cuerpo y las sensaciones que fantaseaba. Sus manos exploraron su pecho, los dedos trazando músculos que temblaban bajo su toque.

—Dios —susurró—. Gary, eres...

—¿Qué?

—Sexy.

—No lo soy.

—Para mí, sí.

Gary gruñó, la levantó. Daphne envolvió sus piernas alrededor de su cintura mientras la llevaba a la cama. La dejó caer suave, su cuerpo cubriendo el suyo.

—Tu turno —murmuró, dedos encontrando el dobladillo de su blusa.

Daphne levantó los brazos. Gary la quitó despacio, revelando piel pálida y sostén de encaje negro que hizo que su boca se secara.

—Daphne —su voz era ronca—. Eres... ¡Joder!

—Elocuente.

—¿Quieres elocuencia?

Su rostro tomó un tinte pícaro, y se recostó a ella, rozándola con su miembro duro, lento, haciéndole notar que estaba bien dotado. No dejó de besarle el cuello, justo en el hueco en su

garganta donde su pulso latía feroz. En el espacio entre sus senos. El estómago que se tensaba bajo sus labios.

Daphne arqueó bajo él, dedos en su cabello, tirando hasta que dolía perfecto.

—Gary. Por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Más. Te necesito... más.

Sus manos encontraron el cierre de sus jeans, y se incorporó para lidiar con ellos, despacio, arrastrándolos abajo con las bragas. Y entonces ella estaba desnuda debajo de él, excepto el sostén.

Gary se sentó sobre sus talones, solo mirando.

—Eres obra de arte —susurró.

Daphne se sonrojó, movimiento para cubrirse.

—No —Gary capturó sus manos—. No te escondas. No de mí.

—Es solo... nadie me ha mirado así antes.

—¿Cómo?

—Como si fuera... preciosa.

—Eres más que preciosa. Eres perfecta.

Se inclinó, besó entre sus senos, sus manos encontrando el cierre del sostén en su espalda. Lo quitó, la dejó expuesta, y su boca fue a un seno, la lengua trazando el pezón hasta que Daphne gemía su nombre.

—Gary. Dios. Eso...

—Dime qué te gusta —murmuró contra su piel—. Quiero saber todo. Cada cosa que te hace sentir bien.

—Eso. Eso me gusta.

Su boca se movió al otro pecho. Sus manos explorando curvas, valles, cada centímetro de piel que podía alcanzar.

Daphne se retorció bajo él, su cuerpo arqueando, buscando más contacto.

—Tus jeans —logró decir—. Quítatelos.

Gary obedeció. Se levantó, se quitó lo que quedaba de ropa. Y entonces estaba desnudo, su erección evidente, necesitándola de maneras que lo hacían temblar.

Daphne lo miró con ojos oscurecidos por deseo. Su polla era una promesa de placer.

—Ven aquí.

Se arrodilló entre sus piernas. Sus manos en sus muslos, separándolas más.

—Bella —susurró.

Su boca encontró su estómago, besando camino hacia abajo. Daphne se tensó cuando entendió su intención.

—Gary, no tienes que...

—Quiero —la interrumpió—. Dios, Daphne, he soñado con esto. Con saborearte. Con hacerte mía de todas las formas posibles.

—Yo... oh, Dios.

Porque su boca había encontrado su centro, y la lengua ya exploraba, aprendiendo qué la hacía gemir. Daphne se aferró a las sábanas, sus caderas levantándose contra su boca.

Gary la sostuvo firme, profundizó su exploración, encontró ese punto que la hacía gritar su nombre.

—Gary. No puedo... voy a...

—Déjate ir —murmuró contra su piel—. Quiero sentirte.

Y lo hizo. Daphne se desmoronó en su boca, su cuerpo arqueándose, su nombre en sus labios como oración. Gary se movió para besarla, saboreando su placer en sus labios. Ella tomaba aire como si hubiese corrido una maratón.

—Eso fue... —Daphne respiraba pesado—. Increíble.

—Apenas empezamos.

—¿Tienes...?

—Condones. Sí.

Gary alcanzó sus jeans y sacó el forro, que se colocó sin prisas bajo la atenta mirada de Daphne.

—Ven aquí —dijo ella, brazos extendidos.

Gary se arrodilló entre sus piernas de nuevo.

—Dime si necesitas que vaya más despacio.

—Okay.

Se alineó con su entrada. La miró a los ojos.

—Te deseo —susurró—. He deseado esto, deseado a ti, desde hace tanto tiempo.

—Yo también. Gary, por favor.

Se hundió en ella. Despacio. Dando tiempo para que se ajustara. Él era grueso, largo, y delicioso. La llenó con su miembro. Gloria pura. Daphne jadeó, dedos clavándose en sus hombros.

—¿Estás bien? —preguntó Gary con tensión en cada músculo.

—Sí. Es solo... Dios, Gary. Se siente...

—¿Qué?

—Divino.

Gary comenzó a moverse. Despacio al inicio. Embestidas largas y profundas que la hacían gemir.

—Más rápido —pidió Daphne—. Por favor. Más.

Obedeció. Sus caderas encontrando ritmo que los tenía a ambos jadeando. El sonido de piel contra piel llenando la habitación junto con gemidos y susurros de nombres.

Gary la observó debajo de él. El cabello esparcido en la almohada. Los labios hinchados de besos. Ojos cerrados en placer.

Nunca había visto alguien más hermoso.

—Mírame —pidió—. Daphne, abre los ojos.

Lo hizo, y él vio mucho en sus pupilas. Deseo. Confianza.

—Gary —jadeó—. Estoy cerca.

—Yo también. Ven conmigo. Quiero sentirte.

Su mano se deslizó entre sus cuerpos, encontró ese punto sensible que coronaba la vulva tibia, y lo acarició en círculos mientras seguía moviéndose dentro de ella.

Daphne gritó, y su cuerpo se apretó como una trampa sublime alrededor de su polla, encerrándola y haciéndole sentir el placer como oleadas por cada sitio de su piel.

Ella se corrió de nuevo entonces, y Gary la siguió. Placer explotando por su columna mientras se vaciaba dentro de ella, su nombre en sus labios.

Se colapsó a su lado, ambos respirando pesado, pieles brillantes de sudor. Saciados.

Minutos más tarde, cuando se sintió con fuerzas, Daphne fue a la cocina y trajo la bandeja que había preparado con queso, fiambres, galletitas y panes, además del vino.

Comieron en la cama, riendo, disfrutando, robándose detalles de sus vidas y mirándose con arrobado interés.

A las 11, cuando ambos bostezaban, Gary dijo que se iría y la dejaría descansar. Daphne se levantó y caminó con él a la puerta. Se besaron, negándose a la separación por unos minutos.

—¿Cuándo te veo de nuevo? —preguntó.

—Tenemos reunión de proyecto el martes.

—Eso es trabajo.

—Cierto —Gary sonrió—. ¿Qué tal cena el miércoles? Un sitio distinto al que tu familia o amigos concurre.

—Eso sería todos los restaurantes fuera del distrito histórico.

—Conozco un lugar en Southside. Buena comida. Cero posibilidad de encontrar a un Montgomery, o alguien de su círculo.

—Suena como un gran plan.

En la puerta, Gary la besó una vez más. Largo. Profundo. Promesa de más.

—Buenas noches, Daphne.

—Buenas noches, Gary.

Lo observó irse, esperó hasta que desapareció en el ascensor antes de cerrar la puerta. Luego se dejó caer contra ella, sonriendo como una idiota.

Estaba sucediendo. La intimidad con él era… Explosiva. En todo sentido: la sexual, la casual.

Su teléfono vibró. Mensaje de Gary.

GARY: *Llegué al auto. Ya te extraño.*

DAPHNE: *Dramático*.

GARY: *Solo honesto. Dulces sueños, Daphne Montgomery.*

DAPHNE: *Dulces sueños, Gary Superville.*

Daphne se fue a la cama esa noche con una enorme sonrisa en su rostro y mariposas en su estómago, y tal vez soñó con arquitectos guapos y sexo de otro planeta.

Capítulo 20

Gary llegó silbando a la oficina el lunes por la mañana. Lo cual era ridículo. Gary Superville no silbaba. Nunca había silbado. Ni siquiera sabía que sabía cómo silbar. Pero aquí estaba. Silbando. Con café en la mano y sonrisa estúpida en su rostro.

Porque había pasado la noche del domingo en el apartamento de Daphne Montgomery. Besándola. Hablando con ella. Haciéndole el amor y corriéndose como nunca. Literalmente.

—Buenos días —saludó a la recepcionista, quien lo miró con sorpresa evidente.

—Buenos... Buenos días, señor Superville.

Siguió a su oficina, dejó su chaqueta, revisó emails. Nada urgente. Algunas actualizaciones de contratistas. Confirmación de entrega de materiales para la semana siguiente. Todo estaba en camino. Sesenta familias conseguirían hogares. Y él... Él tenía a Daphne.

Bueno, algo así. Era una relación en secreto. Pero la tenía. Bastaba. Joder, vaya que sí. Su teléfono vibró. Mensaje de ella.

DAPHNE: *Buenos días. ¿Dormiste bien?*

GARY: *Mejor de lo que he dormido en semanas. ¿Tú?*

DAPHNE: *Igual. Aunque tal vez fue por el vino.*

GARY: *O tal vez fue por la compañía. (Emoticón de ceja levantada)*

DAPHNE: *Tal vez. (Emoticón de guiño)*

GARY: *Nos vemos el miércoles*

DAPHNE: *Ya estoy contando las horas.*

Gary sonrió al teléfono como un adolescente entusiasta.

—¿Buenas noticias? —la voz de Carter desde la puerta lo hizo saltar.

—Mierda. ¡Golpea antes de entrar!

—Golpeé. Estabas muy ocupado sonriendo a tu teléfono para escuchar —Carter entró y cerró la puerta—. Entonces. ¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué?

—Tu noche con Daphne. No finjas. Te conozco. Ese es tu rostro de bien follado. No creas, me cuesta identificarlo. Hace años…

Gary resopló.

—Cállate.

—Deduzco que fue la puta hostia—Carter se rio—. Gary, estás radiante. Esa piel, ese brillo …—ironizó, y Gary sacudió la cabeza.

—¡Idiota! Crece, por favor.

—Okay, no tendré los detalles jugosos. Dime, ¿estás feliz?

Su amigo lo miraba con seriedad, y asintió. Esta versión de Carter era la que los había vuelto amigos. El millonario playboy se preocupaba de verdad por su entorno.

—Sí.

Carter se sentó.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Van a hacer esto oficial?

Gary sacudió la cabeza.

—Vamos despacio. Manteniéndolo privado mientras descubrimos qué es.

—Inteligente. Sobre todo, con el proyecto a punto de comenzar. Menos complicaciones.

—Exacto.

—Pero Gary —Carter se puso serio—. ¿Estás seguro de esto? Porque si sale mal...

—Lo sé. Podría complicar el proyecto. Podría hacer el trabajo juntos imposible.

—No te estoy diciendo que no lo hagas. Solo... ten cuidado.

—Lo tendré.

Carter asintió, se levantó.

—Bien. Tu vida amorosa está resuelta; ¿podemos hablar de trabajo real?

—¿Qué pasa?

—Nos citaron a una reunión con un inspector de construcción. A las dos. Quiere revisar planos finales antes de aprobar permisos.

Arrugó el ceño, alerta.

—Pero… Ya estaban aprobados.

—Quiere una revisión final. Dice que es el procedimiento estándar en Georgia.

—Está bien. Estaré ahí.

Carter salió. Gary volvió a su trabajo. Las siguientes horas pasaron en neblina productiva. Emails. Llamadas. Revisión de especificaciones. Todo rutina.

A las dos, Gary y Carter se reunieron con el inspector en el sitio de construcción. Y ahí fue cuando el día cambió de comenzó a desmoronarse.

El inspector, un hombre mayor llamado Henderson, revisó los planos con atención dolorosa.

—Hay un problema importante —dijo al fin.

Gary sintió su estómago hundirse, y Carter frunció el ceño.

—¿Qué tipo de problema?

—Estos permisos están aprobados para sesenta unidades. Pero según nuevas regulaciones de zonificación aprobadas la semana pasada, este lote solo califica para cincuenta.

—¿Qué? —Gary tomó los papeles—. ¿Qué nuevas regulaciones?

—El consejo de la ciudad votó los cambios el jueves. Redefinieron la densidad residencial para esta zona.

—El jueves —Carter intervino—. Eso fue hace cuatro días. ¿Cómo se supone que supiéramos?

—Se publicó en la página web de ciudad. Es responsabilidad de ustedes mantenerse informados.

Gary sintió la furia subirle como bilis. .

—Esto es basura. Esos permisos fueron aprobados hace dos meses —dijo Carter—. No pueden cambiar las reglas a mitad de camino.

—No estoy cambiando las reglas —Henderson se encogió de hombros—. Solo aplicando las nuevas. Si quieren continuar con

sesenta unidades, necesitan solicitar excepción. Lo cual toma...

—Déjame adivinar —Gary interrumpió—. Seis a ocho semanas.

—Seis mínimo. Tal vez más si hay objeciones.

—Por supuesto que habrá objeciones —murmuró Gary—. Whitmore se asegurará de eso.

Henderson levantó una ceja.

—No sé a qué se refiere.

—Sí lo sabe —Gary dio un paso hacia él—. Esto es un ataque coordinado. Whitmore Development no quiere que este proyecto suceda así que están usando cada truco político...

—Gary —Carter puso mano en su hombro—. Eso no ayuda.

Gary respiró hondo. Carter tenía razón. Explotar con este inspector no cambiaría nada.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó Gary con voz controlada.

—Solicitan una excepción. O reducen a cincuenta unidades.

—Reducir significa diez familias sin hogar.

—Eso está fuera de mi control.

—Claro que lo está.

Henderson cerró su portapapeles.

—Tienen dos semanas para decidir. Después de eso, los permisos actuales expiran y tendrán que empezar de nuevo.

Se fue antes de que pudieran responder. Gary miró a Carter.

—Whitmore hizo esto.

—Probablemente.

—Es sabotaje.

—Eso parece —dijo, calmo, pero Gary lo conocía.

Estaba furioso, pero intentaba calmarse para pensar.

—¿Y qué hacemos?

Carter suspiró.

—Llamamos a Daphne. Esto afecta al financiamiento de Kingship tanto como a nosotros.

Gary sacó su teléfono, marcó. Daphne contestó al segundo tono.

—Hey. No esperaba tu llamada hasta...

—Tenemos una situación —interrumpió Gary—. Grande.

Su tono cambió de inmediato.

—¿Qué pasó?

—Cambios de zonificación. Nuevas regulaciones. Solo podemos construir cincuenta unidades en lugar de sesenta.

Silencio al otro lado. Luego:

—¿Cuándo pasó esto?

—La semana pasada. El inspector dice que tenemos dos semanas para solicitar excepción o reducir proyecto.

—Whitmore —dijo Daphne con certeza—. Está detrás de esto.

—Lo sé. Pero no puedo probarlo.

—No necesitas probarlo. Solo necesitamos decidir qué hacer.

—Por eso llamo. Necesitamos reunirnos. Hoy si es posible.

—Dame una hora. Nos vemos en mi oficina.

—Ahí estaré.

Colgó. Miró a Carter.

—Vamos.

La hora hasta la reunión fue tortura. Gary no podía quedarse quieto. Caminaba. Revisaba planos. Calculaba números. Diez familias. Diez familias que no conseguirían hogares si reducían el proyecto.

O seis a ocho semanas de retraso si solicitaban excepción. Lo cual significaba costos adicionales, sin garantías. Más tiempo para que Whitmore lanzara más ataques. No había opción buena.

A las cuatro, Gary y Carter llegaron a las oficinas de Kingship. Daphne los esperaba en sala de conferencias con Augusta Beaumont y Harrison.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Daphne, profesional—. Gary, explícales lo que pasó.

Gary repitió la historia. Harrison escuchó con atención, tomando notas.

—¿Qué probabilidad hay de conseguir excepción?

—Difícil decir —respondió Carter—. Normalmente sería rutina. Pero con Whitmore presionando un contra proyecto, cosa que no dudo…

—Dirán que es para preservar el carácter del vecindario —terminó Augusta con tono amargo—. Lo he visto antes.

—Entonces, ¿qué recomiendan? —preguntó Harrison.

Gary miró a Daphne. Sus ojos se encontraron a través de mesa. Por un segundo, todo lo demás desapareció. La reunión. La familia. El problema. Solo ellos. Y la conexión que ahora sabía era real.

Pero luego ambos desviaron la mirada, de vuelta a modo profesional.

—Creo que solicitamos excepción —dijo ella—. Diez familias es mucho. No podemos rendirnos.

—Pero el retraso... —empezó Harrison.

—Vale la pena. Si esto se trata de ayudar gente, entonces ayudamos.

Esta era la Daphne que lo había hecho enamorarse. La que luchaba por lo correcto incluso cuando era difícil.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Solicitamos excepción.

—El costo adicional será sustancial —advirtió Harrison—. Seis a ocho semanas de retraso, más honorarios legales...

—Lo manejamos —Daphne lo interrumpió—. Kingship tiene fondos. Y si necesitamos más, busco donantes adicionales.

—La junta va a cuestionar esto —dijo Augusta con suavidad.

—Que cuestionen. Esta es la decisión correcta.

Harrison miró entre Daphne y Gary con expresión pensativa.

—Está bien. Soliciten excepción. Pero Gary, necesito proyecciones de costos actualizadas para fin de semana.

—Las tendrás.

—Daphne, necesitas informar de esto.

—Lo sé. Estaré lista.

La reunión se disolvió. Augusta y Harrison salieron primero. Carter le dio a Gary mirada significativa antes de seguirlos y dejarlos solos.

—Entonces —dijo Daphne—. Nuestro primer desafío como... lo que sea que somos.

—Sí —Gary caminó hacia ella—. ¿Cómo lo manejamos?

—Profesional. Como acabamos de hacer.

—Fue más difícil de lo que esperaba.

—¿Por qué?

—Porque todo lo que quería hacer era cruzar esa mesa y besarte.

Daphne sonrió a pesar de la tensión.

—Gary, estamos en mi oficina. Mi familia podría volver en cualquier momento.

—Lo sé. Por eso no lo hice.

—Bien.

—Pero mereces saber qué fue lo que quería.

Daphne se acercó, rozó sus dedos con los suyos. Rápido. Privado.

—Yo también. Pero tenías razón. Tenemos que separar esto —señaló entre ellos— de esto —señaló los planos en la mesa.

—Tienes razón.

—Usualmente la tengo —bromeó.

Gary capturó su mano, la apretó.

—Vamos a manejarlo. Conseguiremos la excepción. Construiremos las sesenta unidades.

—Lo sé. Solo... odio que Whitmore siga empujando y que parece que gana cada vez.

—No está ganando. Está haciendo esto más difícil, pero al final, vamos a construir algo hermoso.

Daphne lo miró con ojos que brillaban con más que determinación profesional.

—¿Todavía estamos para el miércoles?

—No me lo perdería.

***

Megan notó el cambio en Gary el lunes por la mañana. Estaba sonriente. Nunca sonreía tan temprano, antes del café y menos si había mucho que hacer, Siempre llegaba enfocado.

—Buenos días —dijo al pasar por su escritorio, distraído.

—Buenos días —respondió ella, observándolo desaparecer en su oficina.

Algo había cambiado. Algo grande. Megan tenía la sospecha fea de qué era. O más bien, quién era.

Eso la desconcentró. Parte de su atención estaba en oficina de Gary, que revisaba su teléfono cada diez minutos y sonreía a la pantalla como un gilipollas.

Cuando Carter entró y cerró la puerta, Megan se acercó. No tanto como para que fuera obvio, pero suficiente para escuchar fragmentos de conversación a través de paredes delgadas.

«Tu noche con Daphne…»

« La puta hostia»

Por supuesto. Por supuesto era ella, como intuyó. Apretó sus dientes contra su labio y mordió, feroz. No era suficiente que la heredera perfecta tuviera el dinero del mundo, también tenía a Gary.

Megan volvió a su escritorio. No era justo. Ella había trabajado a su lado por años. Había estado ahí en cada proyecto. Había escuchado sus problemas. Había sido leal.

¿Y qué conseguía? Nada. Él ni siquiera la veía, no realmente. Su frustración y rabia crecieron, y solo la novedad de una nueva inspección la quitó de la calesita en su cabeza.

A las dos, cuando Gary salió con Carter para la reunión con el inspector, Megan sacó su teléfono, decidida.

MEGAN: *Hay cambios por aquí.*

La respuesta llegó en minutos. Megan sonrió. Al menos este millonario entendía su importancia, no la hacía esperar. La escuchaba.

PRESTON: *Buenos días, Megan*. *¿Qué tipo de cambios?*

Se sintió avergonzada por el saludo. Estaba perdiendo los modales. Suspiró, pensó un momento más, pero redobló la apuesta. Ya verían. Sus dedos volaron en el móvil.

MEGAN: *Creo que Gary Superville y Daphne Montgomery están involucrados. Románticamente.*

PRESTON: *¿Estás segura?*

MEGAN: *90%. El cambio en su comportamiento es obvio. Y escuché conversación con Carter esta mañana.*

PRESTON: *Interesante. Muy interesante. ¿Puedes probarlo?*

MEGAN: *No. Pero si están juntos, eventualmente cometerán un error.*

Con la idiotez de Gary, que parecía un niñato, era previsible. Pero ella no iba a hacer más que esto. Era más que suficiente.

PRESTON: *Bien. Sigue observando.*

MEGAN: *Claro*.

Megan guardó su teléfono, sintiendo la mezcla extraña de satisfacción y culpa. Satisfacción porque tenía algo que podía usar a su favor. Culpa porque sabía que lo que estaba haciendo era traición.

Entonces la distrajo la charla agitada entre Carter y Gary, que salieron detrás del inspector con caras largas.

Un rato más tarde se acercó a Gary y supo lo que ocurría. Bien, eso daría qué hablar y resolver. Era de esperar que estos tórtolos trabajaran en vez de follar, pensó con veneno. A eso fueron a Kingship él y Carter más tarde. Era escéptica al respecto.

A las cinco, Megan empacó sus cosas. Gary todavía no regresaba de Kingship. Probablemente estaba con ella. Con Daphne.

Su teléfono vibró en luz roja. Mensaje de Preston.

PRESTON: *¿Reacciones a la visita del inspector?*

Ah, sabía. Así que estaba detrás de esto. Joder, este proyecto era una bomba por explotar. Había elegido bien el bando, al parecer, aunque su decisión fuera impulsada por la ira.

MEGAN: *Preocupación. Corrieron a reunirse con los ejecutivos de Kingship. No sé más.*

Megan condujo de vuelta a su apartamento, tratando de no pensar en la línea que estaba cruzando. Tratando de no pensar en que lo que estaba haciendo podría destruir el proyecto más caro de Thorton y Gary. Tratando de no considerar las familias que perderían sus hogares si Preston ganaba.

¿Quién piensa en mí? Esa gente tendrá otras oportunidades. Puedo sugerir que relocalicen el proyecto en otro sitio. Es alternativo, pero resolvería el problema. Ya veremos.

Capítulo 21

—¿A dónde vamos? —preguntó Daphne mientras Gary manejaba hacia lado este de Savannah.

—Ya verás.

—Eso no es respuesta.

—Es sorpresa —Gary sonrió sin apartar ojos del camino—. Confía en mí.

Okay. Se relajó en el asiento. Miró adelante, y luego a Gary. Este miércoles había demorado en llegar. Trabajo a tope, preocupaciones, y muchas ganas de estar con él, otra vez. Pero aquí estaban.

Gary se rio. Un sonido bajo que Daphne sentía en su propio pecho.

—No sé qué estás pensando, pero no es nada cuestionable. Solo diferente.

Diferente era una palabra suave para definir el sitio, porque cuando Gary estacionó frente al edificio de ladrillo con letras pintadas a mano que decían *The Grey Market*, Daphne supo que estaban muy lejos de su territorio usual.

No había valet. No había anfitrión con traje. No había manteles de lino. Había mesas de madera compartidas. Luces de cadena colgando del techo. Menú escrito en pizarra. Y docenas de personas mezclándose, riendo, comiendo de bandejas de metal.

—Gary —Daphne se giró hacia él—. ¿Qué es este lugar?

—El mejor secreto de Savannah —respondió—. Comida increíble. Cero pretensiones. Exacto lo que necesitamos esta noche.

Suspiró. Al menos se había vestido informal. Se mimetizaría. Se quitó la pulsera y el reloj, que guardó en la bolsa. Parpadeó, y decidió que la dejaría en el coche.

—¿Tú invitas? No quiero aparecer ahí con esta … —señaló la Hermes—. ¿Estoy bien?

—Estás perfecta, mi invitada especial —Gary guiñó el ojo, salió del auto, y fingió correr para abrirle la puerta—. Vamos. Prometo que te va a gustar.

Adentro era caos organizado. Barra larga con cerveza artesanal de barril. Estaciones de comida que eran una fusión de olores: tacos, barbacoa, mariscos, pizza.

Gente ordenando en ventanillas diferentes y cargando bandejas a mesas donde se sentaban con extraños. Daphne nunca había estado en lugar así.

Le encantó la vibra. Se sentía distendida, sin necesidad de mantener una imagen.

—Relájate —murmuró Gary en su oído—. Solo es comida. Solo es gente. Nada va a morderte.

—No estoy nerviosa.

—Estás jugando con tu collar. Haces eso cuando estás nerviosa.

Daphne bajó mano. Él tenía razón.

—¿Qué quieres comer? —preguntó Gary.

—No sé. ¿Qué recomiendas?

—Los tacos de pescado son increíbles. Las costillas también. Pero si eres mujer de pizza, te sigo.

—Tú eliges.

Gary estudió su rostro.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces espérame aquí.

Desapareció en multitud. Daphne se quedó parada junto a mesa de madera donde dos parejas jóvenes compartían pizza y cerveza. Hablando fuerte. Riendo. Una de las mujeres la miró.

—¿Primera vez aquí?

—¿Se nota tanto?

—Solo un poco —sonrió—. Pero vas a amar la comida. ¿Qué ordenaste?

—Mi... —Daphne se detuvo— Mi novio está ordenando.

La palabra se sintió extraña. Nueva. Pero también... correcta.

—Bien, no tiene manera de errar. Todo aquí es bueno.

Gary regresó con bandeja llena. Tacos de pescado. Costillas con salsa que goteaba. Papas fritas gruesas. Dos cervezas artesanales en jarras.

—Siéntate —señaló espacio en mesa compartida.

Daphne se sentó. Junto a una pareja que no conocía, frente a un grupo de amigos celebrando un cumpleaños. Su tensión se disipó cuando se percató de que no la reconocían o, si alguien lo hacía, no era relevante.

¿Por qué lo sería, después de todo? La gente estaba en la suya, divirtiéndose, pasándola bien.

—Prueba esto —Gary empujó un taco hacia ella—. Pescado del día con salsa de mango.

Daphne lo levantó, mordió y los sabores explotaron en su boca. Mango dulce, cilantro, lima, pescado fresco…

—Oh Dios —murmuró con boca llena—. Esto es...

—¿Bueno?

—Increíble.

Gary sonrió.

—Te lo dije.

Comieron. Hablaron. Rieron cuando Daphne derramó cerveza, cuando Gary robó papas fritas de su plato y ella robó costilla del suyo. Eran dos adultos disfrutando. Una pareja en una cita normal.

—Entonces —dijo Gary después de un rato—. ¿Noticias sobre las regulaciones?

Daphne suspiró. El proyecto. Las regulaciones de zonificación. Los permisos que necesitaban renovar. Todo el estrés que había llenado la última semana.

—Mi hermano Beau está trabajando sus contactos en el consejo —respondió—. Y Augusta habló con el concejal Chen. Cree que podemos conseguir una extensión.

—¿Cuánto tiempo tomará eso?

—Dos semanas. Tal vez tres.

Gary asintió. Serio.

—Podemos trabajar con eso. Tengo un amigo en Detroit quien pasó por algo similar. Voy a llamarlo mañana. Veré qué estrategia usaron.

—Gary.

—¿Sí?

—Dejémoslo —dijo Daphne con suavidad—. Por esta noche. Solo... dejemos el trabajo fuera.

El rostro de Gary se suavizó.

—Perdona. Soy un cateto. Te traigo aquí, estás bella, alegre, y me pongo intenso.

—No, no es eso —apretó su mano sobre la mesa y le sonrió con dulzura—. Es natural que lo comentemos, pero esta noche... —miró alrededor, este lugar tan vibrante — solo quiero estar aquí. Contigo. Sin preocupaciones.

Gary tomó su mano a través de mesa. Pulgar rozando sus nudillos.

—Okay. Sin trabajo.

—Sin trabajo.

—¿Entonces de qué hablamos?

—No sé —Daphne sonrió—. ¿Cosas normales? ¿Como gente normal?

—¿Gente normal? —Gary fingió pensar—. ¿Qué hacen ellos? ¿Hablan sobre el clima?

—Hace calor.

—Mucho calor.

—La humedad, horrible.

—Típico de Savannah.

Se miraron. Y estallaron en risas.

La pareja al lado los miró con diversión.

—Ustedes son lindos —dijo mujer—. ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Unas semanas —respondió Gary.

—Oh, esta es la mejor etapa, la de luna de miel. Disfrútenla.

Semanas. Sonaba tan corto. Pero se sentía como más. Como si hubieran estado construyendo esto desde la primera reunión.

—Cuéntame algo —dijo Daphne cuando estuvieron solos de nuevo—. Algo que no sepa.

—¿Como qué?

—No sé. Algo... real. Sobre ti. Tu infancia. Tus sueños.

Gary bebió de su cerveza. Pensando.

—Cuando tenía quince miré cómo demolían un edificio en Detroit. Su estructura era clásica, había sido hermoso una vez. Pero estaba abandonado. Ventanas rotas. Grafitis. Símbolo de todo mal en la ciudad. Mientras lo miraba caer, recuerdo pensar «alguien diseñó esto. Alguien lo soñó. Lo dibujó. Lo construyó. Y ahora está siendo destruido». Quería construir casas decentes, edificios que importaran. Que duraran. Que hicieran diferencia.

—Así que construyes para honrar a tu madre, para desafiar al tiempo y hacer la diferencia. Eastside es la suma de todo eso.

—Sí. Eastside, y otros proyectos. Hay mucho por hacer en Georgia.

—Lo harás —dijo ella con convicción—. Eres brillante, Gary. Apasionado. Y... —se detuvo— estoy cayendo por ti sin remedio.

Gary se quedó inmóvil. Ojos fijos en los de ella.

—¿Qué?

—Tú —Daphne sintió calor subir por su cuello, pero continuó —. Esto. Nosotros. Estoy cayendo. No puedo parar.

—Bien —voz de Gary era ronca—. Porque me pasa igual.

Se miraron a través de mesa de madera áspera. En el medio del ruido, de las chanzas, rodeados de olores, los ojos los unían y expresaban las emociones que crecían en ellos.

—Terminemos de comer —dijo Gary al fin—. Porque necesito besarte. Y no puedo hacerlo aquí sin causar escena.

Daphne se rio a pesar de sí misma.

—¿A dónde?

—Ya verás.

Gary guio a Daphne fuera del restaurante. A través de callejón lateral y hacia el parque pequeño escondido detrás de edificios. Era una zona verde con árboles viejos y bancas de madera perfectas para mirar el cielo nocturno, porque las luces eran escasas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Daphne mirando alrededor.

—Mi secreto —Gary la llevó hacia centro—. Lo encontré el primer mes en Savannah. Cuando necesitaba calma.

—Es hermoso. No había venido antes.

—Sí.

Caminaron en silencio, con las manos tomadas, disfrutando del aire nocturno todavía cálido, pero menos sofocante que durante el día. Gary la observó. Cómo miraba las estrellas., apreciativa, señalando, extasiándose con los satélites que cruzaban de lado a lado, cortesía de Elon.

Sonreía sin guardias. Era ella sin máscaras ni paredes, sin pretensiones. La versión más libre de sí misma. No podía quitarle la vista de encima. Adoraba verla así, aunque…

Estaba enamorándose de cada versión.

—Gary —dijo ella de repente—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué me trajiste aquí? A este restaurante. A este parque. ¿Querías ver si lo toleraba?

Gary se detuvo. Se giró para mirarla de frente.

—Porque quería que vieras mi mundo. No la versión pulida de él. Lo real. Los lugares donde como, por los que camino. Donde pienso.

—¿Para ver si encajo?

—No —Gary puso sus manos en su rostro—. Sé que sí. Pero… creo que necesitas un descanso. Es bueno ser anónimo, que te miren sin expectativas.

—Sí, la verdad es que sí lo es. Un alivio.

—Y eres más hermosa así —susurró—. Riendo fuerte. Derramando cerveza. Robando mis papas fritas. Sin preocuparte por quién está mirando.

—Me siento libre —admitió ella—. Por primera vez en…. no sé cuánto. Solo yo. No Montgomery. No directora. Solo una mujer cenando con el hombre que...

Se detuvo.

—Que, ¿qué?

—Que me gusta a rabiar —terminó—. Gary, creo que me estoy enamorando…

Las palabras sonaron fuerte a pesar de que fueron susurros. Sonaron en sus oídos como melodía perfecta. Aterradora, porque también eran frágiles.

—Yo también —dijo—. Estoy pensando en ti el día entero. Te sueño, te fantaseo.

—Da miedo, ¿o no? Es tan rápido —dijo.

—Lo es. Pero… Se siente justo.

—Sí.

Gary la abrazó y la sostuvo contra su pecho. Cabía tan bien ahí, como si el sitio fuera suyo. Sonrió, y besó su cabeza, acariciando su cabello.

—Espera —dijo apartándose—. Te falta algo.

—¿Qué?

Caminó hacia un arbusto de gardenias a unos metros, y eligió la más perfecta. Miró a todos lados, y tironeó.

—Gary, no deberías...

—Es una flor. El parque sobrevivirá.

Regresó. Se paró frente a ella. Con cuidado, puso la gardenia detrás de su oreja.

—Ahí —dijo con satisfacción—. Sabía que te quedaría bellísima.

Daphne sintió la suavidad de pétalos contra la piel de su oreja, y el olor dulce llenó sus narinas. Gary, este hombre que robaba flores de parques públicos, que la llevaba a restaurantes con mesas compartidas, que veía una versión de ella que nadie más veía, era un romántico, y ella estaba enamorada.

—¿Así es tu mundo? —preguntó ella—. ¿Lugares escondidos y flores robadas?

—Una parte de él. ¿Te gusta?

—Me encanta —respondió honesta—. Puedo ser ambas versiones. Montgomery cuando necesito serlo. Y solo Daphne cuando quiero serlo.

—Puedes ser quien quieras —Gary la atrajo más cerca—. Conmigo.

La besó con suavidad y por un instante el tiempo se congeló, mirándose.

—Deberíamos irnos —murmuró Gary contra sus labios—. Antes de que me arresten por robar flora del parque.

—Probablemente.

Pero ninguno se movió por un buen rato. Daphne quería que este momento se perpetuara. Era uno no planeado, imperfecto desde la óptica de su crianza, pero era de los más dulces que recordara.

—Me pregunto qué sorpresa tendré el próximo miércoles —susurró sobre sus labios.

Gary sonrió.

—Señorita Montgomery, es usted codiciosa.

—Lo soy.

—Desafío aceptado.

Era promesa. De más noches como esta. De más momentos robados. De vida construida juntos. Una noche a la vez. Daphne no podía esperar.

Capítulo 22

Dos semanas. Dos semanas de esta relación, y Daphne no reconocía su propia vida. Había pasado casi todas las noches con Gary. En su apartamento. En el de él. No importaba dónde. Solo importaba estar juntos.

Y sí, la pasión era... increíble. Explosiva. El tipo de química que Daphne había leído en novelas, pero nunca experimentado. Gary la tocaba y el mundo desaparecía. La besaba y olvidaba su propio nombre.

Pero no era solo pasión física. No. Eran los pequeños momentos que parecían hitos fundacionales. Daphne no había tenido un novio que le cocinara. Pasta simple que sabía a hogar. La diversión de chicanearse, los chistes malos. Pasaban horas en su sofá, piernas entrelazadas, debatiendo sobre películas.

«Inception es una obra sobrevalorada», había dicho ella la noche anterior.

«Eso es herejía —Gary había respondido con horror fingido —. Es una pieza maestra».

«Es Christopher Nolan masturbándose intelectualmente por dos horas».

«Guau, Daphne, tendré que echar lavandina en mis castos oídos —rio a carcajadas—. Y estás equivocada».

Luego la había besado. Profundo. Robándole el alma como hacía cada vez.

Hablaban mucho. Filosofía a las dos de la mañana. Sus visiones del mundo, diferentes pero complementarias. Comida: él amaba cocinar, ella quemaba el agua. Viajes: lugares que habían visto, lugares que soñaban ver.

«Quiero mostrarte Detroit —había dicho Gary una noche, dedos trazando patrones en su espalda—. La ciudad real. No la versión turística».

«Quiero que conozcas Charleston —había respondido ella—. Donde fui a universidad. Hay lugar en el puerto que vende mejores ostras del mundo».

«¿Mejor que Savannah?»

«No le digas a nadie que dije eso».

Se habían reído, besado y hecho el amor de nuevo hasta que amaneció.

Dos semanas. De él. De ellos. Cada reunión que tocaba era un esfuerzo por no ceder a la tentación de la sonrisa. Porque no importaba lo que pasara en privado. En trabajo, eran socios. Directora de Kingship y arquitecto contratado.

Hoy la reunión era en oficinas de Kingship, en la sala de conferencias grande. Daphne llegó temprano. Preparó documentos. Revisó su agenda.

Augusta llegó primero. Luego Harrison. Carter. Megan con su laptop y expresión muy seria. Otros dos jóvenes, y finalmente Gary. Sus ojos se encontraron a través de sala.

Gary en jeans era devastador, pero en camisa de vestir, mangas enrolladas mostrando antebrazos que ella había besado anoche, era fuego.

—Buenos días —dijo con voz que sonó casi normal.

—Buenos días —respondió Gary.

Formal. Apropiado. Pero sus ojos decían otra cosa.

—Empecemos —Daphne abrió su carpeta—. Megan, gracias por acompañarnos y ayudarnos con esto. ¿Actualización sobre permisos?

Megan no la miró directo. Sus ojos se fijaron en punto sobre el hombro de Daphne.

—La excepción de zonificación fue aprobada ayer. Oficialmente podemos proceder con sesenta unidades.

Murmullos de aprobación alrededor de mesa.

—Excelente. ¡Obstáculo superado! Bien hecho —dijo Augusta con gran sonrisa.

—Fue afortunado que esos concejales estuvieran de acuerdo.

—Podemos romper tierra en tres semanas —Gary habló—. Los contratistas están listos. Los materiales ya en stock. Si todo procede según plan, la primera fase estará completa en ocho meses.

—¿Qué hay de la segunda fase? —preguntó Harrison.

—Cuatro meses adicionales. Ocupación total en doce a catorce meses.

El teléfono de Daphne vibró en su regazo. Mensaje. No debería mirar. Estaba en reunión. Pero... Sus pupilas barrieron la pantalla.

GARY: *Ese traje debería ser ilegal.*

Si el calor subió por su cuello, su expresión no lo denotó.

GARY: *No puedo dejar de pensar en quitártelo.*

No estaba siendo profesional. Sus ojos lo acusaron, pero él estaba serio y pretendió mirar un oficio y contrastar con el móvil.

GARY: *¿Qué llevas debajo?*

Oh, Dios.

—¿Daphne? —la voz de Augusta la sacó de trance.

—¿Sí?

—Preguntaba sobre el financiamiento. Con la donación de Talmadge, ¿estamos cubiertos para contingencias?

—Sí. Completamente —Daphne forzó concentración—. Tenemos buffer de quince por ciento.

Su teléfono vibró de nuevo. No, no iba a mirar. No sería tan obvia. Contestó una pregunta de Carter y dio Okay a Harrison para mostrar los números.

Entonces, con los demás distraídos, sus dedos se movieron antes de que pudiera detenerlos.

DAPHNE: *Encaje negro. El que te gusta.*

La mirada del otro lado de la mesa se hizo más oscura. Se apresuró a poner en silencio el móvil, y se concentró en la pantalla digital.

Sonrió a Harrison y agradeció a todos, y solicitó un aplauso para todos por haber retomado el sendero a pesar de los escollos que les ponían. La mayoría se incorporó para irse. Miró su móvil.

GARY: *Voy a arrancártelo con dientes esta noche.*

Daphne apretó muslos juntos. Esto era inapropiado. Estúpido. Peligroso. Y no podía parar.

—...¿estás de acuerdo, Daphne?

Mierda. No había escuchado nada.

—¿Perdón?

Harrison frunció ceño.

—Decía que es tiempo de programar los tours para la prensa.

—Sí. Buena idea. Coordinemos con equipo de relaciones públicas.

Miró su móvil, pero no había más mensajes. Cuando levantó la vista, se topó con los de Carter observándola. Con una ceja levantada y expresión divertida. Luego murmuró algo a Gary, muy bajo. Gary le dio codazo.

Mierda. Carter sabía. Por supuesto que sabía. Era el mejor amigo de Gary. Y, aparentemente, no era ciego.

Pero luego Daphne notó algo más. Megan. Observándola con ojos que no eran neutrales. Había algo frío y hostil en ella. ¿Megan también sabía?

—¿Algo que agregar, Megan? —preguntó Daphne, manteniendo voz profesional.

Megan la miró directo. Y en su expresión leyó desprecio. ¡La intensidad era tremenda!

—No, para nada.

—Bien —Daphne cerró su carpeta—. Terminamos aquí.

Salieron casi todos. Gary se quedó atrás, fingiendo revisar documentos. Daphne sabía lo que estaba haciendo. Esperando la oportunidad de hablar. Pero Megan también se quedó. Empacando la laptop con movimientos lentos. Deliberados.

—Megan —dijo Gary—. ¿Necesitas algo?

—No —respondió sin mirarlo—. Solo asegurándome de tener todo.

Finalmente salió. Pero no antes de lanzar última mirada a Daphne. Una que decía: *Sé lo que están haciendo*, estuvo segura.

Cuando puerta se cerró, Gary se acercó.

—Eso fue...

—Incómodo —terminó Daphne—. Ella sospecha, o sabe, y no está feliz.

—Tal vez. Pero no puede probarlo.

—¿Importa? Si ella sospecha, otros podrían también.

—¿Te arrepientes? —preguntó con voz baja.

Daphne lo miró. Este hombre que en semanas se había vuelto centro de su mundo.

—No. Ni un segundo.

—Entonces lo manejaremos. Juntos.

La besó. Rápido. Un beso robado que no se comparaba a los que compartían en privado, pero era suficiente para recordarle por qué valía la pena el riesgo.

—Esta noche —susurró contra sus labios—. Mi apartamento. A las siete.

—Ahí estaré.

El resto del día pasó enredada en trabajo. Pero Daphne no se podía sacudir la sensación de incomodidad.

La forma en que Megan la había mirado, con hostilidad apenas contenida. ¿Qué significaba?

Aunque, ¿importaba? Gary tenía razón. No podían probar… *Dramática*, rodó sus ojos ante su pensamiento. No estaban violando ninguna regla. No había política en Kingship contra relaciones con contratistas.

Pero, aun así. Si esto se hacía público, habría preguntas. Juicios. Gente cuestionando sus decisiones sobre el proyecto. «¿Eligió este proyecto porque es bueno, o por atracción?» Ella sabía la respuesta. Pero otros no

Su teléfono vibró. Mensaje de Gary.

GARY: *Deja de pensar tanto. Puedo sentir tu cerebro sobrecalentándose desde aquí.*

DAPHNE: *¿Cómo sabes que estoy pensando demasiado?*

GARY: *Porque te conozco bastante ya. ¿A qué estás haciendo esa cosa donde muerdes tu labio inferior?*

Daphne se tocó labio. Estaba mordiéndolo.

DAPHNE: *Eso es aterrador.*

GARY: *Eso es estar enamorado.*

Pausa. Luego:

GARY: *Mierda. No quise decir eso. Bueno, sí quise. Pero no así. Por mensaje. Olvida que dije algo.*

El corazón de Daphne latió salvaje. Enamorado. Sí, eran dos en eso.

DAPHNE: *Hablamos luego.*

***GARY**: Okay. Esta noche.*

Daphne dejó teléfono. Miró techo de su oficina. ¿Se podía uno enamorar tan rápido? «*Sabes que sí. Caíste flechada a los pies de Gary desde el día uno».*

***

Gary no había sido hombre de relaciones largas, exceptuando a su novia. Había habido citas. Algunas segundas citas. Pero nada que durara más de días, porque se aburrían, o lo aburrían. O la chispa simplemente no estaba.

Con Daphne, no había aburrimiento posible. Día a día descubría algo nuevo que lo hacía enamorarse más. La forma en que arrugaba nariz cuando no estaba de acuerdo con algo, pero no quería decirlo directo.

Cómo cantaba (mal, terriblemente mal) bajo la ducha. O la forma en que se acurrucaba contra él después del sexo, cabeza en su pecho, dedos trazando patrones en su piel. Y sí, el sexo era increíble. Mejor que cualquier cosa que Gary había experimentado.

Hablaban. Sobre todo. Hasta las tres de la mañana a veces. Sobre arquitectura y diseño (ella tenía opiniones fuertes sobre el Brutalismo que Gary encontraba fascinantes), sobre política y sociedad, infancia y familia, y sueños que nunca compartían con otros.

Era como estar en un subidón constante. Despertaba su lado juguetón, tierno, el que quería más que trabajar. El profesionalismo se le iba al tacho, al punto de mandarle mensajes inapropiados en plena reunión de trabajo.

Y, ¡oh, ¡cómo disfrutaba su confusión, sus nervios!

Claro que estaba siendo muy obvio para los que le conocían, Carter en particular. «Tú y Daphne. Los mensajes. Las miradas. Gary, estaban prácticamente follándose con ojos en esa reunión», le había dicho, y no pudo negarlo.

Su jefe no era un puritano ni un absurdo, lo quería bien. Sí, le advirtió de ser prudente y no confundir ámbitos, pero Gary tenía las cosas claras.

«Megan sabe. Lo veo en su cara. Y si ella sabe, está solo cuestión de tiempo antes de que otros lo hagan».

«¿Y qué? No hay regla contra...»

«No tiene que haber regla —dijo Carter—. Esto es Savannah. Para la élite, las apariencias importan. Y si alguien, digamos Whitmore, descubre que la directora de Kingship está en relación con arquitecto que ella contrató...»

«Daphne lo tiene claro, también yo. Por eso no lo hacemos público». Si por Gary fuese, lo gritaría al viento.

«Eso es prudente. Sobre Megan…»

Lo miró con impaciencia. ¿Por qué le importaría a Megan?

«En serio no lo ves, ¿verdad?». Carter lo miró como si fuera idiota.

«¿Ver qué?»

"Megan ha estado enamorada de ti por años, Gary. Años. Ahora estás con otra mujer. ¿Crees que no está dolida? ¿Enojada? Su humor ha cambiado, está muy seria».

Gary sintió culpa. ¿De verdad era tan ciego?".

«Nunca le di razón para pensar...»

«No tenías que hacerlo. Ella construyó fantasía en su cabeza, y la gente dolida hace cosas estúpidas».

«Ella no haría nada que afectara su trabajo. Está comprometida con Seaside». Megan era profesional. Se interesaba por la gente, como él.

«Mm. No, supongo que no. Solo ve con pies de plomo. Y focaliza, joder. No más cosas de niñato con las hormonas por el cielo».

Capítulo 23

Daphne despertó con la luz del sol filtrándose por las ventanas de su habitación y el brazo de Gary alrededor de su cintura. Por un momento breve y perfecto no hubo más que esta sensación de sublime paz, de que cada cosa estaba en su lugar.

Era simple. Ella se había enamorado de Gary. Él igual. Ya no evitaban las palabras, no tenían reservas. Sonrió al ver el rostro relajado y el cabello despeinado. Daphne trazó la línea de su mandíbula con dedos suaves. Esto. Quería esto todas las mañanas.

Gary se movió, abrió los ojos lento, como si le costase abandonar el sueño. Bostezó, y una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—No mucho. Estaba observándote dormir.

—Eso es espeluznante —dijo, y bostezó largo, y la atrajo más cerca—. Pero te disculpo.

Se quedaron así, enredados, en silencio, hasta que el estómago de Daphne gruñó, y ambos se rieron.

—Desayuno —dijo Gary—. Voy a hacerte panqueques.

—¿Sabes hacer panqueques?

—Soy hombre de muchos talentos.

—Ya lo noté.

Le dio una palmada juguetona en el trasero mientras salía de cama.

—Vístete. O tendré ideas para las que no tenemos tiempo.

Daphne se puso una de las camisas de Gary y lo siguió. Lo observó cocinar con movimientos eficientes, como todo lo que hacía. Mientras mezclaba masa y calentaba sartén, tarareaba algo bajo. Cuando levantó la vista y la vio mirando fijo, vino a ella y la besó.

—Los panqueques se van a quemar —murmuró contra sus labios.

—Que se quemen.

Pero se separó, y volvió a la tarea. Desayunaron en su pequeña mesa. Panqueques con miel. Café. Conversación fácil sobre nada importante. Esto era lo que Daphne había querido, lo que veía en sus padres, y luego en sus hermanos.

No solo pasión. Sino cotidianidad. Rutina. Vida construida juntos.

—Tengo que ir a oficina —dijo Gary con pesar—. Reunión con contratistas a las diez.

—Okay.

Media hora después, Gary se fue. Con la ropa de ayer, y la sonrisa de un hombre feliz.

Daphne se duchó. Se vistió con calma y estaba terminando su rutina de skincare cuando su teléfono sonó. Eliza. Miró el reloj y se sorprendió de que su hermana estuviese en pie tan temprano.

—¿Eliza?

—Daphne —la voz de su hermana sonaba seria, nada habitual—. ¿Estás sola?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Necesitas sentarte.

Dejó el recipiente en sus manos con alarma.

—Eliza, me estás asustando.

—Hay fotos, Daphne. De ti y Gary. Están en internet.

El mundo se inclinó.

—¿Qué?

—Savannah Gossip publicó un artículo esta mañana. Te leo: directora de Kingship en romance secreto con arquitecto del Proyecto Eastside. Tienen fotos de ustedes. Saliendo de su apartamento. Entrando al tuyo. Besándose en tu auto. Daphne, son inequívocas.

Daphne sintió que la sangre abandonaba su rostro. Estaba tiesa. No podía pensar, no podía…

—Envíame el enlace —dijo enseguida.

—Okay.

Minutos después, estaba mirando el artículo. Ahí estaba. Su vida privada desplegada para todo Savannah.

Fotos. Docenas. Gary saliendo de su edificio a las seis de la mañana. Cabello despeinado. Sonrisa satisfecha. Ella entrando al apartamento de él por la noche, con bolsa de viaje.

Los dos en su auto afuera de restaurante. Besándose. Su mano en su mejilla. Se veía que estaban arrobados uno con el otro, pensó. Para ella era maravilloso, pero se su romance había sido historiado en imágenes furtivas, privadas, robadas.

Los habían estado siguiendo. Fotografiando. Esperando para usar su historia como munición pesada.

El artículo era… Asqueroso. Sucio. «*Fuentes cercanas al proyecto confirman que relación comenzó hace semanas. Cuestionamientos sobre conflicto de interés surgen mientras Kingship Foundation invierte $3.5 millones en desarrollo diseñado por Superville. ¿Fue juicio profesional comprometido por romance? ¿El dinero de los donantes se usa con capricho y al servicio de romances furtivos?*»

Daphne sintió náuseas, en especial cuando continuó leyendo. Un párrafo enterrado en medio del artículo: «*Documentos obtenidos por este medio revelan que los costos de construcción exceden las estimaciones originales por $180,000. Superville implementó medidas adicionales de seguridad estructural, incluyendo refuerzos sísmicos no requeridos por código de construcción de Georgia, sin la aprobación formal de la junta de Kingship*».

Daphne leyó de nuevo. Y de nuevo. Esa información... Nadie debería saberla. Los refuerzos sísmicos habían sido idea de Gary. Daphne había aprobado esos costos adicionales, y planeaba presentarlo a la junta en la próxima reunión.

Pero esto era interno. Confidencial. Solo el equipo lo sabía.

Alguien había filtrado información. No solo eran las fotos. Eran los datos técnicos del proyecto.

Su teléfono sonó. Era un número desconocido. Dudó, pero finalmente contestó con manos temblorosas.

—¿Daphne Montgomery?

—Sí.

—Savannah Tribune. ¿Comentarios sobre su relación con Gary Superville y cómo afecta el proyecto Eastside?

Colgó. Inmediatamente sonó de nuevo. Otro número.

—Señorita Montgomery, Connect Savannah. ¿Es verdad que...?

Colgó. Su teléfono se convirtió en un sonido constante. Llamadas. Mensajes. Emails. Prensa. Donantes. Amigos con preocupación. Luego, vio el enlace que Eliza envió a la página del Savannah Morning News, un periódico que se las daba de serio, respetable, y estaba completamente en el bolsillo de Whitmore.

Había publicado su propia versión. Con una de las fotos. Ella y Gary. Besándose. Esto no era solo cotilleo. Era ataque coordinado por Whitmore.

Su teléfono vibró. Mensaje de Gary.

GARY: *Lo siento mucho. Daphne, lo siento tanto. Debí ser más cuidadoso. Debí protegerte mejor. Voy a arreglar esto. No sé cómo, pero lo haré.*

DAPHNE: *No es tu culpa, Gary. Nos atacan donde nos duele porque están desesperados.*

GARY: *Dime qué quieres que haga. Renuncio al proyecto. Me alejo. Hago declaración pública tomando toda la culpa. Lo que sea. Es tu mundo, Daphne. Tu familia. Tu reputación. Tú decides.*

Gruesas lágrimas quemaron sus ojos. Este hombre… Este apasionado, porfiado, querible amor suyo se ofrecía en sacrificio por ella. Alejarse del proyecto que amaba para protegerla.

DAPHNE: *No renuncies. No te alejes. No hagas nada todavía. Necesito pensar.*

GARY: *Okay. Daphne, pase lo que pase con esto, no me arrepiento. De nosotros.*

DAPHNE: *Yo tampoco.*

Colgó, conmovida, y se recostó, cerrando los ojos, apretando sus sienes con las palmas. Dios, ¡qué jodido desastre!

Otra llamada entrante. Se movió para silenciar, pero era su madre. Respiró hondo, y contestó.

—Mamá.

—Daphne —voz de Eleanor era controlada, pero tensa—. ¿Es verdad?

—Sí.

No iba a mentir a los suyos.

—Tu padre quiere reunión familiar. Esta noche.

—Mamá, yo...

—No es castigo, cariño. Es estrategia. Necesitamos dar una respuesta unificada. La prensa va a destrozarte si no manejamos bien esto.

—Lo sé.

—¿Daphne? —voz de su madre se suavizó—. ¿Es serio? ¿Con él?

Suspiró y asintió como si pudiera verla.

—Sí. Mucho.

—Bien, bien. Entonces pelearemos por esto. Pero necesitas estar preparada. Va a ponerse feo.

—Ya está feo.

—Va a ponerse peor. Cariño, te amo, y estoy a tu lado. Si encuentro a Whitmore en mi camino hoy, porque no dudo que está detrás de esto, me haré una fiesta con su pomposo culo.

—¡Mamá! —dijo, entre sorprendida y muy arropada por el amor detrás de la amenaza.

Su madre era una Beaumont, en ocasiones un poco estirada, pero no dejaba de ser la rebelde que eligió el amor décadas atrás.

Se sentó en su sofá. Miró su teléfono explotando con notificaciones. Pensó en Gary. En cómo la había mirado anoche cuando le dijo que no se asustara, pero creía que la amaba. En sus panqueques esta mañana. En su oferta de renunciar. En lo que tenían.

Valía demasiado para no cuidarlo y defenderlo. Pero el precio... El precio iba a ser alto.

***

Gary llegó a su oficina a las once de la mañana con furia que vibraba bajo su piel. Había visto las fotos, había leído los artículos, y

el ultraje era masivo. La invasión a su privacidad, el ataque contra Daphne, porque ella era el objetivo mayor de esta caza de brujas… Lo había puesto homicida.

Iba a encontrar quién los había traicionado. Las fotos, esas las podía entender. Un investigador privado. Whitmore tenía recursos. Podía contratar a alguien para seguirlos. Para fotografiarlos. Era invasivo asqueroso, pero comprensible en un hombre que no miraba a nada, salvo su codicia.

Lo que no podía entender era el resto. Los detalles técnicos en ese artículo de mierda. Información sobre costos adicionales. Esa información era interna. Confidencial. Solo su equipo la conocía. Alguien había hablado. Y Gary iba a descubrir quién.

Carter estaba esperándolo en su oficina.

—Jodida mierda. ¿Cómo estás?

—Furioso.

—No te culpo. ¿Cómo está Daphne?

—Devastada. Sacudida. ¿Cómo crees?

—Lo siento, Gary. En serio.

—Lo sé, lo sé —Gary arrojó su chaqueta en la silla—. Convoca a una reunión con el equipo, Carter. Tenemos respuestas que obtener.

—Gary...

—Espero que seas consciente de que hay espionaje involucrado.

—Por supuesto. Hay una rata que atrapar, y no será posible si no te calmas.

Con los puños apretados, asintió. Tenía que ser astuto, no podía dejar que la ira lo ganase. Le tomó una hora poder tranquilizarse, justo para la reunión citada con urgencia por Carter.

Estaban Megan, dos ayudantes arquitectos, tres diseñadores junior, el contador, el capataz de obra, todos luciendo incómodos y confundidos sobre por qué estaban ahí.

—Bien, los citamos porque hay una situación muy compleja y debemos…

Gary se paró, rostro serio y las manos en la mesa, adelantándose. Necesitaba estar de pie para esto.

—Imagino que habrán visto la información por algún lado —comenzó con voz controlada—. Sobre mí y Daphne Montgomery.

Hubo asentimientos, algunos más enfáticos que otros.

—Esas fotos retratan algo real, que no debería haber sido expuesto. No interesa a nadie, salvo a los involucrados. Pero la están usando para complicar a nuestra compañía. Afecta nuestra tarea, sus puestos, el mío. La empresa de Carter, porque la subvención de Kingship está en la picota.

Hizo una pausa. Miró cada rostro. Carter tomó la palabra, ceñudo, también de pie.

—Hay algo mucho más grave en esos artículos. Detalles técnicos sobre el proyecto Eastside que no deberían conocerse. Y, sin embargo, están en la prensa, a la vista de todos. Eso solo quiere decir una cosa.

Se detuvo y miró a cada uno, impasible en apariencia, aunque la vena que latía su cuello era muestra de su enojo. Carter era lo que parecía: un millonario de mundo, de buen humor, inteligente, pero era también un hombre implacable cuando debía. Meterse con su compañía era confrontarlo de manera directa.

Vio cambios sutiles. Gente enderezándose y prestando más atención, alertas.

—Esa información es confidencial. No está en documentos públicos. Solo nosotros, este equipo, la conoce.

El silencio que siguió podía cortarse.

—Así que la pregunta que sigue es simple… —dijo Gary—. ¿Quién habló?

Nadie dijo nada.

—Esos refuerzos sísmicos —continuó Gary— fueron mi decisión. Como eran para mejorar el proyecto, fueron aprobados informalmente, y serían presentados en tiempo y forma a quien corresponde. No a la prensa. ¿Cómo llegó allí?

Silencio de tumba. Decidió ser confrontativo. Miró a Megan. Estaba seria e inmóvil, mirando un punto en la mesa.

—¿Megan? —preguntó—. Tú manejas los presupuestos. ¿Hablaste con alguien sobre esto?

Levantó vista. Expresión neutral.

—No. No hablé con nadie fuera del equipo.

—¿Ninguna conversación casual? ¿Ningún email? —miró al resto—. No estamos hablando de mala fe o espionaje…

—No todavía —sentenció Carter, sus brazos cruzados y su mirada muy seria sobre todos.

—Estoy segura —replicó Megan, pero sonó…

Gary no le creyó. Algo en forma en que lo dijo. Demasiado rápido. Demasiado firme. Sus ojos sobre él con desafío. Pero no podía probarlo.

Miró a los demás.

—¿Alguien más? ¿Alguna conversación con prensa? ¿Con amigos? ¿Familia?

Sacudidas de cabeza. Murmullos de negación.

—Alguien aquí filtró esa información —insistió Gary—. No estoy acusando. Solo necesito saber la verdad. Si fue por error, si alguien mencionó algo sin darse cuenta...

—Puede ser. O alguien traicionó este equipo —interrumpió Carter. Okay, pensó Gary, parece que el señor cautela va al ataque y no sigue su propio consejo—. Whitmore quiere el terreno, y tiene dinero. Y el dinero compra gente.

La tensión en la sala subió varios puntos.

Uno de diseñadores junior, un chico joven llamado Frank, levantó su mano con timidez.

—Yo... recibí una llamada hace dos días. Alguien diciendo que era del Savannah Tribune. Preguntando sobre el proyecto. Le dije que tenía que hablar con usted —se atajó, rojo, sacudiendo las manos—. ¡Lo juro!

—¿Qué preguntaron con exactitud? —Gary se enfocó en él.

—Cosas generales. Sobre la agenda de trabajo. El presupuesto. Dije que no podía comentar. Pero...

—¿Pero ¿qué?

—Preguntaron sobre las medidas de seguridad. Si estábamos implementando algo más allá de código estándar. Dije que no sabía y colgué.

Gary sintió algo frío en su pecho.

—¿Por qué no mencionaste esto?

—No pensé que importara. La prensa pregunta cosas todo el tiempo, ¿no?

—¿Alguien más recibió llamadas así? —preguntó Gary mirando alrededor.

Silencio. Luego Megan habló. Voz tranquila.

—Yo también recibí una llamada así, hace tres días. Alguien preguntando, le dije que tenía que contactar a relaciones públicas. Colgué.

—¿Qué preguntaron?

—Si el proyecto estaba en presupuesto. Si había habido costos inesperados. Dije que no podía comentar.

Gary la estudió. Verdad o mentira. No podía distinguir.

—¿Algo más? —preguntó a sala—. ¿Cualquier cosa que pueda explicar cómo una información interna terminó en la prensa?

Nada. Nadie. Gary sintió la frustración quemarle la garganta. Si esto no le desarrollaba una úlcera, estaría cerca.

—Está bien. Todos pueden irse. Excepto Gary y Megan —dijo Carter.

El alivio fue palpable en los otros. Cuando la puerta se cerró, Gary se giró a Megan.

—Dime la verdad, Megan. Siento que hay algo más y …

—Ya te la dije —respondió, plantada en su postura.

—¿Por qué siento que no es así?

Megan sostuvo su mirada. Sin pestañear.

—¿Me estás acusando de algo?

—Estoy preguntando si existe más que no dijiste.

—No hay más.

—Megan —Carter intervino, y su tono era de advertencia—. Si sabes algo...

—No sé nada —su voz subió apenas—. Recibí la llamada, no di importancia. Eso es todo. Si quieres acusarme de traición porque necesitan un chivo expiatorio…

Gary la observó por un largo momento, buscando señales de culpa o nerviosismo. Las palabras de Carter advirtiéndole sobre ella, su fijación, la manera en que la había visto mirando a Daphne con hostilidad…

Eran impresiones, no pruebas. Tal vez se equivocaba, y como le acababa de decir, buscaba alguien a quien culpar.

—Está bien —dijo al fin—. Puedes irte.

Megan agarró su laptop. Se detuvo en la puerta.

—Gary. Lo siento. Por lo que están pasando tú y Daphne. No te lo mereces —sacudió la cabeza.

Salió antes de que pudiera responder. Carter esperó hasta que estuvieron solos.

—Fue ella.

—No estoy seguro. Megan ha trabajado tanto por esto, codo a codo...

—Desde que la conocí tengo la impresión de que no es sincera, Gary. Sé que fue una buena colega, pero … No me cierra. Los demás son jóvenes, ya viste el susto que tenían algunos. No tienen motivos, o no tenían el panorama completo de los cambios que impusiste al proyecto.

—¿Cómo podemos estar seguros? Si nos equivocamos, no me lo perdonaría.

—Mm. Además, tendría un juicio por daños y perjuicios en mis manos —indicó, pensativo.

—¿Qué vas a hacer?

—Observarla. Revisar sus emails si puedo. Encontrar evidencia. Porque Gary, sé que fue ella. Lo siento en mis huesos.

Chasqueó la lengua con desaliento. Eso tomaría tiempo, si podían descubrirlo. Mientras tanto, su relación con Daphne, su pareja, estaba en la picota pública.

—Daphne y Eastside Renassaince van a sufrir porque alguien en nuestro equipo nos traicionó.

—No es tu culpa, Gary. No asumas esto como tu responsabilidad. Te conozco, te estás dando hostias mentales. Te enamoraste, eso no es ilegal.

—Se siente como si lo fuera.

Su teléfono vibró.

DAPHNE: *¿Cómo están las cosas en la empresa? De seguro con la puerta repleta de periodistas. En Kingship es igual, y en mi*

apartamento. Estoy yendo a la casa de mi familia. Mamá dice que necesitamos estrategia.

Tragó saliva, pero preguntó su duda:

GARY: *Van a querer que termines conmigo.*

DAPHNE: *No. En principio, querrán saber más, pero no van a desheredarme o algo así, si es lo que piensas. Mi familia, la que importa, no es de esos. Gary, yo estoy enamorada de ti, vamos a enfrentar esto juntos*.

GARY: *Lo haremos*.

DAPHNE: *Me quedaré en la casa Montgomery esta noche, para evitar problemas. Te voy a echar de menos.*

GARY: *Yo también.*

Gary dejó teléfono. Miró a Carter.

—¿Hay que hacer alguna declaración? ¿Qué quieres que haga? No quiero que pises en falso por mi …

—Tú no tienes nada que declarar. Es mi compañía, y la puedo defender. Whitmore cree que va a ganar con estas tácticas, pero no me conoce. Tú haz lo tuyo, hay papeleo pendiente, revisiones que deben hacerse. Necesitas distraerte.

Asintió. Lo necesitaba, porque su cabeza era una maraña de ideas, reflexiones.

Pero las horas pasaron, y no pudo calmarse. En su defensa, intentó enfocarse, hacer la tarea que normalmente le parecía liviana, pero no pudo. Se le seguía yendo la mente hacia el escándalo.

El daño estaba hecho. Daphne había quedado expuesta, su reputación profesional cuestionada. Ella estaba orgullosa de lo que hacía, y la enlodaron.

Lo que más quería estaba en cuestión, y eso ponía a Gary muy mal. Su proyecto arquitectónico y social más importante, cuestionado. La relación más auténtica, que le daba felicidad y le hacía cuestionarse su soledad, se había convertido en un escándalo.

En estos momentos era un enorme lastre para su amigo y para la mujer que quería.

Capítulo 24

Megan había visto las fotos a las ocho de la mañana. Estaba tomando café en su cocina, revisando emails, cuando una notificación de *Savannah Gossip* apareció en su teléfono.

Había clicado sin pensar. Curiosidad casual. Le gustaba saber detalles sórdidos, sorprendentes, o novedosos, de ahí que siguiera el sitio digital que se especializaba en sacar los trapos sucios de la clase alta al sol.

No esperó encontrar a Gary en los titulares, vaya que no. Menos, con esa mujer y en situaciones románticas que sugerían intimidad. Lo que más le dolió fue ver la expresión de Gary en todas. Estaba fascinado, metido hasta la coronilla con esa heredera. Cada imagen se sintió como una cuchilla cortándola. Sangrándola.

Había sabido. Por supuesto que había sabido. Pero saber era diferente a ver. Ver era la destrucción del *tal vez o del quizás.*

Se endureció. El cariño, casi obsesión que había sentido por Gary, ese amor patético, esperanzado, se convirtió en rabia pura, ardiente. Lo odiaba. A él. A ella. A ambos. Por quitarle esperanzas. Por ser tan estúpidos. Tan descuidados. Por pensar que podían tener esto y no pagar el precio.

El día no avanzó mejor, porque la mierda no tocaba solo a esos dos. Con creciente pánico, Megan se dio cuenta de que esto no era solo un romance secreto vuelto público que cuestionaba a la Montgomery y su fundación.

No, podía joderle el trabajo, porque la publicación hacía evidente que se habían filtrado datos. Los nervios que tenía al comenzar la reunión con Carter y Gary eran internos, porque su máscara de seriedad era completa. Profesional. Preocupada, como debía estar.

Cuando Gary preguntó quién había filtrado información, cuando miró alrededor de sala buscando culpable, Megan no

pestañeó.

Sí, ella había dado esa información a Preston. Reportes sobre presupuesto. Detalles sobre refuerzos sísmicos. Costos adicionales que Gary había implementado. No tenía mucho sentido, a su modo de ver, agregaban valor a las casas proyectadas, pero claro…

No lo había visto como Whitmore lo hizo, ni lo imaginó emergiendo en el contexto de un escándalo tan grande. Megan había querido sacar tajada, castigar a la Montgomery, sacudir a Gary, no caer en la tormenta.

De vuelta en su apartamento luego de un día de locos, Megan analizó su chat con Preston con detalle. El último mensaje había sido dos días atrás, cuando ella reportó sobre el comportamiento distraído de Gary.

Preston había respondido: «Excelente. Sigue observando». A ella le había parecido normal, pero… No se comunicó más, y el contrato prometido no había sido introducido aún.

Sus dedos se movieron, pensando qué decir, cómo preguntar sin parecer demasiado ansiosa. Escribió, borró y reescribió.

MEGAN: *¿Vio los artículos de prensa?*

Envió. Esperó. Cinco minutos. Diez. Veinte. Nada.

MEGAN: *Preston, fue usted, ¿no es así? ¿Contrató un investigador?*

Más espera. Nada. Megan comenzó a tener mala espina con esto. El millonario le contestaba enseguida.

MEGAN: *Responda. Necesito saber qué está pasando. Esto se salió de control. Mis jefes saben de la filtración de datos y sospechan de mí*.

Vio que los mensajes aparecían leídos, pero no hubo respuesta. Pasó una hora, dos. Miraba su teléfono compulsivamente. Refrescando. Esperando. ¿Por qué no respondía?

A las seis de la tarde, cuando Megan estaba a punto de perder la cordura, un mensaje llegó.

PRESTON: *Gracias por todo, querida. Tu ayuda fue invalorable. Tus jefes hacen bien en sospechar. Serían idiotas si no te*

culparan. Ah, y sobre el contrato que hablamos, considéralo inviable. No contrato espías corporativos.

Megan quedó inmóvil. Incrédula. Como si le hubiesen succionado el aire y la dejaran sin apoyos. El mensaje era irónico, despectivo, y daba cuenta del uso que ese hijo de perra hizo de ella, para dejarla en la deriva.

Releyó el texto, una y otra vez. Las lágrimas de furia se agolparon en sus ojos y le nublaron la vista. No se resignó.

MEGAN: *¿Eso es todo? ¿Usa mi información y me descarta? ¡Arriesgué mi carrera! Mi reputación.*

Nada. Esperó hasta medianoche, móvil en la mano. Desesperada, hasta que comprendió que no había vuelta. Había sido un peón en los intereses de un hombre ambicioso y mezquino, que la sumó a sus tejemanejes. Ella lo permitió, como una redomada estúpida.

Preston Whitmore nunca había planeado contratarla, probablemente. Le resultó tan fácil manipularla. Ella ni siquiera pidió dinero, inmersa en sus dilemas internos y su ira contra Gary. El millonario debía estar riéndose sin parar de su ingenuidad.

Usó su resentimiento. Su dolor. Su amor no correspondido. La convirtió en arma. Y ahora que esta arma había hecho su trabajo, la descartaba.

Se desplomó en el sofá, y sollozó con amargura, convulsa, por primera vez en mucho tiempo. Por las decisiones que había tomado impulsada por la ira y los celos.

Por las líneas que había cruzado, que se le venían en contra. Y por la persona amarga y vengativa en que se había convertido.

Había querido dañarlos. Había imaginado... ¿qué? Era tan idiota. ¿Que destruiría el proyecto y sería una heroína? ¿Que Whitmore la recompensaría con un trabajo mejor? ¿Que Gary vería su error y regresaría a ella? Fantasías. Todas fantasías.

Su realidad era que estaba al borde de su cuerda, y cuando se enterasen de que ella filtró la información, la despedirían. Tal vez incluso la demandarían.

Quedaría en la calle. ¿Quién iba a contratarla, con este pasado?

Se cubrió la cara y lloró más. Si no confesaba, o si la descubrían, perdía. Viviría con culpa y miedo de ser descubierta. Con conocimiento de que había destruido algo hermoso por venganza mezquina. Y sesenta familias...

Megan pensó en ellas, de verdad, por primera vez en semanas. Niños que necesitaban estabilidad. Madres solteras luchando por un futuro mejor. Ella había puesto todo eso en riesgo. Por celos. Por amor no correspondido. Por una oferta que la eclipsó y la hizo proyectarse. No más deudas, no más trabajo sin parar. No más pobreza.

Luego de un rato, se limpió las lágrimas. El espejo del baño mostraba a una mujer de expresión rota, ojos rojos y tristeza total. Ojalá pudiese dar varios pasos atrás.

Darse una hostia cuando empezó a razonar como una estúpida, estúpida, corta.

«¿Qué he hecho?» La pregunta resonó en su cabeza. Una y otra vez. Pero no tenía respuesta. Solo sabía esto: estaba en medio de algo que la sobrepasaba. Poderes que jugaban partidas donde ella había sido una pieza insignificante.

Capítulo 25

Gary había pensado que conocía el sabor, el peso del fracaso. Detroit lo había enseñado bien. Tuvo proyectos cancelados, clientes que desaparecían cuando había invertido tiempo y dinero, presupuestos que colapsaban a mitad de construcción. Pero esto era diferente.

Esto no era solo proyecto fallido. Era su vida en la picota pública, y su reputación manchada por algo que no tenía que ver con el trabajo, ni porque hubiera hecho algo terrible o reprochable. No, solo se enamoró.

Y había puesto a Daphne en una situación imposible. ¡Qué fácil se enlodaba a la gente hoy día! Bastaban algunas semi verdades, o mentiras bien contadas, alimentadas por la envidia o el interés, y ¡la fiesta hater estaba servida!

Sentado en su oficina a las tres de la mañana de un jueves, con su laptop abierta frente a él, leía, se enfurecía y entristecía. Los artículos habían aparecido como los hongos luego de una lluvia.

«Junta de Kingship cuestiona el liderazgo de Daphne Montgomery».

«Ya hay donantes retirando apoyo a la fundación tras la impactante revelación del romance».

«¿Conflicto de Interés? El Proyecto Eastside bajo escrutinio».

Cada titular profundizaba la herida. Gary se reprochaba su impulsividad, su dejarse llevar por sus sentimientos. Cuando había sido un robot que trabajaba, comía y dormía no había riesgo.

«Pero no vivías de verdad, no en colores, como ella te ayuda a ver el mundo».

Sí había habido conflicto de interés. Daphne sí había tomado decisiones sobre el proyecto mientras estaba involucrada con él. Ninguno había revelado su relación a la junta. Pero técnicamente no habían violado reglas. Kingship no tenía política específica contra esto.

Gary cerró la laptop y se frotó el rostro. Estaba muy cansado. Había dormido tal vez seis horas en los últimos tres días. Cada día podía hacer menos foco en su labor, y no tenía claro si esto era bueno.

Tal vez sería mejor que presentase su renuncia, descomprimir.

Su teléfono vibró, y él resopló, pero bajó sus barreras al ver que era Carter. La cantidad de gente que había conseguido su número y llamado o mensajeado era insana.

***CARTER**: ¿Todavía en la oficina?*

***GARY**: Sí.*

***CARTER**: Voy para allá.*

***GARY**: No tienes que...*

***CARTER**: Espérame. 15 minutos.*

Se hizo atrás y cerró los ojos por un rato. Sus sienes dolían, sus músculos estaban contracturados. Carter llegó con dos cafés y esa expresión que Gary conocía bien: preocupación mezclada con determinación.

—Te ves terrible. Tienes que dormir —dijo, y dejó el café sobre el escritorio.

—No puedo. Tengo que dar vuelta esto.

—Gary...

—¿Leíste el artículo en el Tribune esta mañana? Entrevistaron a dos miembros menores de la junta de Kingship. Cuestionaron el juicio de Daphne, diciendo que el romance comprometió el proyecto.

—Son idiotas.

—Tienen razón.

—No la tienen —Carter se sentó—. Daphne tomó decisiones correctas, aumentó el dinero para el proyecto para darle más valor. Eso es beneficio social y también para el entorno. Se preocupaban por el efecto de Seaside en los precios de sus mansiones, ahora que se les garantiza que son viviendas de calidad, tampoco les gusta. Pura manipulación.

Estaba frustrado, y ¿cómo no? Su compañía estaba siendo atacada también, acusada de tráfico de influencias, sin prueba

alguna. Viles mentiras que salían a ensuciar la cancha para abonar el camino de Whitmore.

—La cagué grande —masculló, sacudiendo su cabeza—. Te fallé. Y a Daphne.

—No seas tan duro contigo, Gary. Tu trabajo es brillante, y estoy contigo ciento por ciento. Eres mi amigo, pero también el mejor arquitecto en la proyección de mis obras.

Gary levantó vista.

—Buena suerte logrando que los demás crean esto. Compliqué las cosas, arruiné la faceta profesional de Daphne. Esas familias… —su voz ganó desesperación—. ¿Con qué cara puedo decirles que tal vez no tengan su casa soñada y merecida porque me enamoré y me valió madres todo lo demás?

Carter lo miraba con atención.

—Este es tu lado más dramático, y no me gusta, porque es pesimista de cojones.

—Si no hubiese sido tan descuidado —Gary se levantó, comenzó a caminar—. Whitmore nos atacó, sí. Pero solo pudo hacerlo porque le dimos munición. Porque …

—Porque te enamoraste.

—Sí —Gary se apoyó contra ventana—. Me enamoré de la mujer perfecta para mí, pero la equivocada en lo social. En el momento equivocado, y ella está pagando el precio.

—Deja de hablar como si fuesen Romeo y Julieta. Acá no hay Capuletos o Montescos. Este es el siglo XXI, joder —gruñó.

—Carter, no pertenezco aquí. Soy el norteño con ideas de progreso que quiere arruinar la estampa de Savannah.

—Eso lo dice un grupito que creen vivir en la época de las plantaciones. Además, no creo que Daphne quiera que encajes en su mundo. Ha de querer construir uno nuevo contigo.

—¿A qué costo? —Gary se giró—. Su familia es muy importante para ella. Montgomery significa algo en esta ciudad. Y yo... yo soy un arquitecto de Detroit sin pedigrí, sin conexiones, sin nada, excepto mi trabajo.

—Que es más que suficiente. Esta fiesta de lástima no colabora en nada.

El silencio cayó entre ellos. Luego Carter preguntó con voz baja:

—¿Qué vas a hacer?

Vaya si lo conocía. Por eso vino, porque sabía que él estaba dando vueltas a ideas. Gary había estado evitando esa pregunta por tres días.

—Voy a irme.

—¡¿Qué?!

De no haber estado tan caído habría reído ante la expresión atónita de Carter.

—Voy a renunciar al proyecto. Voy a regresar a Detroit.

—Gary, eso no...

—Es la única forma —Gary cortó—. Mientras yo esté aquí, el escándalo continúa. Pero si me voy, si me quito, ustedes tienen oportunidad de salvar Seaside.

—No dejo a mis amigos varados, Gary —dijo, muy serio.

—No lo haces. Y yo tampoco hago mal a los míos. Acepta mi renuncia como el plan de rescate que es.

—¿Daphne? ¿Ella qué dice de esto?

—No lo sabe —masculló.

—¡Porque sabes que te dirá que no!

—Sí. Dirá que podemos enfrentarlo juntos. Y no es así. Hay dudas genuinas aquí, la gente que dona quiere saber que su dinero no es malgastado. No lo es, pero debe probarse. Soy un estorbo.

—Esto es cobardía.

—Esto es realidad.

—Es rendirse.

—Es salvarla —Gary levantó voz—. Carter, ¿no lo ves? Soy el problema. Yo. Mi presencia. Mi existencia en su vida. Mientras esté aquí, ella sufre. Pero si me voy...

—Sufrirá más.

—Por un tiempo. Pero luego... sanará. Continuará. Hará cosas increíbles sin mí arrastrándola hacia abajo.

—No te crees esto —Carter se levantó—. No puedes creer que eres quien la arrastra.

Pero Gary sí lo creía. Porque había visto evidencia. Artículos. Rumores. Miradas. Todo apuntando a misma conclusión: la heredera había hecho mal, no era profesional, pero porque Gary Superville la había seducido. Él no era suficiente para Daphne Montgomery.

—No te puedo convencer —dijo Carter, al fin.

—No. Escribiré mi carta de renuncia esta noche. Te la enviaré mañana por la mañana. Volaré a Detroit cuanto antes.

—Lo tienes todo planeado, ¿eh? ¡Mira que eres terco, Gary! Te quiero, eres mi amigo, mi mejor arquitecto, pero eres obtuso a veces. ¿Enviarás señales de humo a Daphne para que se entere? —ironizó.

No se tragó la carnada. Carter quería sacudirlo.

—Le dejaré una carta explicando las razones. Va a entender.

Eso deseaba. No quería que lo odiara, pero… Haría lo necesario para preservarla, para cuidarla, aún si eso suponía alejarse. La idea lo rompía, lo consumía.

Era una sensación nueva. Cuando había cortado su única relación larga, había estado triste, desanimado, pero esto … Era otro nivel.

—No entenderá. Va a estar destrozada —contestó Carter, pinchando el globo de su esperanza.

Lo miró hostil.

—Pero verá que es lo correcto.

—Estás equivocado —indicó, terco. Carter lo miró un largo momento. Luego sacudió la cabeza—. Eres idiota. Pero también mi amigo, así que te llevaré al aeropuerto.

—No tienes que...

—Sí tengo. Considera estas unas vacaciones pagas. No creas que voy a dejar que te vayas de mi compañía.

Eso era un alivio. Al menos tendría trabajo. Carter salió sin decir más. Gary pasó la siguiente hora escribiendo su renuncia al proyecto. Formal. Profesional. Citando conflicto de interés reciente y necesidad de proteger la integridad del proyecto.

Luego escribió la carta más triste y dura, para ella.

Daphne,

Cuando leas esto, ya me habré ido. Y sé que estarás furiosa. Tienes derecho a estarlo.

Pero necesito que entiendas por qué.

Te amo. Más de lo que pensé posible amar a alguien. Estos meses contigo han sido los más felices de mi vida.

Pero el amor no es suficiente, y menos cuando es obstáculo para el bienestar de otros. No cuando está destruyendo lo que hemos construido. Nuestra reputación. Tu trabajo. Tu compañía. Todo lo que importa está siendo cuestionado porque me amas.

No puedo seguir siendo la razón por la que sufres. Así que me voy. Renuncié al proyecto. Ya no hay conflicto de interés. Ahora puedes decir que removiste el problema, convencerlos de las bondades del proyecto.

Carter estará a tu lado en eso. Sesenta familias conseguirán hogares. Tu trabajo continuará. Tu reputación sanará.

Yo estaré bien, aunque te echaré de menos. No te sientas traicionada, déjame hacer esto por ti. Déjame ser el hombre que hizo lo correcto.

Eres la mujer más dulce, capaz y hermosa, y no tengo palabras para decirte lo que ha sido que me dejaras adorarte.

Gary

Leyó la carta dos veces, cada vez doliéndole más. Luego la dobló. La metió en un sobre. Escribió su nombre en frente.

A las cinco de la mañana, condujo al apartamento de Daphne, tomando las precauciones de evitar que alguien le siguiera. Ella estaría durmiendo. Había trabajado hasta tarde, lidiando con crisis tras crisis.

Usó la llave que ella le había dado hace semanas. Para emergencias, había dicho. Esto era una, aunque de distinta índole. Entró como un ladrón, y recorrió el apartamento en penumbras.

Caminó a su habitación. La puerta estaba apenas abierta. Y ahí estaba ella. Durmiendo. Cabello esparcido en la almohada. El rostro tranquilo en el sueño. Hermosa. Siempre hermosa.

Gary se quedó en umbral. Memorizando. Quería besarla. Despertarla. Quería decirle que la amaba, una vez más. Pero si lo

hacía no podría irse. Así que dejó la carta en la mesa de noche, donde ella la vería al despertar.

Se le contrajo la garganta, y los ojos le picaron, las emociones como un vendaval desatado adentro de su pecho. Doliendo, gritando, maldiciendo. Pero ninguna escapó, y salió tan silencioso como había entrado.

De vuelta en su auto, sus manos temblaban tanto que apenas pudo poner la llave en ignición. Pero lo hizo. Manejó de vuelta a su apartamento. Empacó maleta con lo esencial.

A las ocho envió su renuncia por email a la empresa, con copia a Kingship. Media hora después, Carter lo recogió. Manejó en silencio, y solo al despedirse, hubo diálogo.

—Todavía puedes cambiar de opinión.

—No puedo.

—Sí puedes. Daphne te perdonará. Probablemente ya leyó la carta y está buscándote.

Gary sacudió su cabeza. No iba a mirar el móvil hasta no estar en el avión.

—Tengo que hacer esto.

—No *tienes* que hacer nada. Estás eligiendo hacerlo. Hay diferencia.

No dijo más, y avanzó por el chequeo de seguridad sin mirar atrás. Casi corriendo, porque si no ponía su energía en avanzar, la pulsión para quedarse lo arrastraría con ella.

Solo cuando estuvo en su asiento, abrió el móvil. Había varias llamadas perdidas y mensajes. Desplegó estos.

***DAPHNE**: ¿Dónde estás?*

***DAPHNE**: Gary, responde.*

***DAPHNE**: Leí tu carta. No hagas esto.*

***DAPHNE**: Por favor. Hablemos.*

***DAPHNE**: Te amo. No me importa lo demás.*

***DAPHNE**: Gary, por favor.*

El último mensaje había sido hace diez minutos.

DAPHNE: *Si te vas, no sé si podré perdonarte. No por irte, sino por no pelear.*

Gary escribió una respuesta. Borró. Escribió de nuevo. Borró. Finalmente envió:

***GARY**: Lo siento. Te amo. Cuídate.*

Apagó su teléfono antes de que pudiera responder, justo cuando la señal de apagar los dispositivos lo marcaba. Se hizo atrás, recostándose en el asiento. Estaba dejando su corazón, pero lo hacía por ella.

Tal vez este podía ser un hasta luego, y en el futuro, ellos… *«No sueñes. No te hagas expectativas. No vale la pena. Asume las consecuencias»*.

Capítulo 26

Daphne despertó a las seis y media con sensación de que algo estaba mal. Le había costado conciliar el sueño; durmió, pero se sentía agotada. Suspiró hondo, desalentada. Extendió la mano al lado de cama donde Gary había dormido unas noches antes, la última vez que habían podido verse entre crisis y reuniones y la prensa acosando.

Estaba frio, se sentía vacío. Se sentó y por un momento quedó quieta, buscando la energía para levantarse. Buscó su móvil y entonces vio un sobre blanco en la mesa de noche. Tenía su nombre escrito con la letra de Gary. Frunció el ceño, desorientada.

¿Había estado aquí? ¿Por qué no la despertó? La sensación de que había algo mal creció veloz. Con manos que ya temblaban, se estiró para tomarlo y lo abrió. Las primeras palabras la impactaron:

Leyó.

Daphne,

Cuando leas esto, ya me habré ido...

El mundo se detuvo y las alarmas sonaron en su cabeza. Leyó la carta completa con el corazón en el puño. Releyó, con ojos repletos de lágrimas.

Gary se había ido. Había renunciado. Había decidido, sin consultarle, sin pelear, sin darle opción, que sabía qué era mejor para ella.

«No me busques. Por favor».

Daphne arrugó la carta en el puño, y golpeó el colchón con ira desconocida para ella, que era una mujer de emociones bastante controladas. Hasta hoy.

Se levantó y casi se cae enredada en el edredón, y a los tumbos, con las manos en la cabeza, caminó en la habitación.

Tenía que pensar. Tenía que evitar que estas emociones la ahogaran. Gary no se había ido porque dejó de amarla. Se había ido

porque la amaba. Eso estaba claro en esa carta. «*Me ama. No quiere dañarme».*

Lo cual era peor. Mucho peor. Porque significaba que él creía, realmente creía, que ella no podía manejar la situación. Que era demasiado frágil. Demasiado débil. Que necesitaba ser salvada.

Como si ella no hubiera estado peleando por este proyecto y por ellos. Como si no hubiera enfrentado a los que la denostaban con valentía e inteligencia. Lo había hecho, y creía que estaba revirtiendo las cosas.

«Idiota, necesito que sigas amándome, cocinando para mí, contándome tus proyectos, follándome tonta. No es necesario que te alejes, no resuelve nada. Me destrozas».

No, no lo dejaría comportarse como un mártir, no había necesidad de ello. Tomó su móvil con decisión y marcó su número con dedos veloces. Saltó de inmediato el buzón de voz.

Llamó de nuevo. De nuevo. De nuevo. Diez veces antes de que entendiera: no iba a responder.

Escribió mensajes. Uno tras otro.

¿Dónde estás?

Gary, responde.

Leí tu carta. No hagas esto.

Por favor. Hablemos.

Te amo. No me importa lo demás.

Gary, por favor.

Ninguna respuesta. En el último mensaje, descargó su frustración. La idea de que huyera sin pelear era desoladora. Ellos merecían eso. Aliarse para defender su relación. ¿Cómo era tan obtuso?

Dolía que se rindiera así, decidiendo que el amor que se tenían no era suficiente.

Finalmente recibió una respuesta. «*Lo siento. Te amo. Cuídate».* Daphne miró la pantalla, esas cuatro palabras patéticas. Algo dentro de ella se quebró. Y se endureció. Al mismo tiempo.

Se duchó. Se vistió. traje negro. Tacones. Maquillaje perfecto que escondía la evidencia de las lágrimas.

Si Gary Superville pensaba que la ayudaba alejándose, estaba equivocado.

Las oficinas de Kingship a las nueve de la mañana eran caos contenido. Daphne entró con cabeza en alto. Ignorando miradas, sorteando susurros. Su tía Augusta la interceptó antes de que llegara a su oficina.

Que estuviera aquí hablaba volúmenes: su familia estaba preocupada

—Daphne, querida… ¿Qué está pasando?

La miró con pregunta en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—Gary. Su renuncia.

Ah, había renunciado formalmente.

—Supuse que lo haría, porque se despidió de mi en una carta.

El rostro de su tía demostró su sorpresa. Luego, su piedad, y eso la rebeló más.

—Oh, mi querida, Daph…

—No digas nada, lo voy a solucionar —le dijo, sin quebrarse, aunque el esfuerzo que debió hacer fue grande—. ¿Dónde está Harrison?

—En su oficina. Pero Daphne, si necesitar hablar… Sabes qué estoy. Tómate un tiempo. Estás reaccionando a diestra y siniestra y no te has dado la oportunidad de sentir.

—No necesito tiempo. Necesito salvar este proyecto —Daphne miró a su tía—. Gary renunció para eliminar la excusa del conflicto de interés. Cree que alejándose salva a Eastside, y a mí, pero voy a asegurarme de hacerlo yo.

Augusta estudió su rostro.

—Estás furiosa.

—Estoy devastada. Pero la furia es más útil ahora mismo.

—¿Lo amas?

—Sí. Por eso estoy tan enojada. Porque él... —voz se quebró apenas— porque él se rindió. Decidió por mí. Como si yo no tuviera voz en esto.

—Los hombres son idiotas.

—Sí. Pero este era mi idiota. Voy a arreglar esto —Daphne respiró hondo—. Puedo y lo haré.

Taconeó hasta la oficina de su hermano, donde entró con solo un golpe de anticipación. Él levantó su cabeza de las planillas en las que vivía enterrado.

—Necesito que tomes el liderazgo del proyecto Eastside —le dijo.

Harrison parpadeó.

—¿Qué?

—No me importa lo que digan. Pero sí que esas casas se construyan.

—Daphne...

—Si tú tomas la posta, será perfecto. Ya lo hemos hecho antes, ayudarnos —continuó.

—Tú has hecho un trabajo de la hostia. No permitas que te corran.

—No me corren. Estoy dando un paso estratégico. Esto no es sobre orgullo, control, apariencias —Daphne se sentó—. Harrison, este proyecto necesita sobrevivir. Esas familias necesitan sus hogares. Y yo... yo soy un obstáculo ahora. Incluso sin Gary. Porque el escándalo sigue asociado conmigo.

—Eso es injusto —gruñó Harrison, y dio un resoplido frustrado.

—Es realidad. No me importa si es justo o no. Me importa que el proyecto suceda.

Harrison la miró largo momento.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Quedarme en Kingship, claro, pero con un rol diferente. Consultoría. Desarrollo de estrategia. Menos visible. Menos vulnerable a ataques.

—¿Y Gary? Leí su renuncia, hablé con Carter sobre eso. Este está muy fastidiado con la determinación, pero le dará tiempo. Son amigos.

—Gary tomó su decisión. Ahora yo tomo la mía.

—¿Qué significa eso?

—Significa que voy a salvar lo que él dejó atrás. Y luego... luego voy a ir a buscarlo. Y voy a decirle exacto qué pienso de su sacrificio heroico estúpido.

El fantasma de sonrisa cruzó rostro de Harrison.

—Ahí está. Mi hermana la luchadora. Ese pobre gilipollas no sabe lo que le espera.

—¿Tomarás el proyecto?

—Sí. Pero bajo una condición.

—¿Cuál?

—Cuando encuentres a ese idiota y le des un pedazo de tu mente... también le dices que lo queremos de vuelta. Como arquitecto. Merece ver la construcción terminada.

Asintió. Habría varios pasos que dar para convencerlo, y esperaba que él tuviera lo que se necesitaba para volver a Savannah, con ella. Paciencia, confianza, y todo el amor que decía. Esta ciudad, su élite, podía ser tan cruel.

—Si todavía quiere regresar después de que termine con él.

—Querrá. ¿Quién no? Eres fenomenal, hermanita.

En la tarde, se reunió con el resto de la junta.

—Gary renunció esta mañana —comenzó—. Reconociendo que su presencia creaba percepción de conflicto de interés. Yo acepto que no estuve acertada al no revelar mi relación con él.

—Muy desacertada, querida —dijo la tía Lucille, meneando la cabeza—. Los rumores son insoportables.

«Habla por ti —pensó—. Yo puedo soportar que algunos viejos gallos cacareen y hagan ruido. No me modifican». Pero su voz no demostró su fastidio.

—Sin embargo —continuó con voz firme—, cada decisión que tomé sobre proyecto Eastside fue basada en mérito. Los diseños del señor Superville son superiores. Su presupuesto competitivo. Su experiencia relevante.

—Deberíamos haber dejado que Whitmore tomara esos terrenos. Nadie va a creer que es una inversión adecuada —dijo Cornelius desde esquina.

—¿Nadie? Te equivocas. La gente que de verdad quiere ayudar no se limitará por eso. Los que reciban las casas, tampoco. Si

la fundación retrocede porque un inversionista de la vieja escuela hace guerra sucia para quedarse con los terrenos, estamos fallando.

—Aun así —Lucille intervino con tono más suave—. La percepción importa, Daphne, y esta es que tu juicio fue comprometido.

—Entiendo. Por eso estoy proponiéndole a Harrison tomar liderazgo del proyecto. Yo me moveré a un rol consultivo. Menos visible. Pero Harrison tiene experiencia, credibilidad, y —miró alrededor de mesa— nadie puede cuestionar su juicio.

Hubo un silencio mientras se procesaba la información. Su hermano Rhett cabeceo, y le sonrió. Tenía su apoyo, el de Augusta, el de Harrison. Su madre asintió y le envió un beso, y un silenciosos «¡*Bravo*!» que la calmó.

—¿Harrison está de acuerdo? —preguntó Augusta.

—Sí —Harrison habló desde su asiento—. Con la condición de que alentemos a Carter a continuar con el diseño original.

Al final, votaron. Nueve a tres a favor de continuar financiando el proyecto con Harrison como líder. Daphne salió de reunión exhausta pero aliviada.

Eliza la interceptó en pasillo.

—Hermanita, ¿cómo estás?

—Estoy entera —dijo, y Eliza la abrazó, impulsiva, apretándola.

—Daph, te admiro mucho, quiero que lo sepas. Yo, Ehhh — se separó y la miró, nerviosa. Eliza no solía ponerse así.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

—Di una entrevista al *Connect Savannah*. Sale mañana.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque alguien tenía que defenderte. Alguien de la familia tenía que hablar. Esto es basura, Daphne. La manera en que la prensa los trató. Los artículos venenosos. Sé que piensas que bajar el perfil es lo necesario, pero yo sé de medios… Y crear impresiones cuenta, permite dar giros a la narrativa.

—Eliza...

—Dije que proyecto Eastside es exacto el tipo de trabajo del que Kingship debería estar orgulloso. Que Gary Superville es un

arquitecto talentoso que merece respeto. Que la empresa de Carter invierte en cambios que cuentan. Y que tú eres la mejor directora que esta organización ha tenido en décadas —Eliza cruzó brazos—. Tal vez causé problemas. Pero no me importa. Eres mi hermana.

Daphne sintió las lágrimas picarle en los ojos. Era la primera emoción real que se permitía desde que leyó carta.

—Gracias —susurró

—Dicen que Gary se fue, ¿es cierto?

—Así es.

—¡Será gilipollas! —meneó su cabeza—. ¿Vas a ir por él?

—Eso creo. Aunque no sé por dónde empezaré.

—Detroit probablemente. Ahí tiene un apartamento todavía.

—¿Cómo lo sabes? —Su hermana enrojeció, y esto la alertó.

—Eliza...

—Tengo mis fuentes, ¿Okay?

No le pudo sacar más. Luego de un rato firmando papeles, volvió a su casa. Por fortuna pudo salir del lugar evitando a los periodistas.

Llegó a su apartamento y suspiró largo, exhausta, triste. El lugar era una fuente de recuerdos, y juraba que todavía olía a Gary. Había incluso una chaqueta olvidada en una silla.

Era de nochecita cuando Carter la llamó.

—¿Hola?

—Daphne, hola. Ya me enteré de las novedades.

—Sí, lamento… Carter, te debo una disculpa. Yo…

—Nah, para nada. Escucha, lo que sí debes hacer es ir por el gilipollas que se cree Superman. Está en Detroit —dijo sin preámbulo —. En su apartamento. La dirección es 2847 Woodward Avenue. Apartamento 4B.

Daphne parpadeó, y luego reaccionó, corriendo a su agenda para garabatear la dirección.

—Carter...

—No me lo agradezcas. Ustedes necesitan tener una conversación real. No cartas. No mensajes. Cara a cara. Necesito a mi mejor arquitecto aquí.

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

—La cosa con Gary es así: las emociones lo asustan, pero las desea con fervor. Está muy enamorado, lo sé, lo conozco. Lo único que podría hacer que dejase un proyecto sin luchar es algo más grande. Esa eres tú.

—Eso espero.

Daphne colgó. Miró la dirección que Carter le había dado. Su cabeza se metió en proyectar. Detroit. Podía tomar un vuelo mañana, estar allá en poco tiempo, y confrontar a Gary. Decirle exacto lo que pensaba. Luego...

Esperaba que reaccionara y entendiera. Otros podían gestionar el proyecto, llevarlo a la concreción. Los excedía a ambos, y estaba bien. Habían hecho su parte. Lo que otros no podían vivir por ellos era el amor.

Capítulo 27

Harrison la llamó temprano en la mañana, su voz más agitada de lo habitual.

—Daph, lee ese enlace. No lo vas a creer. Lo cambia todo.

Había estado alistando su bolso de viaje. Pulsó sobre el enlace, y abrió la boca muy grande. Era el titular del Savannah Morning News.

«ESCÁNDALO EN WHITMORE DEVELOPMENT: Inspectores encuentran materiales defectuosos en complejo Harbor Point».

Daphne leyó rápido, y el corazón se le aceleró con cada párrafo. Una inspección sorpresa se llevó a cabo gracias a una investigación iniciada por una serie de denuncias.

Era el desastre para una empresa dedicada a los inmuebles. Materiales de construcción por debajo de código. Vigas estructurales comprometidas. Sistemas eléctricos peligrosos. Quien estaba detrás de las denuncias, según el artículo, era Theodore Talmadge.

—Talmadge —murmuró Daphne.

El teléfono sonó otra vez.

—Esto es bueno, Daph —Eliza no se molestó en saludar, su voz vibrando—. Ese hijo de puta de Whitmore va a tener muchos problemas propios como para seguir jodiendo. Todos sus proyectos van a estar en cuestionamiento.

—No lo puedo creer —murmuró—. Ojalá hubiese explotado antes.

—Mejor tarde que nunca, y esto quitará el ojo de nuestra empresa —dijo Eliza con satisfacción—. Aparentemente Talmage tenía inspectores en nómina esperando el momento perfecto. Y después de que Whitmore atacó a Kingship, decidió que había que exponerlo.

—¿Esto es real? ¿No solo venganza?

—Oh, es real. El Tribune tiene fotos. Documentación. Testimonios de contratistas que Whitmore presionó para usar

materiales baratos. Es un gran desastre, Daphne. Completo. Y lo de esa mujer… Carter está muy disgustado.

—¿Qué? ¿Quién?

—Megan Torres. Muy cercana a Gary.

Colgó con precipitación, y fue de nuevo al artículo, buscando con febril interés. «Un t*estigo clave en la investigación es Megan Torres, empleada de la firma a cargo del proyecto Eastside, quien proporcionó prueba de conversaciones con representantes de Whitmore Development. Torres alega que la contactaron buscando información sobre el proyecto Eastside de Kingship, y que ella proporcionó detalles».*

—Megan… Increíble.

¿Por qué haría eso? Era una profesional respetada, Gary le tenía mucho aprecio. Luego, recordó las miradas duras sobre ella, su rostro tan serio cuando iba a la empresa. Daphne había pensado que tal vez tenía un crush con Gary.

¿Habría actuado por celos? Por dinero, más probablemente. Sacudió su cabeza y pensó que eso no tenía forma de saberlo. Lo que sí podía era proyectar.

Whitmore estaba jodido. El Consejo de ciudad suspendería sus permisos. Lo investigarían, podría haber cargos criminales por negligencia, conspiración económica, y más. El escollo más importante del proyecto Eastside desaparecía.

Daphne dejó teléfono. Miró por la ventana hacia Savannah extendiéndose debajo. Más razones para ir por Gary y confrontarlo. Tenían mucho de qué hablar.

Gary no la conocía en su versión más contestataria, y vería de mostrarle que estaba enojada y decepcionada. El amor no le impedía ver que debían componer lo roto, o su relación no tenía chances.

***

El vuelo a Detroit duró tres horas. Daphne pasó cada minuto ensayando qué diría.

Versión uno: furiosa. Gritos. Acusaciones. «¿Cómo te atreviste a decidir por mí?»

Versión dos: fría. Distante. «Vine a decirte EN PERSONA que el proyecto está salvado. Porque así se hacen las cosas: de frente. Pensé que deberías saber».

Versión tres: honesta. Vulnerable. «Te extraño. Vuelve a casa.»

No sabía cuál usaría hasta que lo viera. Probablemente una mezcla de las tres, porque así se batían en su cabeza. El taxi desde el aeropuerto la llevó a un vecindario de edificios antiguos, pero mantenidos, con alma. La gente circulaba yendo a trabajos, a tiendas, a vidas normales.

El mundo de Gary. No el suyo. Todavía. 2847 Woodward Avenue era un edificio de ladrillo de cinco pisos. Sin portero. Sin lobby elegante. Solo una entrada con buzones y escaleras.

Daphne subió las escaleras con el corazón latiendo tan fuerte que sentía el pulso en la garganta. Cuarto piso. Pasillo estrecho con alfombra gastada. Luces fluorescentes. Puerta 4B.

Respiró hondo. Tocó. Nada.

Tocó de nuevo. Más fuerte. Pasos.

Luego, la voz de Gary, ronca, cansada, desde el otro lado.

—¿Quién es?

—Soy yo.

Silencio. Largo. Tan largo que Daphne pensó que no abriría. Luego el ruido de la llave girando.

El alivio la llenó.

Cuando la puerta se abrió, lo vio, y el shock la hizo desmesurar sus ojos.

¡Dios! Gary se veía … Como un versión ajada y gris del hombre que la enamoró.

Barba de días. Ojeras profundas. La camisa arrugada y los jeans en igual estado le contaban que había dormido con ellos puestos. El único brillo era el de su mirada sobre ella, que la acarició con calidez.

Él lucía abatido y hundido, y no hubo posibilidad de que sus planes salieran como los ensayó.

—Daphne — susurró, con incredulidad—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué crees que hago aquí? —ella encontró su voz, y también fue un murmullo—. Vine a buscarte.

—Te dije que no lo hicieras. Solo te detengo y te complico.

No había convicción en esas palabras, ni calor. No las tomaría a pecho; él no sabía que había ocurrido, seguía pretendiendo que escapar de ella iba a servir de algo.

Tonto, querido tonto suyo.

—Yo te dije que no te perdonaría por no pelear. Parece que ninguno es bueno siguiendo instrucciones.

Gary se apoyó contra marco de puerta, como si necesitara soporte físico. ¡Ah, esa mirada que era deseo y necesidad!

Daphne estaba temblando de ganas de abrazarlo y besarlo, de quitarle el frio de los huesos, pero antes tenía que hablar, decir, contar.

—No deberías estar aquí.

—Pues aquí estoy de todos modos —Daphne cruzó brazos—. ¿Vas a dejarme entrar o vamos a tener esta conversación en pasillo?

—Daphne...

—Gary. Déjame. Entrar.

Se hizo a un lado. Ella entró. El apartamento era pequeño, pero muy Gary. Optimizado para sacar lo mejor de él, y pura luz, con ventanales y balcón, y decorado en un estilo minimalista. La estrella era un sofá borgoña se veía bien usado.

Una maleta en un rincón contaba su historia de abandono. No la había desarmado, como si aguardase a un impulso. No era necesario. Daphne estaba allí ya.

—No has dormido bien, ¿no es así? ¿Te sentías miserable? —preguntó girándose hacia él.

—Daphne, por favor... Sabes que es así —dijo, y meneó su cabeza—. Descolorido, sin ánimos. Pero debía hacerlo, darte la oportunidad.

—No, nada de eso —interrumpió—. Ni por favor, ni tenía qué. Me debes una conversación real. Así que siéntate, y escucha.

Gary obedeció, y hasta su posición era de derrota, con los codos en las rodillas. Daphne se quedó de pie, y se movió de un

lado a otro.

—Te fuiste —comenzó—. Sin pelear. Sin darme opción. Decidiste que sabías qué era mejor para mí. Como si yo fuera una niña que necesita protección.

—No fue...

—¿No fue qué? ¿Condescendiente? ¿Arrogante? ¡Claro que lo fue, Gary! —elevó sus brazos—. Pasé meses peleando por ese proyecto. Enfrenté a Whitmore. Enfrenté a la prensa, a donantes enojados. Y cuando finalmente las cosas se pusieron difíciles de verdad, te fuiste. Me dejaste pelear sola.

—Estaba tratando de salvarte.

—¡No necesitaba ser salvada! —su voz subió—. Necesitaba que estuvieras conmigo. Necesitaba que confiaras en que podía manejar la presión. Que éramos fuertes juntos.

Gary levantó su cabeza. Los ojos rojos lucían devastados.

—Estaba destruyendo tu vida.

—Estabas complicándola. Hay diferencia.

—Tu familia...

—Mi familia siempre va a tener opiniones. Sobre todo. Ese es el trabajo de las familias. La mayoría me apoya, además. Y Gary, no vivo para ellos. Vivo para mí, y elegí estar contigo.

—El proyecto...

—El proyecto está bien. Mejor que bien. La construcción comenzará en horas. Se terminaron los cuestionamientos, las demoras. Whitmore colapsó: toda su empresa. Talmadge denunció sus trapisondas con pruebas: sus construcciones están bajo la lupa y enfrentará cargos por negligencia, conspiración, etc., etc.

—¿Qué? Pero… ¿Cómo?

—Siempre hay un tiburón más grande, Gary. Otra cosa, tu colega, Megan…

—¿Qué hay con ella? Es que… No me digas que era la que filtraba —Se llevó las manos detrás de la cabeza y sopló—. Lo sospechaba, pero no tenía modo de… ¡Qué pena! Una profesional tan eficiente.

—Su testimonio va a ser importante para el juicio, y demostrará que hubo malas intenciones en contra del proyecto

Eastside.

Gary parpadeó, y su rostro se suavizó, lento. Como si las implicancias de la información iluminaran un escenario distinto, y comenzara a valorarlo.

Su cuerpo se irguió, sus facciones se aflojaron y un inicio de sonrisa fue suficiente para traer al hombre seguro y magnético de vuelta. Daphne se acercó.

—Todo por lo que te sacrificaste... ya está asegurado. Entonces dime. ¿Valió la pena? ¿Tu decisión de dejarme y hacernos pasar horrible a ambos? El proyecto se salvó, y lo haría de un modo u otro. Fuiste un gilipollas.

Lo murmuró, pero él asintió con vehemencia, y le tomó las muñecas con suavidad, acariciando su piel con los pulgares.

—No te dejé por el proyecto —su voz sonó—. Te dejé porque te amo. Porque verte sufrir por mi culpa era insoportable.

—No sufría, estaba haciendo mi tarea al frente de Kingship. No sufro si estoy contigo. ¡No me importa lo que opinen los demás! Al final del día, lo que importa es no ser deshonesta ni hacer mal. La verdad iba a triunfar igual; solo se apuró el proceso.

—Creí que era un lastre —murmuró.

—No tienes que suponer. ¡Habla conmigo! Gary, la vida es complicada. Habrá más Whitmore. Más presión. Y si cada vez que las cosas se ponen difíciles vas a decidir solo…

—No vamos a sobrevivir —completó, y asintió.

Sus manos acariciaban los brazos femeninos, el contacto tibio, y Daphne vibró con él.

—Exacto.

Había algunas lágrimas en los ojos de Gary, sin vergüenza, no escondidas. Lo quiso más. Eso necesitaban: mostrarse en lo más vulnerable, en su lado oscuro, para reconocerse y valorarse. Sin esconderse.

—No sé cómo arreglar esto. Lo que rompí.

—Regresando —dijo simple—. Conmigo. A Savannah. Al proyecto. A nuestra vida.

—¿Cómo es que me quieres, si fui un idiota y…?

Daphne tomó su rostro en sus manos para que la mirara al fondo de sus ojos, donde latía la verdad más obvia.

—Gary, te amo. Voy a amarte cuando mi familia desapruebe. Cuando la prensa escriba artículos. Cuando todo se ponga difícil. Porque eso es lo que haces cuando amas a alguien. No huyes. Peleas.

—Dijiste que no me perdonarías.

—Mentí. Ya te perdoné. En vuelo aquí. Estuve enojada y dolida y vacía sin ti. Pero entendí que no importa qué tan furiosa estuviera. Te amo. Y amar significa perdonar incluso cuando la otra persona es un idiota monumental.

Gary se rio, y el sonido limpió el aire entre ambos.

—Soy un idiota monumental.

—Sí. Pero eres mi idiota —Daphne lo besó—. Tienes tu maleta lista. Eso nos ahorra tiempo.

—Es cierto.

—Gary. Dime que regresarás. Dime que no vas a huir de nuevo. Dime que vamos a enfrentar lo que venga, juntos.

—Sí —susurró—. Sí. Lo prometo.

—¿Lo prometes?

—Lo juro. Nunca de nuevo. Pase lo que pase. Juntos.

Daphne lo besó de nuevo. Cuando se separaron, Gary puso frente contra la suya.

—Te extrañé tanto. Cada día. Cada hora.

—Yo también.

La tomó de la barbilla y la besó con suavidad, y Daphne sintió ese calorcillo que solo él lograba, que le venía desde la planta de los pies y florecía por su vientre hasta llegar a su garganta y por su rostro.

Como un sol interno que salía cuando estaba con él, porque era su persona. Con fallos, como ella. Con amor, como ella.

—Lo siento. Por irme. Por decidir por ti. Por ser cobarde —susurró sobre su boca, y Daphne lo besó, tomándolo por el cuello, deleitándose en sus labios, mientras él la atraía y la acariciaba en la espalda.

—Lo sé. No vuelvas a hacer algo así.

—No lo haré. Te lo prometo. Esto ha sido… Duro. Una cosa era la soledad antes de ti, no me molestaba. Pero estar sin ti es… Demoledor.

—Bien. Una lección aprendida.

Se quedaron así. Juntos, apretados, besándose, por un largo rato, sosteniéndose uno al otro como si fueran salvavidas.

Capítulo 28

Gary había pensado que no volvería a verla. Que su decisión de irse había sido final. Que Daphne eventualmente seguiría adelante. Encontraría a alguien mejor. Alguien que perteneciera a su mundo. Eso lo consolaba por ella, pero él…

Estaba devastado. No se molestó en desempacar, ni en cocinarse. Era un alma en pena, incomunicado, además, porque no quería ser convencido, y estaba seguro de que Carter y Daphne le llamarían sin parar.

No quería ser tentado. Estaba a un grito de enviar su sacrificio a tomar por culo y volver a ella.

Y entonces Daphne, como la mujer maravillosa que era, había tocado a su puerta. Vino a él, con la energía de una fémina poderosa y magnífica, que perdonaba, pero no le dejaba de decir lo que pensaba de su retirada.

Todas las razones por las que había huido se desmoronaron. Cuando la vio, furiosa, hermosa y tan claramente triste como él... Supo que había cometido el peor error de su vida. No en amarla. Sino en dejarla.

Ahora, horas después, estaban en su sofá. Daphne acurrucada contra él. L cabeza contra su pecho, sus dedos trazando patrones en su camisa arrugada.

—Vuelvo contigo —dijo cuando se separaron—. Mañana.

—¿A tu apartamento o.…?

—Si me aceptas, al tuyo —dijo con firmeza—. Si todavía me quieres ahí. Porque Daphne, cuando dije que no voy a huir de nuevo, lo dije en serio. Estoy dentro. Completo. Todo.

—¿Todo?

—Todo. Tu vida. Tu familia. Tu mundo. Nuestro futuro. Lo que sea que venga.

Daphne sonrió. La primera sonrisa real que había visto desde que llegó.

—Gary, te adoro, y voy a dosificarte las veces que debas tolerar a mis tíos, excepto a Augusta. Mis padres y mis hermanos no tienen problemas contigo. Haremos lo que nos convenga a los dos.

—Mm. ¿No conviene que hagamos las paces en un sentido más corporal? —le dijo, sonriendo, y bajó su cabeza para acariciar la piel desde la base de su cuello hasta detrás de la oreja, con su nariz.

El suave calor de su respiración la enervó, y asintió lento, estirando el cuello para recibir más. Él besó su tendón y la línea de su mandíbula con calma, y sus manos trabajaron para desvestirla, sin apuro.

Le dejó hacer. A Daphne le gustaba liderar en algunos ámbitos, y en este le gustaba más recibir.

Las yemas de los dedos eran sabias, y cada punto de su piel que tocaban, lo despertaban y lo ponían a vibrar. Así lo hicieron sus pechos, que él veneró con sus manos, llenándose de ellos, sopesándolos y elevándolos para que su boca hiciera magia en sus pezones.

Daphne ronroneaba, y sintió que la dejaban ingrávida, cada ola de placer golpeando su intimidad, que pulsaba y esperaba con expectación su momento.

Sus manos no estuvieron quietas, porque parecía que se moría si no podía sentirlo. Sus palmas se colaron debajo de la camisa y acariciaron sus hombros, sus bíceps, luego volvieron hacia su tórax, justo cuando él migraba al sur, dejando una carretera de humedad, cortesía de su boca.

La lengua dibujó patrones en su vientre, en sus caderas, y en su paso por la pelvis, mordisqueó suave.

—¡Jodeeer! Estás tan mojada… —el primer lametón la elevó, como si una estilete de placer brutal la cortara al medio, y cuando él comenzó a pintar su vulva con su lengua como pincel, solo pudo apoyarse abrirse más, elevarse sobre sus talones para que él hiciera su trabajo a la perfección.

Daphne gemía sin control, sin tiempo para pensar en la osadía de su boca invadiéndolo todo, desde su clítoris, sus labios, la

entrada de su vagina, hasta el orificio más prohibido, que no pensó tuviera sensibilidad sexual.

—Te voy… A comer… entera… amor mío. ¡Te eché… de menos! —farfullaba, hablando y atacando su intimidad sin desmayo, hasta que ella casi no escuchaba, y el sonido era obsceno, de humedad.

No pudo soportarlo más: cuando el involucrado fue su clítoris, asediado por su lengua pulsando como si fuera un timbre, y su índice redondeando, Daphne llegó al clímax con velocidad, gritando, mientras sus oídos y cerebro parecían llenarse de suave algodón, ido cualquier pensamiento como no fuera *ifóllame, tómame, hazme sentir!*

—Oh, pero mírate, tan perfecta, tan mía —la voz de Gary sonaba ahogada, grave, y ella solo asintió, lento, para luego gemir, porque él se retiró.

—Nooo.

La risa se alargó, y él estuvo con ella de inmediato, ruido a plástico sonó rápido. Entonces, la punta de su verga se colocó entre sus piernas y pujó, pidiendo entrada.

—Sin goma —susurró ella, abriéndose más, pero a la vez elevándose un poco para verlo—. Quiero sentirte por completo.

Él abrió su boca y sus ojos se ensombrecieron, fijos en ella, que asintió. Lo rápido que se quitó el condón fue para el Guinness.

La suavidad de su polla parecía imposible. Ella ya conocía su textura, se la había mamado tantas veces como había podido.

Conocía el camino de la vena del largo, la seda del glande de furioso bordó, la rugosidad a medida que se acercaba a la zona de los testículos. Eso fue lo que averiguó su coño hoy, a medida que la pija para nada promedio de Gary la partía en dos.

—¡Fóllame como si me odiaras! —susurró, olvidando toda barrera, incitándolo a tomarla por completo.

Gary no hizo oídos sordos. Se clavó en ella, tomado de sus muslos, y la trajo más, para comenzar a follarla de verdad, con empujes desesperados, golpeando en distintos ángulos, mientras se inclinaba y lamía sus pechos, la besaba, le hablaba.

—Mírate que divina estás, llena de mí … Este coño es la puta hostia… No puedo creer que te siento de verdad… Toma, Daph… Siénteme…

Los embates eran brutales, perfectos, y ella gemía sin control. Sentirse así era alivio, completitud, maravilla, y cuando él gruñó y la miró con ojos feroces, y le anunció:

—Voy a correrme, Daph… Tócate, por favor, no puedo más…

Ella se llevó dos dedos hacia el clítoris y se excitó más, sin dejar de mirarlo, y entonces él dio vuelta sus ojos, su frenesí aumentó y gritó:

—Oh, joder, que puta gloria…. ¡Toma… ! ¡Toma mi leche, Daph!

Eran pura vibración, los dos corriéndose en sintonía, sacudidos, en un clímax sin parangones que pareció alargarse, y les dejó agotados, sin aliento. Llenos.

Esa noche, durmieron enredados en sofá demasiado pequeño de Gary. No fue cómodo. Pero fue perfecto. Porque estaban juntos, y esa era única cosa que importaba.

A la mañana, solo fue cuestión de higienizarse, desayunar, y organizar un poco. Gary nunca había desempacado realmente. Alguna ropa. Laptop. Herramientas de dibujo.

El vuelo de regreso fue diferente. Daphne dormida contra su hombro. Gary mirando por la ventana mientras Detroit desaparecía. Esta vez no estaba huyendo. Estaba regresando.

Y cuando avión aterrizó en Savannah, cuando salieron al calor húmedo de Georgia, Gary supo que estaba en casa. Daphne estaba a su lado. Y donde ella estaba... Ahí estaba su hogar.

Capítulo final

El regreso de Gary a Savannah no fue una explosión dramática en la prensa. Había otras noticias, más jugosas, y lo que había sido pan caliente se volvió noticas viejas, para alivio de él, de Daphne, y beneficio de Eastside.

Tomó unos pocos meses que el proyecto comenzara a concretarse en ladrillos, pero cuando ocurrió, cuando hubo una primera casa completa, Gary estuvo allí. Carter y Kingship lo reinstalaron en su puesto y por ello aceleró la concreción.

Seis semanas después, la primera familia se mudó. Rachel Morrison. Madre soltera de dos. Niño de cinco y niña de tres. Estaba sin techo, y no lo podían permitir, así que adelantaron la entrega, solo para ella.

La pobre mujer trabajaba dos empleos para llegar a fin de mes. Ahora tenía apartamento de dos habitaciones. Cocina completa. Sala de estar con ventana grande. Y guardería en primer piso donde sus hijos podían estar seguros mientras trabajaba.

Daphne estuvo ahí cuando recibió las llaves. Con Harrison, Carter, Augusta, y Gary. Por supuesto Gary. Sin prensa.

—Señor Superville —dijo Rachel cuando lo vio—. Escuché sobre usted. Sobre cómo diseñó esto. Quiero agradecerle.

Gary se sonrojó. Daphne sonrió y rodó los ojos. El gilipollas todavía no sabía cómo recibir gratitud.

—Solo hice mi trabajo —dijo.

—No. Hizo más que eso. Mi hija... —Rachel miró hacia su niña explorando apartamento nuevo— ella tiene su propia habitación por primera vez en su vida. Tengo una preciosa cocina para enseñarle cuando sea mayor. Ventanas grandes que dejan entrar luz. Esto es... esto es hogar. Real. Y ustedes lo hicieron posible.

—Thorton y Kingship lo hicieron posible. Y toda la comunidad que apoyó proyecto.

—Pero usted lo soñó. Y los sueños importan.

Daphne vio lágrimas brillar en los ojos de Gary. Rápidas. Pero ahí estaban. Porque esto era la razón por la que lo hacía. No por reconocimiento. No por dinero. Sino para que personas como Rachel y sus hijos tuvieran un lugar seguro para crecer.

Esa noche, en su apartamento, Gary estaba callado.

—¿En qué piensas? —preguntó Daphne acurrucada contra él en sofá.

—En que casi lo perdí. Todo esto. Rachel. Las familias. El proyecto. Tú —Gary la apretó más cerca—. Cuando me fui, pensé que estaba haciendo lo correcto. Pero habría perdido lo que importa.

—Pero no lo hiciste. Regresaste.

—Porque viniste por mí. Porque peleaste cuando yo bajé los brazos —señaló.

—Porque te amo. Y porque sabía que juntos éramos más fuertes.

—¿Lo somos?

—Mira lo que construimos. No solo casas. Sino una vida preciosa, juntos.

Gary la besó.

—Te amo, Daphne Montgomery.

—Yo también te amo, Gary Superville.

***

La mañana de inauguración amaneció clara y cálida. Típico de Savannah en primavera.

Daphne se despertó con luz filtrándose por ventanas del apartamento que compartía oficialmente con Gary. Su apartamento había sido demasiado pequeño. El de él, demasiado lejos.

Así que habían encontrado un nuevo lugar. Juntos. Con espacio para la mesa de arquitecto de Gary y el piano de Daphne, y la vida que estaban construyendo.

Daphne ya estaba despierta, en la cocina. Se sentía el intenso olor de café y algo quemándose.

—No estás cocinando, ¿verdad? —llamó él desde cama.

—¡Estoy intentando!

—Amor, tienes muchos talentos. Cocinar no es uno de ellos.

—Es solo tostadas.

—Las tostadas no deberían humear.

Risas. Maldiciones suaves. Detector de humo pitando. Gary se levantó, fue al baño, y cuando llegó a ella, la encontró ventilando la cocina con una toalla.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, desastre —la besó—. Ve a ducharte. Yo hago el desayuno.

—Pero quería...

—Lo sé. Y es dulce. Pero hoy es un día muy importante. Necesitamos llegar sin intoxicación por humo.

Se rieron.

—Está bien. Tú ganas.

Media hora después, estaban en auto manejando hacia Eastside.

Un año. Había pasado un año desde que Gary regresó. Y qué año había sido.

No perfecto. Hubo momentos difíciles. Momentos donde Gary todavía se cerraba cuando estaba estresado. Momentos donde Daphne todavía trataba de controlar todo. Momentos donde tenían que recordarse respirar y hablar y confiar.

Pero también hubo muchos, muchísimos momentos hermosos. Noches tranquilas. Mañanas perezosas. Risas sobre tostadas quemadas y películas malas y todo lo pequeño que hace vida valer la pena.

Y hoy... hoy era culminación del proyecto que los unió. Eastside estaba completo. La ceremonia de inauguración oficial era a las once.

Pero Gary había querido llegar temprano. Caminar por las casas una última vez antes de que se llenaran de gente.

Daphne caminó con él. Mano en mano. A través de pasillos que olían a pintura fresca. Por escaleras con barandales que Gary había diseñado. Pasando ventanas grandes que dejaban entrar la luz exactamente como él había planeado.

—¿Cómo se siente? —preguntó ella—. Verlo terminado.

—Surreal. Increíble. Aterrador.

—¿Aterrador?

—¿Qué si no es suficiente? ¿Qué si las familias no son felices? ¿Qué si...?

Daphne lo detuvo. Puso manos en su rostro.

—Gary. Mira alrededor. Esto es hermoso. Es funcional. Es exacto lo que estas familias necesitaban. Y ya están felices. Rachel me envió un mensaje ayer. Dijo que su hija dibujó un retrato de ti. Te llamó *el señor que construyó mi cuarto*.

Ojos de Gary se humedecieron.

—¿En serio?

—En serio. Así que respira. Y acepta que hiciste algo increíble.

—Hicimos. Tú también. Sin ti, sin Kingship...

—Sin ti, sin tu visión, esto sería solo un edificio genérico. Tú le diste alma.

Se besaron. Suave. En el pasillo vacío de un edificio que casi no existió.

A la hora señalada el lugar estaba lleno. Todas las familias. El equipo completo de Kingship. Concejales, incluyendo a Chen y Hendricks. Theodore Talmadge con sonrisa satisfecha. La prensa. Y la familia Montgomery. Completa.

Horace y Eleanor. Beau y Lila. Rhett con Michelle. Eliza radiante, Harrison más serio, pero satisfecho. Su labor en Kingship era muy buena, aunque prefería los números. Daphne asesoraba, y había encontrado que le gustaba ser el cerebro bajo cuerdas. Menos visibilidad, menos tolerar pamplinas.

Hasta Lucille había venido. Todavía desaprobando en silencio, pero presente. Carter dio el discurso principal, contando la historia de proyecto. Los obstáculos, los triunfos, las personas que lo hicieron posible.

—Y aunque muchos contribuyeron —dijo— hay dos personas sin quienes esto no existiría. Daphne, cuya visión y tenacidad mantuvieron este proyecto vivo incluso cuando parecía imposible. Y Gary Superville, cuyo diseño no solo creó edificios, sino comunidad.

Aplausos. Fuertes. Genuinos. Gary no dio discurso. Nunca le gustaron. Pero Daphne vio puro orgullo en su rostro. Satisfacción.

Hubo testimonios que aportaron la cuota humana, de color. Rachel. La señora Morrison. Contando historias de cómo estas casas cambiaban sus vidas. Niños con habitaciones propias. Madres con trabajos porque la guardería era accesible. Comunidad donde antes había aislamiento.

Al final, cuando la ceremonia oficial terminó y la gente comenzó a dispersarse hacia la barbacoa comunitaria, Eleanor se acercó a Daphne y Gary.

—Señor Superville —dijo con tono formal que Daphne conocía bien.

—Señora Montgomery.

—Quiero darle la bienvenida oficial a la familia.

Gary parpadeó, y Daphne sonrió.

—Mamá, lo has tenido en tu casa en cada fiesta que se te ocurrió organizar.

—Sí, pero me gusta decir gracias en voz alta. La felicidad de mis hijos es el activo mayor de mi familia. Haces feliz a mi Daph, así que tienes mi bendición.

Daphne sintió lágrimas llenando sus ojos.

—Mamá...

Gary extendió su mano, un poco rígido.

—Gracias, señora Montgomery. Significa mucho.

Eleanor la estrechó. Luego, sorprendentemente, lo abrazó.

—Cuida a mi hija.

—Siempre.

—Y Daphne... —Eleanor miró a su hija— estoy orgullosa de ti. De lo que lograste. De cómo peleaste. De la mujer en que te has convertido.

—Gracias, mamá.

Cuando Eleanor se fue, Daphne se apoyó contra Gary.

—¿Eso realmente pasó?

—Creo que sí.

—Tu madre me abrazó.

—Lo sé. Estoy tan sorprendida como tú.

***

La tarde se fundió en noche, y la celebración continuaba. Niños jugando. Adultos conversando. Música suave de altavoces que alguien había traído.

Gary se encontró hablando con Theodore Talmadge.

—Buen trabajo, joven —dijo el anciano—. Muy buen trabajo.

—Gracias, señor.

—Whitmore está acabado, ¿sabes? Completamente. Perdió todo en los juicios.

—No puedo decir que lo lamento.

—Ni yo —Talmadge sonrió—. Sé que suena horrible, pero… No soy un hombre de grises. La revancha es dulce. Pero esto... —señaló edificios— esto es mejor. Ustedes construyeron donde ese idiota destruía. Me gustó sentirme el fiel de la balanza —guiñó un ojo.

Gary se rio sin remedio. Era un hombre aterrador, pero estaba de su lado. Más tarde, encontró a Carter cerca de área de juegos.

—¿Recuerdas cuando pensaste que esto era una mala idea? —preguntó Gary.

—Nunca dije que fuera mala idea. Dije que era complicada.

—Estabas en lo correcto.

—Usualmente lo estoy —Carter sonrió—. Pero sabes en qué más tenía razón...

—¿En qué?

—Que valía la pena. Tú y Daphne. Esto. Valió cada complicación.

—Sí. Valió.

Observaron el entorno, a la comunidad que habían ayudado a crear.

—¿Qué sigue? —preguntó Carter.

—Quiero quedarme aquí. En Savannah. Con Daphne. Construir nuestra vida, además de edificios.

—Suena como un excelente plan.

—¿Y tú?

—Oh, yo también me quedo —Carter miró hacia donde Eliza estaba riendo con grupo de personas—. Parece que Savannah tiene sus encantos.

Gary siguió su mirada. Parpadeó.

—¿Tú y Eliza?

—¿Qué? Nahh.

Lo miró con el ceño fruncido. Le mentía.

—Carter…

—Oh, allá está Horace. Tengo que hablar con él —indicó, retirándose.

Gary meneó la cabeza. Esperaba que su jefe no trajera problemas.

A las ocho, cuando sol comenzaba a ponerse, Gary buscó a Daphne. La encontró en la zona más verde, mirando lejos.

—Hey —dijo uniéndose a ella.

—Hey.

—¿Cansada?

—Exhausta. Pero bien cansada.

Se sentaron. Mirando Savannah extendiéndose ante ellos. Daphne puso su cabeza contra su brazo, y miraron mientras el sol se ponía.

—¿Sabes qué? —dijo Daphne después.

—¿Qué?

—Somos bastante buenos en esto. En enfrentar imposibles. En construir cosas contra probabilidades.

—Somos un equipo bastante bueno.

—El mejor equipo.

—¿Lista para siguiente aventura?

—Siempre y cuando sea contigo.

—No lo querría de otro modo.

¿Quieres saber qué pasó entre Eliza y Carter después de la inauguración? Descubre el momento

que cambió todo entre ambos. ¡Bonus gratis! AQUÍ: https://forms.gle/Ubdst1AcfDhUZuKN9

FIN

¡NOVEDADES!

¡GRACIAS POR LEER!

- **Si NO ESTÁS LISTA/O PARA DESPEDIRTE, Obtén el capítulo bonus de Eliza:**

https://forms.gle/Ubdst1AcfDhUZuKN9

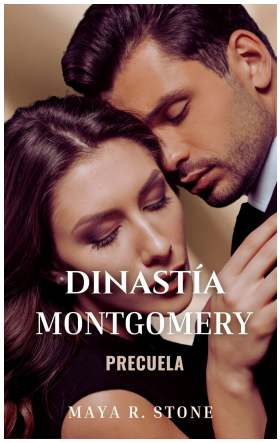
- **En mis próximas newsletters, tendrás acceso a:**

- ❖ Escenas eliminadas de Daphne y Gary
- ❖ POVs exclusivos de tus personajes favoritos
- ❖ Adelantos de próximos libros
- ❖ Relatos cortos solo para suscriptores
- ❖ Cartas, textos y momentos que no entraron

- **¿AMASTE A LA FAMILIA MONTGOMERY?**

Lee cómo comenzó todo:
PRECUELA: rxe.me/LFPVG5

La novela que inicia la serie de los tórridos romances en la ciudad de Savannah, Georgia.



DINASTÍA MONTGOMERY 1:
rxe.me/H3WDXN

Romance contemporáneo de millonario en el Sur de EE. UU.: una madre soltera y un heredero Montgomery unidos por una apuesta que se vuelve amor.



DINASTÍA MONTGOMERY 2:
rxe.me/QLRS9N

Un millonario cínico.
Una mujer que no se deja doblegar.
Una pasión que desafía todas las reglas.



- **SI TE GUSTÓ ESTE LIBRO…** Una reseña honesta ayuda a otros lectores a encontrar historias que amarán.

GRACIAS, GRACIAS.

MAYA